

GILBERTO F. AGUILAR

HOSPITALES DE ANTAÑO



D ZAVALA



00696



MEXICO - 1944

\$250

GILBERTO F. AGUILAR

HOSPITALES DE ANTAÑO

PARA EL HOSPITAL JUAREZ, FARO DE LA CIRUGIA,
ALBERGUE DE NUESTROS IDEALES, CUNA
DE NUESTROS CONOCIMIENTOS
Y YUNQUE DONDE SE FORJO
NUESTRA PERSONALIDAD

A=00696

F=12047

LIBRERIA
DE ALFARO

ES PROPIEDAD HE-
CHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY

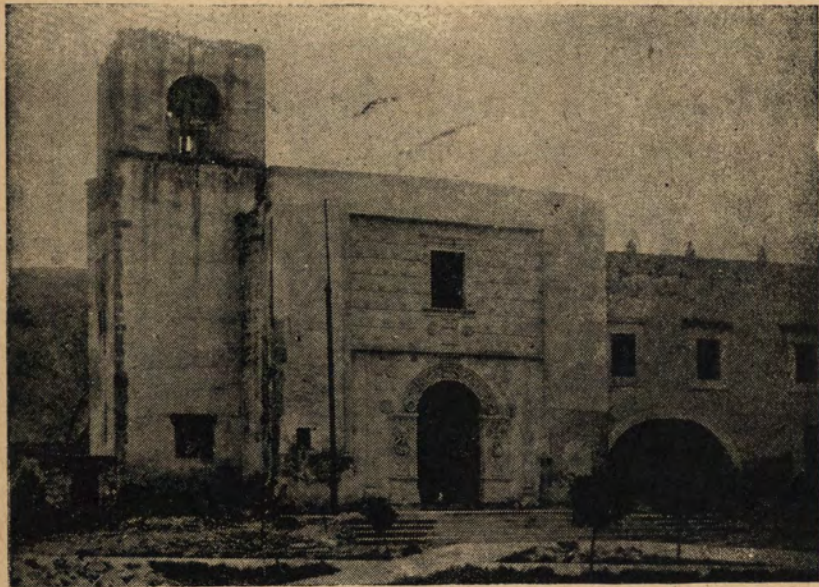
LIBRERIA DE ALFARO
CALLE DE LA UNIV. 100
MEXICO D.F.

INDICE CRONOLOGICO

MICHOACAN.	
ACAMBARO.—Hospital Real de los Naturales	1532
URUAPAN.—Hospital de La Guatapera	1533
PATZCUARO.—Hospital de San Juan de Dios	1670
MORELIA.—Hospital de San Juan de Dios	1700
MORELOS.	
OAXTEPEC.—Hospital de la Santa Cruz	1569
VERACRUZ.	
Hospital de San Juan de Ulúa	1579
Hospital de Sacrificios	1603
Hospital de San Juan de Dios	1679
Hospital de San Carlos	1764
Hospital de Nuestra Señora de Loreto	1784
Hospital de San Sebastián	1802
ORIZABA.—Hospital de San Juan de Dios	1614
Hospital de La Concordia	1709
CORDOBA.—Hospital Yanga	1774
PUEBLA.	
Hospital de San Roque	1593
Hospital de San Bernardo	1629
Hospital de San Pedro	1640
ZACATECAS.	
Hospital de San Juan Bautista	1608
DURANGO.	
Hospital de San Cosme y San Damián	1608
JALISCO.	
GUADALAJARA.—Hospital de la Veracruz	1608
Hospital de Belem	1794
SAN LUIS POTOSI.	
Hospital de San Juan Bautista	1611
QUERETARO.	
QUERETARO.—Hospital de San José de Gracia	1624
YUCATAN.	
MERIDA.—Hospital de Nuestra Señora del Rosario	1630
CAMPECHE.	
CAMPECHE.—Hospital de Nuestra Señora de los Remedios	1635
AGUASCALIENTES.	
AGUASCALIENTES.—Hospital de San José	1655
MEXICO.	
TOLUCA.—Hospital de Nuestra Señora de Guadalupe	1699
OAXACA.	
OAXACA.—Hospital de Santa Catalina Mártir	1702
NUOVO LEON.	
MONTERREY.—Hospital de Nuestra Señora del Rosario	1793
Hospital "GONZALEZ"	1860

INDICE

	Página
HOSPITAL REAL DE LOS NATURALES (Acámbaro)	7
HOSPITAL DE LA GUATAPERA (Uruapan)	13
HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS (Pátzcuaro)	19
HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS (Morelia)	27
HOSPITAL DE LA SANTA CRUZ (Oaxtepec, Morelos)	37
HOSPITAL DE SAN JUAN DE ULUA (Veracruz)	45
HOSPITALES DE SACRIFICIOS	
SAN JUAN DE DIOS	
SA NSEBASTIAN	
NUESTRA SEÑORA DE LORETO (Veracruz)..	51
HOSPITAL DE LA CONCEPCION (Orizaba, Ver.)	55
HOSPITAL DE LA CONCORDIA (Orizaba, Ver.)	59
HOSPITAL YANGA (Córdoba, Ver.)	65
HOSPITAL DE SAN ROQUE (Puebla)	75
HOSPITAL DE SAN BERNARDO (Puebla)	83
HOSPITAL DE SAN PEDRO (Puebla)	89
HOSPITAL DE SAN JUAN BAUTISTA (Zacatecas)	95
HOSPITAL DE SAN COSME Y SAN DAMIAN (Durango)	105
HOSPITAL DE LA VERA-CRUZ (Guadalajara)	109
HOSPITAL REAL DE SAN MIGUEL DE BELEM (Guadalajara, Jal.)	119
HOSPITAL DE SAN JUAN BAUTISTA (San Luis Potosí)	131
HOSPITAL DE SAN JOSE DE GRACIA (Querétaro)	137
HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO (Mérida)..	143
HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO (Mérida)..	143
HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS (San Francisco de Campeche)	149
HOSPITAL DE SAN JOSE (Aguascalientes)	159
HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE (Tolu- ca, Méx.)	163
HOSPITAL DE SANTA CATALINA MARTIR (Oaxaca)	169
HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO (Monte- rrey, N. L.)	175
HOSPITAL GONZALEZ (Monterrey, N. L.)	185



Hospital Real de los Naturales

Acámbaro

Vastos y ubérrimas serranías donde musitan endechas de amor los manantiales, donde los pájaros ponen la policroma rúbrica de su vuelo y donde los árboles se empeñan en destrenzar las canosas moles de las nubes; montes perpetuamente vernaes que son el mirador desde donde se contempla el amplio valle que con el correr del tiempo se llamará Santiago de Querétaro; agro admirable, conocedor del heroísmo de los chichimecas que ofrendaban su vida tranquilamente ante la mirada atónita del conquistador; enorme serranía que por el poniente llega hasta Acámbaro y por el noroeste hasta Tolimán, Sichu y la Huasteca, era almáciga de rebeldías en contra del hispano.

Merecedor de las confianzas de Cortés, aparece en la Historia, con lineamientos precisos, el Cacique don Nicolás de San Luis Montañez, natural de Xilotepec y deudo de la casa imperial de Motecuzoma, que al frente de un abigarrado ejército compuesto de aventureros españoles y de indios conversos, llega a un amplio valle limitado por caudaloso río, abruptas montañas y enorme cerro que las luces matinales pincelan de azul; al pie de esta mole roqueña, el sábado 19 de septiembre de 1526, funda el pueblo de San Francisco de Acámbaro.

Ante el entusiasmo de los conquistadores y el azoramiento de los indios, se izó una ruz de sabino, de cinco brazadas de alto, en el mismo sitio donde tenazmente se combatió a los chichimecas, al pie del Cerro Azul, conocido ahora con el nombre de "El Biombo"; ante la Cruz se improvisó un altar y en un madero atra-

vesado que era sostenido por dos morillos, colgó un par de campanas argentinas y reidoras. A otro día, domingo, el Padre Juan Bautistas celebró la Misa del Espíritu Santo ante más de cinco mil asistentes; después del "vitor" en el que el nombre de Carlos V se monogramaba con el del Rabí de Galilea, el tañer de las campanas se derramó por el valle, al igual que las notas bélicas de los clarines y de las cajas; los hipanos atronaban el aire con los disparos de sus armas mientras los otomites y chichimecas lanzaban hacia arriba sus largas flechas como queriendo apagar el sol, antes de presenciar aquellos ritos.

Al frente de su escolta, a horcajadas en su caballo blanco llamado LA VALONA, va don Nicolás de San Luis y Montañez a recorrer el predio donde había de levantarse San Francisco de Acámbaro, al tiempo que fervorosamente oraban Fray Juan Quemada, Fray Antonio Bermul y el bachiller don Juan Bautista. Ocho días duraron las fiestas de la fundación hasta que el domingo 28 de septiembre de 1526, congregados los principales a la vera de la rudimentaria ermita, procedieron a nombrar Gobernador, recayendo la decisión en don Pedro de Granada y Mendoza, señor, cacique y principal del pueblo de Tula; una vez elegidas las principales autoridades y de haber informado a la Real Audiencia de México, dióle su confirmación don Alonso Estrada, Tesorero de la Real Caja, quien por orden de su Majestad, mandó que se hiciera un convento en forma, así como una Iglesia, donde los Padres de la Orden de San Francisco pudieran administrar los Santos Sacramentos, doctrinar a los naturales y darles fe de bautismo y matrimonio a los gentiles.

Gran diligencia y empeño demostró Fray Antonio Bermul al iniciar, proseguir y concluir las obras necesarias para dotar de agua a la población. A unas cuatro leguas al sur de San Francisco de Acámbaro, en medio de copudos nogales y de amarillentos tejocotes, cerca del cerro de Tócuaro, brota el manantial avaramente cuidado, en ese entonces, por varios centenares de tarascos. Fray Antonio Bermul, junto con todos los caciques, emprendió la caminata por la inhóspita serranía de Ucareo hasta llegar a Tócuaro, donde en una esplanada y bajo gayas enramadas, celebró una misa, bautizó a muchos, casó a varios e invitó a todos a que fueran a San Francisco de Acámbaro. El 21 de sep-

tiembre de 1527, Fray Antonio de Bermul, fundó el pueblo de San Mateo de Tócuaro.

Un año de luchas y trabajos, de afanes y sacrificios, tardaron las obras de canalización: el mismo día del Señor San Mateo, empezó a correr el agua rumbo a San Francisco de Acámbaro, adonde llegó como a las cinco de la mañana, entre alabanzas y vítores. En 24 meses las casas chiquitinas se alinearon disciplinadas en las calles tiradas a cordel y amparadas por la enorme mole roqueña del Cerro Azul. Fray Antonio vino a México a informar minuciosamente y el año de 1529 obtuvo la orden de Nuño de Guzmán, Presidente de la Real Audiencia, para edificar un gran convento y una Iglesia no menor que el anterior: este anhelo se realizó el año de 1532. Mas el entusiasmo por ver realizadas las obras del Convento y de la Iglesia, no distrajo las ideas misericordiosas de los fundadores, quienes con sobra de razón pensaron que ninguna idea vale nada, si no está cubierta por el óleo santo del amor al prójimo.

El mismo año de MIL QUINIENTOS TREINTA Y DOS, con solemnidad y pompa, fué inaugurado el Hospital Real de los Naturales, para los enfermos pobres, para los llagados incurables y para los rendidos caminantes. Esta pía mansión levantó sus muros junto al Convento de San Francisco de Acámbaro: las clave-teadas hojas de su nogaleño portón se abrían como brazos amantes, a fin de acoger a los menesterosos de salud, a los decaídos de espíritu o a los cansados romeros. Para la fundación de este Hospital concedió las licencias el Ilustrísimo Sebastián Ramírez de Fuenleal, Presidente de la Segunda Audiencia; tuvo capacidad para veinticinco enfermos y en todo dependió del Convento de San Francisco de Acámbaro, conocido también con el nombre de Santa María de Gracia: amplias enfermerías, soleados corredores, administración, cocinas, refectorio y una huerta donde las flores abrían sus cráteras aromadas y donde las mariposas —pétalos con vida— ponían su nota alegre.

La fundación de este Hospital destruye la idea relativa a que el Venerable don Vasco de Quiroga haya sido el protofundador de Hospitales en Michoacán: en 1532, fecha de la fundación del Hospital Real de Naturales de Acámbaro, don Vasco aun no derramaba sus bondades y sus sapiencias en las fabulosas tierras

de los pirindas, de los tarascos y de los matlalzincas.

Acámbaro: joyelero de tradiciones y de leyendas; pueblecillo acromático para quien el correr de los años carece de importancia; sus pobladores no tienen que descifrar las interrogaciones de problemas trascendentales, ya que la serenidad de un cielo perpetuamente azul, se les ha metido en el espíritu; la Monotonía —madre del Fastidio y del Bostezo—, reina ahí; el villorrio vive confiado porque lo ampara el ciclópeo "Biombo" y porque lo adormece el caricioso resbalar del río. Cuando el loco palpitar de los bronces de sus torres, el 4 de julio, inunda de notas su valle de edén, hay que recordar a quienes fincaron su amor al prójimo entre los muros del Hospital Real de Naturales.



La Guatapera

(Uruapan)

Nuño de Guzmán, al frente de sus huestes, arrasa pueblos, agosta sementeras, inmola familias, destruye ídolos, asuela comarcas, incendia caseríos y goza al martirizar a la raza de bronce que defiende su historia, su leyenda y su terruño. Nada importa a este Capitán la dócil actitud de muchos indios, la credulidad de tantos pueblos y la forma placentera con que se le recibe por doquier: con deleite vejaba, hería y mataba. Como huracán devastador sale de México al frente de su ejército, a principios de enero de 1530 y siguiendo casi las márgenes del Río Lerma, encamina sus pasos hacia Tzintzuntzan; lleva aherrojado, como humano trofeo de sus fáciles victorias, al Rey de Michoacán, al venerable Caltzontzi, a quien exige un contingente de hombres para engrosar su ejército y la donación íntegra de sus tesoros y de sus mujeres; mas como el monarca tan sólo da ochocientos tejos de oro y mil de plata, lo condena a ser arrastrado, sujeto a la cola de un caballo y luego a ser quemado vivo en las cercanías de Puruándiro; por fin, con el dolor del remordimiento saboreado a solas, se interna en la Nueva Galicia donde también comete crímenes sin cuento.

El 23 de junio de 1524, llegan a México doce Religiosos franciscanos bajo las órdenes de Fray Martín de Valencia, que con amor y ternura, tratan de suavizar las asperezas de los conquistadores. Al poco tiempo aparece en el reino de Michoacán un religioso, también de la Orden Seráfica del Pobrecito de Asís, llamado Fray Juan de San Miguel; el rencor y la venganza se aposentaban en el alma de los tarascos que, atemorizados por las crueldades de Nuño de Guzmán, huían a la sierra, por lo que la beatífica misión del franciscano era muy difícil; pero este admirable

religioso, con su asorio talento, llevó el símbolo de la Cruz por todos los rincones de las ubérrimas tierras: no quedó cumbre, cueva, valle o monte de toda esta provincia, que no hubiese sido recorrido por Fray Juan de San Miguel; a su paso brotaban los amores y germinaban los perdones; en lengua tarasca les hablaba del cristianismo y poco a poco incrustaba en su espíritu los postulados del Rabí de Galilea.

Fundó los pueblos de Tancítaro, Charapan, Periban y otros más, estableciendo en ellos iglesias y hospitales, hasta que en el año de 1540, fundó Uruapan: trazó las plazas, las calles y las huertas; abrió escuelas de primeras letras y de música; enseñó la pintura a los indígenas y sobre todo los defendió contra la despiadada opresión de los conquistadores.

Uruapan, delicioso rincón michoacano en el que Dios se sintió poeta; vergel perenne donde la naturaleza pródigamente vuelca la inagotable cornucopia de sus dones; pueblo de ensueño, aromado por el perfume de los cafetos; deleitoso jardín irrigado por el Cupatitzio, por el "río que canta"; almáciga de huertas ornadas de mameyes carnosos, almibaradas chirimoyas, lívidas limas, esbeltas cañas y enlutados zapotes; cascadas rumorosas que deshilachan el encaje de sus espumas en puadas rocas; manantiales milagrosos en los que borbotea el agua cristalina que copia de continuo la comba del cielo radiosamente azul; síntesis de un ímpetu, corolario de un afán, cristalización de una idea, quintaesencia de un entusiasmo.

Ese fué el sitio que Fray Juan de San Miguel escogió para fundar Uruapan cuyo nombre viene de la palabra tarasca URA-NI que significa "jícara". Volvámonos como en espíritu a esa época; en el vergel todo es actividad: mientras parte de los indios se dedica a la construcción de la Iglesia Mayor, otro grupo considerable, bajo la acertada y hábil dirección del franciscano, inicia la fábrica del Hospital de Indios, así como de las capillas de la Purísima Concepción y del Santo Sepulcro; las incipientes casitas, con disciplina y encanto, se alineaban para dar nacimiento a las calles bien trazadas; las huertas, llenas de riachuelos, manantiales y cascadas, comenzaban a lucir la pelusilla de sus brotes; todo bajo un sol de fuego que esmaltaba el paisaje y metamorfoseaba

en gemas los chinarrros del río, los frutos maduros y las flores aromadas.

El Hospital no estaba destinado solamente para la atención y para la curación de los indios enfermos, sino que servía también de residencia oficial al grupo de "Carderos" nombrados anualmente, del "Prioste" que se encargaba de arreglar las fiestas pueblerinas, del "Queenhgue" que era el suplente del Prioste, del "Carari" que hacía veces de secretario y del "Fiscale" que tenía la misión de hacer cumplir los acuerdos.

Aparte de lo anterior, tenían la obligación de atender tanto el aseo del Hospital o "Guatapera", como de la iglesia; igualmente posaba en el edificio otro grupo de indios llamados Semaneros que tenían el encargo de recoger a los enfermos del pueblo y de ayudar en los menesteres de su curación, bajo la vigilancia directa del admirable Fray Juan de San Miguel.

El Hospital, en su primitiva estructura, tenía la forma de un paralelogramo circunscrito por las actuales calles de Vasco de Quiroga, Segunda del Beaterio, primera de las Camelias y Plaza de Fray Jucn de San Miguel. En su interior lucía un amplio patio, limitado al norte, por un corredor de rojos ladrillos y por las habitaciones de los Semaneros; al oriente, por la Iglesia y por la Sacristía; al sur por una cerca de piedras y por la puerta de entrada del más puro estilo plateresco y al poniente por la Capilla del Santo Sepulcro.

Había en la planta alta amplísimas enfermerías tanto para hombres como para mujeres y en el piso bajo, un departamento donde se atendía a los menesterosos cuya enfermedad no ame-ritaba su internación en la Guatapera. En el centro del patio, aún se levanta sobre zócalo de cantera, una gran Cruz labrada en dos secciones. En humilde y soleada celda vivía, para bien de los que tanto lo amaron, Fray Juan de San Miguel, quien con la satisfacción del deber cumplido, esperó a la muerte después de ver realizada su portentosa obra, emblema de amor y síntesis de misericordia.



UVA
UNIVERSIDAD
VASCO DE QUIROGA
Centro de Información
y Documentación
"Dr. Silvio Zavala"
Campus Santa María

Hospital de San Juan de Dios

(Pátzcuaro)

Rincón propicio para todas las ensoñaciones; girón de nuestra patria pletórico de leyendas y de bellezas; pueblo luminoso envuelto por un clima que es caricia para el cuerpo y gineceo para el grano; vasto lago perpetuamente azul; espejo bruñido por el padre Sol al que se asoman de continuo Tzintzuntzan, Ichapitiro, Nocutzepo, Tócuaro, Ziróndaro, Erongarícuaro y otros más; aguas tranquilas que amorosas besan las islas de Janicho, Jarécuaro, Pacanda, Yuguán y Tecuén.

A este vergel llegaron los primeros pobladores, los parapechos o tarascos que fueron recibidos, en las márgenes del lago, por un enjambre abigarrado de pájaros que desgranaban en loor de los recién llegados, las escalas de sus trinos; los ancianos de la tribu anunciaron que aquellas aves multicolores eran los espíritus de sus dioses tutelares, que les ordenaban construir ahí una gran ciudad: así nació el pueblo de Tzintzuntzan, que al correr de los años, llegó a tener una legislación admirable, ya que al forzador de una mujer se le condenaba a rasgarle la boca hasta cerca de las orejas, al que robaba se le despeñaba y se le dejaba abandonado para que las aves de rapiña destrozaran su cuerpo y al alcohólico se le quemaba su casa. Sus armas de combate eran la espada de pedernal, su cuchillo de obsidiana, las flechas y la honda. Como en las montañas eternamente primaverales abundaban las maderas preciosas hacían muebles taraceados, con incrustaciones admirables y también artísticos mosaicos con plumas de "chupamirto".

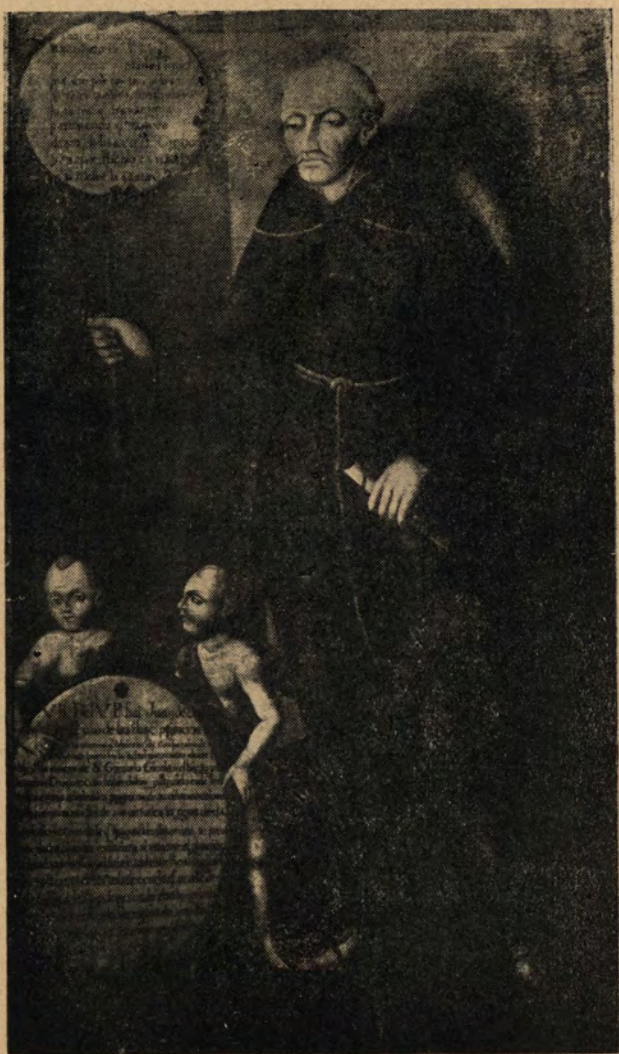
Uno de los barrios del reino de Tzintzuntzan fué el edénico

Pátzcuaro que no en balde, en idioma tarasco, significa "lugar de delicias" y que al correr de los años fué la capital del reino mencionado. Cuando llegaron ahí los belicosos chichimecas a romper con sus ambiciones y con sus crueldades la paz de égloga de estos lugares, se maravillaron al apreciar el grado de adelanto y de civilización en que vivían los pobladores.

Luego se presentan las luchas fratricidas que forman la lista de los monarcas michoacanos: Iré-Ticomé, chichimeca que reina en 1201; Sicuirache, hijo del anterior, que asuela los campos desde 1202 hasta 1290; Pavacumé, que muere asesinado en 1360; Taricuarí que fallece en 1400 después de haber ensanchado el imperio con sus conquistas; Hicipan que gloriosamente se ciñe la corona de Pátzcuaro en 1430 y por último Zisis-Pandacuaré, que en 1460, establece definitivamente la capital del reino en Tzintzuntzan que contaba ya con más de cuarenta mil habitantes que rendían homenaje a las ciencias y a las artes: la escritura jeroglífica no tenía secretos para ellos, así como el laqueado perenne y brillante, tan bueno o superior como al japonés; los cuadros hechos con plumas multicolores adheridas en un armazón de fibra de maguey; canciones evocadoras, bailes sagrados y por encima de todo lo anterior, su amor al hogar, su odio a la mentira y su respeto a la vida humana.

Al hablar de la Guatapera, abocetamos ya múltiples crueldades y la santa labor de Fray Juan de San Miguel. Ahora, al conjuro del recuerdo, en estas páginas, derrama torrentes de amor don Vasco de Quiroga que por medios llenos de ternura, saca a los tarascos de sus madrigueras donde vivían atemorizados por las crueldades del conquistador y los ayuda a reedificar sus moradas hasta convertir la región en una de las más prósperas de la Nueva España; este admirable educador nació en 1470; a los 26 años fue Obispo y duró 69 en ese cargo, haciendo la felicidad de su grey, hasta que a los 95 años murió en Uruapan, en 1565. Reposan sus restos en Pátzcuaro cobijados por los recios muros de la Iglesia de la Compañía de Jesús.

La población cristiana de este lugar reconoce por fundador a don Vasco de Quiroga quien el año de 1540, trasladó a Pátzcuaro la Iglesia Catedral que estaba en Tzintzuntzan. Para que el auge reinara en "el lugar de las delicias" trajo de Tzintzuntzan



o "pájaro que canta", a veintiocho familias de españoles y a más de treinta mil tarascos. Carlos V, en cédula de 28 de febrero de 1524, concedió a Pátzcuaro el Título de Ciudad y Paulo III, por Bula de 1538, la declaró Ciudad y Corte Episcopal.

El dinamismo de Don Vasco de Quiroga fué admirable: Carlos V, al apreciar su sabiduría y su probidad lo nombró Oidor de la Primera Audiencia que hubo en España, a la vez que le encomendó que juzgara las acusaciones que se hacían contra Cortés y contra Nuño de Guzmán. Llegó a México a principios de 1531 y muy presto su ternura y caridad le conquistaron la veneración de todos. Fundó dos hospitales; uno en las lomas de Santa Fe y el otro a inmediaciones de Tzintzuntzan. En 1533, fundó el Colegio de San Nicolás en Valladolid, hoy Morelia.

En 1536 establece en Pátzcuaro el Hospital de la Asunción y Santa Marta, amplio, acogedor y lleno de comodidades; según el reglamento, era atendido con solicitud por los mismos indios que se turnaban semanariamente, en el desempeño de sus cargos. Esta pía mansión subsistió hasta mediados del siglo XVII, en que el Cura de Pátzcuaro, don Juan Meléndez Carreño, la reformó y amplió dándole desde entonces el nombre de Hospital de la Salud, quizás debido a que la milagrosa imagen de este nombre se venera en la iglesia que está anexa.

En ese entonces, el Rey de España ordenó que para la atención de los enfermos, se le concedieran al hospital grandes terrenos con viñedos y olivares. Los franciscanos, quizá impelidos por el entusiasmo de don Vasco de Quiroga, fundaron en Pátzcuaro dos parroquias y tres conventos. En 1670, el obispo de Michoacán Fray Francisco de Luna y Sarmiento, de la Orden de San Agustín y de la Casa de los Condes de Salvatierra, remozó, por iniciativa propia y con su hacienda particular, el Hospital de la Salud.

Una vez concluído, tomaron posesión de él los juaninos Fray Vicente Victoria, Fray Juan de Dios Indigno y Fray Simón de Dios; posteriormente, llegaron otros tres hermanos para atender con esmero, amor y tino, a todos los enfermos, ya encamados o ya externos, que acudían en demanda de bálsamos para su cuerpo y de consuelos para su espíritu. En las blancas y espaciosas enfermerías, hubo al principio diez camas: cinco para hombres y cinco para mujeres; había un cuarto chiquitín y abrigado donde las

mujeres se santificaban con la maternidad: cuántas angustias y vicisitudes sufrían los probos Hermanos, ante el problema de vestir a una criatura o de improvisarle chambras o gorritos. La huerta era encantadora por lo bien dispuesta y por la variedad de sus frutos, entre los cuales sobresalían los novedosos platanos traídos a la Nueva España, por don Vasco de Quiroga. La Iglesia, construída junto al Hospital, no era grande, pero guardó desde el principio ricos ornamentos de oro y plata, cuadros meritisimos debidos a pinceles españoles y por doquiera, imágenes formadas con gayas plumas, como si el arco iris se hubiese fragmentado en sedños trocitos; en el Altar Mayor, se veneraban tanto al Patriarca y Fundador de la Orden de los Juaninos, como a Nuestra Señora de la Salud.

De acuerdo con la ley del 29 de mayo de 1860, el Hospital de San Juan de Dios de Pátzcuaro, pasó a depender del Gobierno del Estado, y quedó al cuidado directo de la Junta de Beneficencia. Desde entonces subsiste ese relicario de amor, sostenido con los fondos del Erario.

Cuando la novicia de los cielos, cuando el sol de los tristes, cuando la luna vierte sus gasas nacaradas sobre el pintoresco y legendario Pátzcuaro; cuando el lago, camafeo de esmalte azul, tiene la palpitación de suave oleaje; cuando vemos la tortuosa callecilla del pueblo donde levanta su mole roqueña el Hospital de San Juan de Dios, el alma humana debe caer de rodillas, para loar la poesía del paisaje arrobador y para entonar salmos que unjan al ternísimo espíritu de los juaninos.



Hospital de San Juan de Dios

(Morelia)

Gran auge llegó a tener el vastísimo imperio tarasco, bajo las acertadas disposiciones del valeroso rey Tariácuri; cuando la muerte segó esta fructífera vida, asumió el poder su hijo mayor llamado Hiripan, que dividió su reino en tres partes: Coyuca, gobernada por el propio Hiripan; Pátzcuaro, por Hicuangaje y Tzintzuntzan por Tangaxoan. Durante muchos años este triunvirato sometió poblados, realizó conquistas y llevó la cultura y la prosperidad a infinidad de sitios. Muertos los reyes de Coyuca y Pátzcuaro, vino a centralizarse el poder tarasco en el anciano Tangaxoan, quien saboreó poco tiempo las mieles del poder absoluto. Después de las ceremonias de su entierro, le sucedió en el poder su hijito Tzintzicpandácuare, quien lleno de azoramiento tuvo que enfrentarse desde luego con la sanguinaria tribu de los tecos que habitaba la sierra de Taracuato y el Valle zamorano. Al recordar el rey niño que por sus venas corría sangre de héroes, alistó su ejército reforzándolo con gran contingente bélico de soldados matlaltzincas, que eran sus aliados. La victoria coronó a las huestes del rey niño quien, consciente y agradecido, accedió a que los matlaltzincas fundaran Charo y Undameo; el Valle de Guayanagareo estaba totalmente poblado por la esforzada y viril raza matlaltzinca que de mucho sirvió a Tzinzincpandacuare, ya que después ayudó a la derrota del ensoberbecido Axayacatl.

Llega la conquista; gobernaba entonces a los tarascos el venerable Tzintzincha, llamado también Caltzontzin, quien admirado del poder de los hispanos, hizo un largo viaje hasta Coyoacán para ofrecer sumisión y vasallaje a don Hernán. No obstante lo anterior, Cortés envió una expedición al mando de Nuño de Guzmán, que como ya hemos visto en el capítulo de la "Guatapera",

sacrificó al venerable y confiado Caltzotzin.

En 1525 se extienden por el reino tarasco los misioneros, encabezados por Fray Martín de la Coruña, Fray Angel de Saliceto, Fray Angel de Valencia, Fray Gerónimo de la Cruz y Fray Juan de Padilla. Dos años después llega a México otro grupo de misioneros franciscanos que busca la región del reino tarasco para predicar el cristianismo; entre ellos se destacan dos que han pasado a la posteridad aureolados por el amor y por las bendiciones de todo un pueblo: Fray Juan de San Miguel que llega en 1531 a Guayangareo y es acompañado por Fray Antonio de Lisboa. Después de aprender ambos misioneros el idioma autóctono inician la labor de convertir a los tarascos, pero no solamente con sermones y con pláticas, sino con ejemplo, con obras imperecederas, con acciones llenas de amor y altruísmo; estudiaron el poder curativo de infinidad de plantas medicinales, se acercaron a los enfermos y a los heridos y con ternura y con paciencia les volvieron la salud y mitigaron sus dolores; derramaron consejos, avinieron enemigos, instruyeron a los niños y a los hombres, a las mujeres y a los ancianos y su entusiasmo aún les dejó tiempo para levantar iglesias y fundar hospitales.

Buscando un sitio más apropiado, decidieron cambiar de sitio el pueblo de Guayangareo: casi en la cima de suavísima colina iniciaron la construcción de una capilla dedicada al seráfico San Francisco, quedando encargado del culto de ella, Fray Antonio de Lisboa. Con la idea altísima de que los conversos tuvieran instrucción, Fray Juan de San Miguel fundó el colegio de San Miguel, para que la niñez y la juventud acudieran a este manantial, a beber las límpidas aguas de la instrucción; de unas tierras labrantías y de unos molinos, obtuvieron el dinero necesario para pagar el sueldo de los profesores.

Fray Juan de San Miguel, con la satisfacción del deber cumplido, se interna por esas ubérrimas tierras y llega a Uruapan, donde ya hemos visto toda la obra portentosa que ahí realizó. Fray Antonio de Lisboa se queda en el valle de Guayangareo al cuidado de la capilla de San Francisco, la que debido a sus impulsos y a sus afanes, muy pronto se transforma en convento y templo de San Francisco. La Historia no nos da mayores datos acerca de este admirable franciscano que inició la construcción

del citado templo con "cinco reales"; nada sabemos de su muerte ya que quizás este vocablo no existe al hablar de seres como Fray Antonio de Lisboa y Fray Juan de San Miguel, que allá por el año de 1530, realizaron la conquista espiritual de los tarascos y matlaltzincas.

El famoso conquistador don Pedro de Alvarado, que en la tercera década del siglo XVI, vivía en la ciudad de Guatemala y de cuya nación era Adelantado, solicitó y obtuvo de Carlos V, en el año de 1538, el permiso necesario para descubrir, conquistar y poblar las islas y litorales del Mar del Sur para cuyo fin encabezó una expedición que partió del puerto de Acajutla, en junio de 1540, y desembarcó, poco tiempo después, en el puerto de San Buena Ventura, de Colima, conocido hoy por Manzanillo. Mas como la empresa iba a efectuarse en una región ya comprendida en el Virreynato de la Nueva España, era indispensable un convenio que tendría que nacer de una entrevista entre el virrey don Antonio de Mendoza y el Adelantado don Pedro de Alvarado. Mientras el conquistador se internaba en el territorio, el virrey salió de México coincidiendo ambos en el pueblo de Terepítio, a pocas leguas del Valle de Guayangareo. La cordial entrevista se efectuó el 29 de noviembre de 1540; pocos días después el Virrey regresaba a México a continuar sus labores y el Adelantado don Pedro, marchaba a Zapotlán en espera de que pasara el crudo invierno, para realizar sus conquistas, que no se efectuaron, ya que perdió la vida el 24 de junio de 1541, en el pueblo de Atenguillo, después de su dolorosa agonía que empezó en el pueblo de Peñol de Nochistlán, cuando fué a aplacar la sublevación de los indios de Jalisco.

De este viaje del Virrey nació la idea de fundar la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, en el Valle de Guayangareo. En acatamiento a lo ordenado por la Reina doña Juana, en Real Cédula de 27 de octubre de 1537, libró su Provisión con fecha 23 de abril de 1541, para que se fundase la Villa de Valladolid, ceremonia que se efectuó con gran pompa y solemnidad, el 18 de mayo de 1541. El título de Villa lo obtuvo hasta 1545, por la Real Cédula de Carlos V, fechada en Zaragoza, el 6 de enero del propio año.

El Encomendero don Juan de Alvarado, el año de 1537, trajo al pueblo de Tiripitío, a los primeros agustinos, ordenando don

Vasco de Quiroga, que a partir de esa fecha, el curato fuera servido por franciscanos y por agustinos, turnándose cada semana. Mucho amenguó el esplendor de Valladolid con la separación del Virrey don Antonio de Mendoza, que tanto hizo por el florecimiento de esta ciudad; pero ahí estaban los franciscanos para continuar su labor de engrandecimiento: muerto Fray Antonio de Lisboa, primer guardián del Convento, le sucedió Fray Juan de Serpa, talentoso y joven portugués que había profesado en el Convento de Tzintzuntzan y a quien se le debe la fusión de los Colegios de San Miguel, fundado por Fray Juan de San Miguel y el de San Nicolás, fundado por don Vasco de Quiroga.

En el apacible Valle de Guayangareo, que significa "Loma Chata", el tiempo hila años en su rueca. Por doquier levantaban ya sus moles roqueñas, infinidad de Templos y de Conventos: el de San Francisco fundado por Fray Juan de San Miguel en 1526; el de la Merced que levantó su fábrica en el Siglo XVII; el de la Cruz, contemporáneo del anterior, ya que fué construído en 1680, que de humildísima Capilla y al cabo de diez años, fué transformándose en la primera Catedral de Valladolid, por el padre Nicolás de la Serna.

A fines del segundo tercio del Siglo XVI, el Obispo Medina Rincón, ayudado por Alonso de la Mota, fundó en la casona donde hoy está el Hotel Londres, el primer Hospital de la ciudad, cuya administración y servicios quedaron a cargo de los juaninos. A fines del siglo XVII gobernaba la Mitra michoacana de don Juan Ortega y Montañez, emporio de energías y gran dispensador de bondades; antes de llegar a estas tierras había sido ya Inquisidor del Virreynato y Obispo de Durango; cuando dejó la silla michoacana fué nombrado Arzobispo de México y posteriormente Virrey. Al señor Ortega y Montañez se debe la soberbia construcción del Palacio Episcopal, con arquerías elegantes, amplios patios, severas estancias y muebles lujosos: esplendidez y boato, derroche de buen gusto y de ostentosa riqueza, todo, todo sirvió para que las murmuraciones callejeras rompieran la eutritmia del vivir de este prelado que, al parar mientes en los decires, mandó en busca de Fray Pedro Pacheco Monteón, Prior del Hospital de San Juan de Dios, para entregarle el edificio del Palacio Episcopal, con todo el primor con que estaba alhajado, para que fueran trasladados a



él los enfermos del primitivo Hospital, trasmutándose desde entonces la espléndida mansión en casa de los pobres y doloridos. El Prior, que tuvo el Hospital ya en la nueva casa, fué Fray Fernando Navarro, primer médico que hubo en la ciudad.

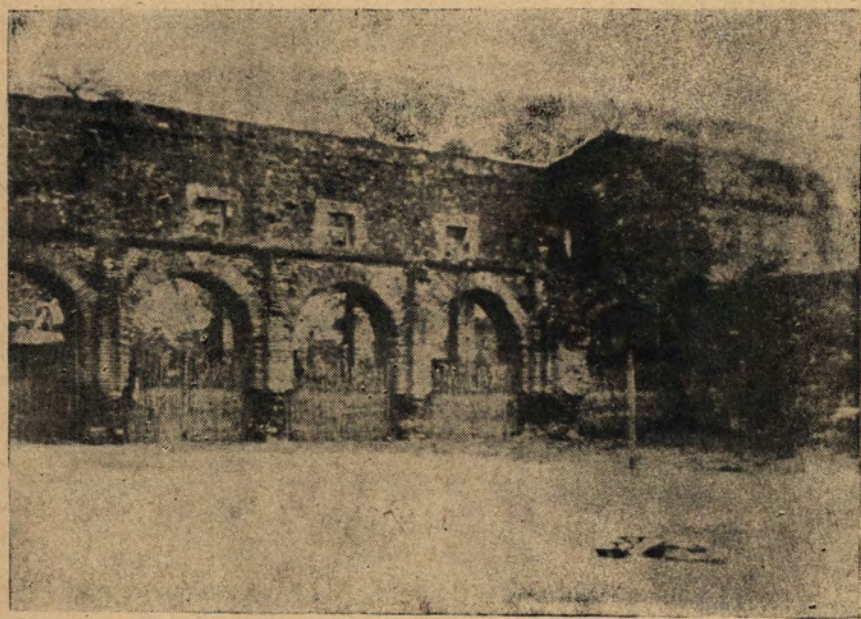
Muchos años tuvo a su cargo esta casa de amor la Orden Hospitalaria de S. Juan de Dios, hasta que extinguida dicha Congregación la tomó bajo su cuidado el Cabildo Eclesiástico. Actualmente, en el sitio donde estuvo esta pía mansión, está el Hotel Oseguera: aun se conserva en ese lugar, con veneración de propios y de extraños, la fachada de una Capilla, que era donde yacían los muertos, antes de ser inhumados.

El 24 de noviembre de 1858, el Gobernador del Estado, General Epitacio Huerta, dispuso la secularización del Hospital de San Juan de Dios, siendo trasladado, en 1861, al ex-Convento de la Merced, construído por Fray Pedro de Burgos y por Fray Alonso García, en los primeros años del Siglo XVII. El 18 de febrero de 1867, el Gobernador licenciado Justo Mendoza, hizo el cambio del Hospital al Convento de las Capuchinas, establecido por Cédula Real de Felipe V el 24 de marzo de 1737. Ahí estuvieron sufriendo los enfermos sus dolores y sus lacerías, hasta el 16 de julio de 1901, en que se trasladó a un amplísimo edificio construído, según proyectos modernísimos, a la antigua Garita de Chicácuaró, al occidente de la ciudad.

Fué edificado ese Hospital por el Ingeniero Manuel Barrios, de acuerdo con el plan consistente en varios pabellones separados, siendo los de la derecha para mujeres y los de la izquierda para hombres; la parte anterior está destinada a la Escuela de Medicina, la Comisaría, la Administración y la Botica; hacia atrás quedan los pabellones ya mencionados donde se albergan enfermos y heridos. Pone su nota de frescura y de lozanía un amplio jardín a cuyos lados se levantan el Anfiteatro, el Departamento de Desinfección y las cocinas. Por la amplitud de este edificio vaga la benemérita figura del doctor Miguel Silva que dedicó su vida a prodigar el bien, derramar caricias y amar a su Patria.

Por su quietud y acromatismo, dijérase que Morelia es un amplio convento: al desgranarse de la esbelta Catedral el agorero toque de "ánimas", coreado por las campanitas argentinas y por las esquilas amuchachadas que están prisioneras en arcaicas to-

res, en nuestra mente resurgen los paladines matlaltzincas, los cultísimos pirindas, los Virreyes justicieros, los seráficos franciscanos, los obispos fastuosos, los probos gobernantes, los integérrimos médicos que volcaron en el antiguo Valle de Guayangareo, un caudal de ternuras y de amores, bajo la regia clámide del Cristianismo.



Hospital de la Santa Cruz

Oaxtepec, Morelos

Bajo la ardorosa caricia de un sol de fuego, propicia para que en el gineceo del surco reviente el grano, en el riñón de las tierras morelenses, irrumpe la inhóspita serranía del Tepozteco que avara guarda tesoros de múltiples leyendas y la riqueza de sabrosísimas consejas. Sobre ondulaciones de material plutónico, de lava de basalto y de masas calcinadas, asiéntase el villorrio de Oaxtepec, custodiado por altísimas murallas de picachos continuamente adornados por el zigzagante y quebradizo rubricar del rayo, por baluartes de granito y por aglomeración apocalíptica de rocas.

Y esas moles, despreciadoras de los vendavales, inmovibles ante las tormentas e indiferentes ante las tempestades, sumisas y agradecidas, se han dejado acariciar y pulir por los riachuelos que brotan del Ajusco y que después de copiar el azul del cielo y el verdor de las márgenes, llevan a los pueblos el bienestar y la felicidad; el agua amuchachada de los ríos que cantarineo al mismo tiempo que con sus espumas teje encajes, con delicadeza y donaire ha esculpido las aristas de los montes, ha recortado enhiestos penedos, ha perforado grutas, ha delineado vericuetos de pesadilla, ha tallado panoramas fabulosos y al caer en forma de cascada musita el idioma de la selva, al redor del Ometochtli, el vetusto santuario enclavado en la cima del Tlahuiltepec, de la "Montaña que brilla".

En la suave ladera, en el sitio donde las lavas se enfriaron, agrúpanse más que temerosas, cordiales, las paupérrimas casu-

chas de Oaxtepec, al pío calor de los recios muros del convento levantado por los religiosos de la Orden de Santo Domingo en 1534; cerca del pueblo, entre ubérrima vegetación y arboleda compacta, nace el río de Yautepec que guarda entre sus ondas bravatas de "plateados", gemidos de "mochos" y gritos libertarios de bronceados y justicieros "zapatistas". Este caserío muestra al visitante la milagrería de su suelo, donde brotan árboles retadores, plantas clorofílicas y flores aromadas; donde parecen los "ojos de agua" veneros de galoncillos de plata deshilachada que se deslizan entre las frondas, se esconden en las huertas, corren entre el musgo y tienen horas de asueto al juntarse en lagos minúsculos que al retratar el cielo trasuntan móviles turquesas de algún fastuoso nabab.

Por doquiera aparecen ídolos evocadores: con una serpiente enroscada de piedra gris traquítica que luce en su achatada cabeza dos oquedades, rendían culto a la deidad agua; más adelante una escultura de basalto, de forma humana, que ostenta el TLAQUECHPANYOTL o moño en la nuca que los aztecas asignaban a los númenes agrarios; en peñascos monolíticos de grandes dimensiones aparecen grabados por el fervor y difuminados por los siglos, emblemas, símbolos y figuras que loan y perpetúan a Mecuixóchitl y a Xochipilli, las deidades de la alegría, y a Matlaxóchitl, la diosa de las flores. Tallada en múltiples peñascos descúbrese la figura de un buho, símbolo de la noche, de la muerte, del misterio, y de la sabiduría.

Por medio de este conjunto de representaciones pretéritas, agua, flores, frutos, clima tropical, misterio y muerte, podemos reconstruir la vida de este pueblo que fue patria de hechiceros y de nigromantes concedores del poder curativo de infinidad de plantas y a los que llenaba de honores toda la caravana de disipados que ahí llegaba dispuesta a rendir culto a sus dioses con ritos llenos de lascivia y de crueldad.

Moctezuma Ilhuicamina, coronado con las rosas de la juventud y con la frente llena de laureles por sus bélicos triunfos, junto con Netzahualcóyotl y con Itzcoatl, enseña al valeroso tecpaneca Mazatl cómo hay que despreciar la vida cuando la patria peligra. Provoca a los enemigos, derriba reyes, somete pueblos, vence dificultades, destruye intrigas, castiga traidores, discute, lu-

cha pelea, triunfa y como coronamiento de su poliédrica vida, entre aclamaciones jubilosas, es nombrado rey de los mexica. De 1440 a 1469, atiende con patriotismo y talento la organización militar de su pueblo, sobre todo en lo relativo a la férrea disciplina; expide leyes rigurosas para corregir y castigar los vicios, impone tremendas penas para el ladrón, para el mentiroso y para el dipsómano; edifica infinidad de teocallis, firmes como sus mitos e imperecederos como sus convicciones; al principio de su vida guerrera tiene como admirable mentor al rey poeta, al gran Netzahualcóyotl y ya en el poder, se rodea de sabios, de astrólogos, de artistas, de nigromantes y de hechiceros.

Cuan cuánta delectación, después de un cruento combate(cargado de laureles y de honores, regresaba a su hogar a ver sus arbustos y sus plantas; por ello dió grande importancia al vergel de Oaxtepec donde aclimató infinidad de plantas, sobre todo medicinales; guardián de este vasto jardín, taraceado con "ojos de agua", embalsamado con perfumes deleitosos y ornado con policromas flores, era un "calpisqui" a quien los naturales de ese edénico lugar rendían vasallaje cumplidísimo; ahí se colectaban plantas purgantes como el TLACOPATLI y el CHICHIAN TIC; los eméticos como el MEXOCHILT y el IYAUTLI; los diuréticos como el TIANQUIZ-PEPETLA y el YOLOXOCHITL, los sudoríferos como el TLACOXIHUITL y el TLATLAUHCUAYE; los antidiarréicos como el ETZPATLI y el TZACUTLI; los expectorantes como el TZONTECOMAL y el COCOZTIC; los narcóticos como el TOLOATZIN y el COAPHATLI; los revulsivos como el TZITZICAZTLI, los parasitidas como el ITZCUINPATLI, los analgésicos como el TEZOMAXOCHIL; los antipiréticos como la PIPITZACUA y el XOCHIPAHTLA. Crecían también las espadañas que se recreaban en las márgenes de los minúsculos lagos, los esbeltos y agoreros cipreses, los enhiestos cocoteros, las palmas de abanico, el árbol del coyolli, la piñanona y el alcatraz, el zempoalxóchitl, las amapolas, los nopalli, los garambuyos, la floricuerno, la biznaga y los ahuehuetes encanecidos por el heno.

Pasan los años y Moctezuma II, altivo, severo, supersticioso megalómano, promueve guerras injustas e impone tributos honorosos; tiene para su servicio tres mil servidores y rodea su existencia de lujo extraordinario; enriquece el tesoro botánico de



... ..
... ..
... ..
... ..

Oaxtepec y en medio de pasmo y admiración ve que llegan las tropas del Conquistador asolando sementeras, destruyendo teocallis, quebrando ídolos y ofendiendo mitos; la piedra volcánica, ya calcinada, se humedeció con las lágrimas del vencido y hacia el cielo, rabiosamente azul, se levantan puños cerrados en ademán de imprecación: el primero de noviembre de 1519, Moctezuma II, fue aprehendido por Cortés.

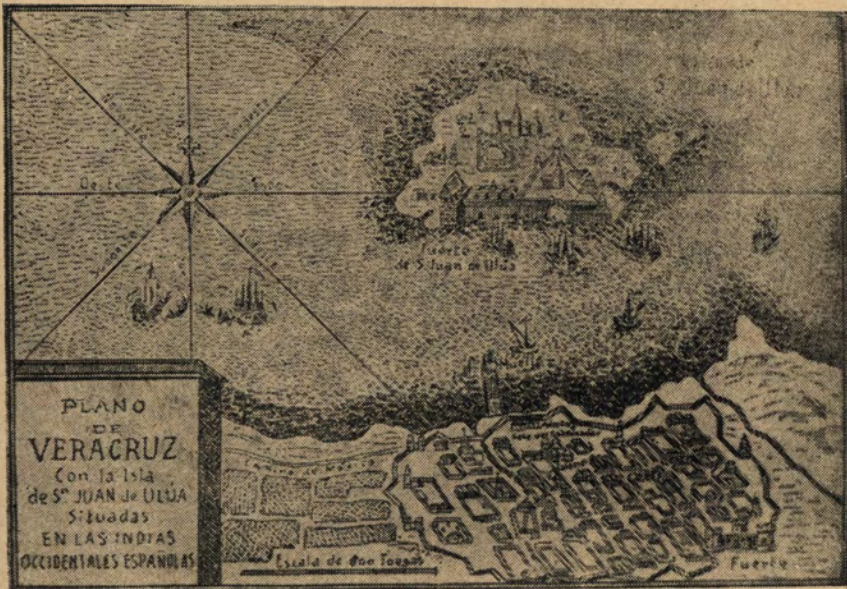
El 23 de junio de 1526 en la nave de Luis Ponce de León, llegaron a la ciudad de México los primeros doce dominicos bajo los órdenes del Vicario General Tomás Ortiz; a los seis meses regresan siete de ellos quedándose tan solo el sorprendente Fray Domingo de Betanzos, el probo Fray Gonzalo Lucero y el pío Fray Vicente de las Casas; en enero de 1528 llegan a México otros 24 dominicos encabezados por Fray Vicente de Santa María; en 1531, de acuerdo con el Capítulo celebrado en Roma, erigen su Provincia independiente de la de España, radicándose en el territorio de Yucatán, Chiapas, Oaxaca, Tlaxcala, Michoacán y la región norte y Occidental de la Provincia del Pánuco. Siempre bajo el priorato de Fray Domingo de Betanzos que ostentaba en su lema "Amparo y protección a los desvalidos", la Orden dominicana no se dió punto de reposo para la evangelización de los conquistados y para la construcción de ermitas, iglesias, catedrales y conventos.

Llenos de admiración y arrobos, llegaron a Oaxtepec hacia 1534; con procedimientos suavísimos, desbordantes de amor y de ternura, hicieron fulgir en el alma de los nativos los postulados del cristianismo e iniciaron la construcción de un convento que fué concluído en 1542 donde, desde un principio, se dedicaron a aprender el idioma náhuatl. En lo que fuera casa de recogimiento y cercano a la iglesia, en 1569 se instaló el Hospital de la Santa Cruz de Oaxtepec, merced al fervoroso anhelo de Fray Bernardino Alvarez, quien al obtener las licencias del Visorrey don Martín Enríquez, mandó para este fin a los Hermanos Domingo de Ibarra y Fernando López, quienes con diligencia, en poco tiempo, dieron cima a la obra encomendada.

Por las ruinas que aún hablan a las generaciones presentes del amplio significado de lo que es amor y misericordia, vemos cuál fue la magnitud de este Hospital y por los libros donde un-

ciosamente queda el recuerdo de los varones que nos dieron religión más que con prédicas, con obras, sabemos que era amplio, sólido y capaz; que tenía salón con ventanas hacia el agro, grandes corredores donde se aposentaban los perfumes de la campiña y la frescura acariciante de las tierras morelenses; botica donde se metamorfoseaba en salud el poder curativo de las plantas que aún nacían como "ex-votos" al recuerdo de Moctezuma el viejo; que existía otra sala para los "sudores" o palúdicos y otra más para los convalecientes; había celdas chiquitinas enjalbegas más que por la cal, por las plegarias de los dominicos y que, en uno de estos relicarios de meditación, vivió más de nueve años el venerable Gregorio López, entregado a la fructífera labor de escribir un libro de medicina para la "cura fácil y socorro de los enfermos no sólo de Oaxtepec sino de toda la Nueva España".

Ante las ruinas del Hospital de Santa Cruz de Oaxtepec, presenciemos dos paisajes grandiosos: el de la Naturaleza que irrumpe con alardes apocalípticos y el de Fray Bernardino Álvarez que mansamente entrega su vida, antaño borrascosa, en bien de sus semejante.



Hospital de San Juan de Ulúa

VERACRUZ

El 10. de mayo de 1518, en cuatro naves y al frente de 240 hombres, Juan de Grijalva, por mandato de Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, emprende la expedición tan fructífera para la Corona hispana; dos días después se posesiona de la Isla de Cozumel a la que da el título de Santa Cruz, en honor del Santo de ese día; bajo la polifónica orquestación de un mar embravecido, el Padre Juan Díaz dice ahí la primera misa. Posteriormente, después de doblar el Cabo Catoche, continúa por las costas de Yucatán para descubrir Campeche, la Isla del Carmen y la laguna de Términos.

El 10. de junio de 1518, por primera vez, se dió a aquel territorio el nombre de "Nueva España". El 7 de junio llegan los expedicionarios a la Barra de San Pedro y San Pablo. El 8 admiran el Río de Tabasco que recibe el nombre de su descubridor Grijalva; el 11, llegan al río de San Bernabé; luego al Papaloapam (río de las mariposas), al que bautizan con el nombre de Alvarado, con gran disgusto de Grijalva. El 17 de junio, bajo la ambarina luz de un amanecer costero, desembarcan en el vergel de Sacrificios, al que le dan este nombre por haber encontrado ahí restos humanos, despedazados en cruentos ritos; pocas horas después pusieron el pendón de Castilla en el islote llamado San Juan de Ulúa. El día 20 desembarcó Juan de Grijalva en la playa de Chalchiuchuecan y de ahí envía a Cuba a Pedro de Alvarado para informar de su expedición al Gobernador Velázquez, a quien remitió múltiples presentes. El 5 de octubre regresó Grijalva con

toda la expedición a su punto de partida.

Lleno de entusiasmos y de ambiciones, por mandato de Diego Velázquez, el 18 de febrero de 1519, Hernán Cortés abandona las costas de Cuba, al frente de 580 soldados, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 109 marinos, 200 indios y 16 caballos; en las bodegas de los once navíos quedan acomodados 10 cañones de bronce y cuatro falconetes, así como también arcabuces, rodelas, picas, municiones y pólvora. Antón de Alamino hace las veces de Jefe Náutico y don Hernando, ya en alta mar y decidido a triunfar, cuenta sus proyectos ante Alonso Hernández de Portocarrero, Alonso de Avila, Diego Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Juan de Escalante, Juan Vázquez de León, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Bernal Díaz del Castillo.

Fortísimo temporal retarda la llegada de los expedicionarios a Cozumel, de donde levan anclas el 4 de marzo; doblan después el Cabo Catoche, pasan frente a Campeche y a Champotón y llegan a la desembocadura del río de Tabasco, por donde se internan; Cortés firma tratados de paz con el Señor de Tabasco y recibe, entre mil presentes, a la bellísima Malintzin, conocida después con el nombre de Doña Marina. Pasa por la Rambla, río de San Antón, Coatzacoalco, la Sierra de San Martín y el Río de Alvarado. El 21 de abril, llega a San Juan de Ulúa y a otro día desembarca en las playas de Chalchiuchuecan, donde funda su Real.

Al meditar Cortés en la amplitud de sus proyectos, no se conforma con poblar la región y traficar comercialmente con los indios sino que, aquilatando su propio valer y el denuedo de su ejército, decide apoderarse de todas aquellas tierras y sujetarlas a su propio yugo, invocando para ello el nombre del rey de España. A fin de quedar investido de facultades y para desconocer a Velázquez, establece un Ayuntamiento: al conjuro de tributos cuantiosos no dudó que podría halagar a Carlos V, quien posteriormente le daría el poder necesario para extender sus conquistas por la Nueva España.

Cuando el temor por la desobediencia al Gobernador de Cuba; hacía titubear a parte de sus soldados, mandó a Montejo por mar para que buscara una región propicia para fundar la ciudad; Quiahuixtla, fué el sitio elegido donde por sorpresa fundó la primitiva Rica Villa de la Vera Cruz; erigió ahí la picota y la horca

como emblema de autoridad; nombró Alcaldes a Portocarrero y a Montejo, Regidores a Alvarado y a González de Sandoval, Alguacil Mayor a Juan de Escalante, Maestro de Campo a Cristóbal de Olid, Procurador a Alvarez Chico, Tesorero a Gonzalo Mejía y Contador a Alonso de Avila. Después de que el Ayuntamiento recién formado desconoció la autoridad de Diego de Velázquez, nombró Capitán del Ejército a Hernán Cortés, quien para concluir con las vacilaciones de algunos de los suyos, destruyó las naves.

A 1280 varas mexicanas de la playa de Veracruz y rumbo al noroeste, en una parte del bajo llamada la Gallega, se levanta un islote de piedra múcara al que Juan de Grijalva dió el nombre de San Juan de Ulúa por haber llegado a él el día de San Juan y por haber oído a los indios la palabra "colúa". Muchos años duró abandonado este islote que tan sólo servía para seguridad y descanso de las tripulaciones y para que algunos comerciantes guardaran sus mercancías, antes de trasladarlas a Veracruz.

En 1579, a instancias de los jesuitas Alonso Guillén y Juan Rogel, obtuvieron la merced del Virrey don Martín Enríquez de Almanza, con intercesión del Padre Provincial Andrés de Rivas, para establecer en San Juan de Ulúa, un hospital y una capilla para atender a los enfermos que carecían de los indispensables socorros, tanto temporales como espirituales. Los afanes de estos religiosos muy pronto se convirtieron en realidad: dos cuartos ventilados y llenos de luz, con techumbre de zacate y con 12 improvisadas camas formaron el Hospital que estuvo al amparo de una ermita chiquitina y limpia, sin columnas, y sin oros, pero sí ornada por las plegarias de los navegantes que de hinojos agradecían las bondades del Gran Hacedor: la pechera torre que levantaba su cruz minúscula y enmohecida, en medio de las galernas y de las tempestades, así como también en medio de la indiferencia de los nativos.

Este rudimentario Hospital prestó grandes servicios, pues al ser atendidos en él los enfermos contagiosos que llegaban en las naves, fué un lazareto que sirvió de mucho para impedir la propagación del tremendo "vómito prieto". Hasta 1582 se comenzó la fortaleza que fué terminada en 1779. Muchos años después, en 1796, fué colocado, a 26 metros y medio sobre el nivel de mar, el faro que tantas vidas salvó y tantos anhelos hizo germinar con su



luz, en el espíritu de los desanimados navegantes, El Castillo de San Juan de Ulúa, después de un asedio de dos años, fué el último baluarte del ejército hispano, que capituló el 23 de noviembre de 1825.



Hospital de Sacrificios

HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS

HOSPITAL DE SAN SEBASTIAN

HOSPITAL DE NTRA. SRA. DE LORETO

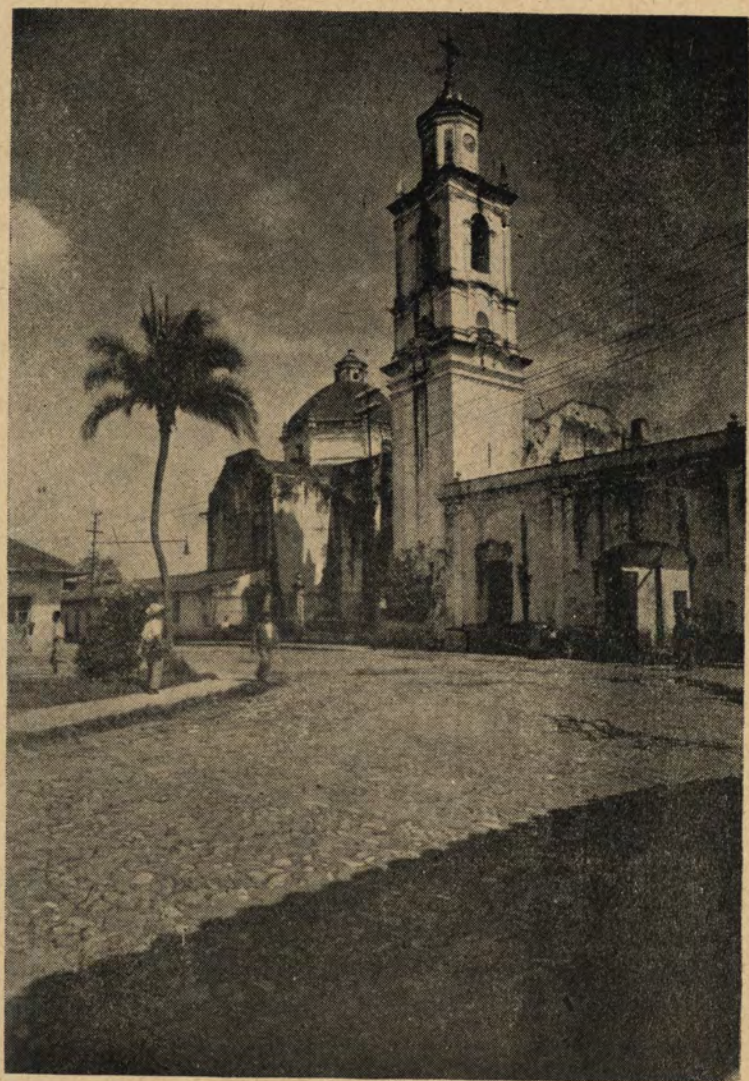
A 3 millas al sureste de la ciudad de Veracruz, pone la fresca pelusilla de su vegetación, la isla y arrecife de Sacrificios. En 1603 y debido al ahinco de algunos religiosos de las órdenes de San Juan de Dios y de San Hipólito, se inicia ahí la construcción de un Hospital; en poco tiempo quedó terminada una caseta donde mostraban su blancura 10 camas en espera de los enfermos que ansiosos de luz y de sol, eran sacados de los bergantines donde habían pasado largos insomnios; las manos cariciosas de los Hermanos derramaban lenitivos en el dolorido cuerpo de los pacientes, para cuya convelescencia eran llevados hasta Jalapa.

Durante mucho tiempo y a partir del año de 1678, fué albergue de ternuras el Hospital de San Juan de Dios, más conocido con el nombre de "Montes Claros", debido a que su fábrica fué hecha con permiso y bajo la protección de don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros; amplio como los ideales con que fué construído, este Hospital fué emporio de consuelos para los llagados del cuerpo y para los torturados de espíritu; grandes enfermerías, enlosadas corredores, risueña huerta, pintoresco jardín y copiosa botica, se encerraban entre esos muros, sacrílegamente derribados el 13 de marzo de 1805 por el nefasto virrey Iturrigaray, que sin meditar su resolución, bebió y expulsó a los juaninos.

Con la venta del terreno donde se levantara el Hospital de Montes Claros y con la pensión de mil seiscientos setenta y cinco pesos anuales que tenía dicha Institución, adquirió gran auge el Hospital General de San Sebastián, establecido en 1802 y ahora conocido con el nombre de "Águiles Serdán".

En 1764 se concluyó el Hospital Militar de San Carlos y en 1784 comenzó a levantarse, por iniciativa de los religiosos betlemíticos el Hospital para Mujeres llamado de Nuestra Señora de Loreto. En 1807 se atendía en el Hospital de San Carlos a todos los enfermos pertenecientes a las tropas de tierra y de mar, en el de San Sebastián a los civiles y en el de Nuestra Señora de Loreto a las mujeres. Además de esas instituciones y cuando las epidemias asolaban a la Villa Rica de la Vera Cruz, se fundaron lazaretos en la calle de Chafalonía y fuera de la ciudad en Hornos, en Mocambo y en Malibrán.

Cuando en las serenas noches del trópico, el vistente, arrullado por la melopea espumosa del mar, goza con las vibrátiles luces que se retratan entre las olas y con la daga luminosa que del faro huye, tiene la obligación de encauzar sus ensoñaciones hacia los defensores de la heroica Veracruz, pero también de entonar salmos de agradecimiento hacia aquellos religiosos que proyectaron la sombra acogedora de la cruz en los hospitales de la vieja Chalchiuecom.



Hospital de la Concepción

(Orizaba, Ver.)

A la vera del camino que une la Vera-Cruz con la ciudad de México, en un valle custodiado por el Citlaltepec, Acultzingo, Maltrata, Necoxtla y Tlachichilco está la Villa Rica de Orizaba; la pródiga naturaleza le ha dado en las alturas la fértil vegetación de los climas fríos, y abajo, ha volcado la plétórica cornucopia del agro tórrido; en el fondo de los floridos barrancos de Miahuatlán, la Carbonera y Metlac, cantan villancicos los ríos de Orizaba, Escamela, Sayola y Tilapan.. Su clima tiene la humedad, el calor y la frescura de un pétalo de gardenia, de esa flor que es joya en la mano de una novia y plegaria en el pecho de un difunto.

Ahuilitzapan, o sea aguas que descienden alegres y bulliciosas, siempre fué almáciga de rebeldías y manantial de héroes. Cuando en medio de incendios, matanzas y crueldades, fué consumada la toma de la legendaria Tenochtitlán, las tribus primitivas que vivían en el vergél de Orizaba, se aprestaron a la lucha heroica y desigual contra la ignominiosa servidumbre del hispano, hasta que Gonzalo de Sandoval, por mandato de Cortés y al frente de un ejército numeroso, se posesionó del riente Valle de Orizaba, cuyos ríos ya no traían aguas alegres y bulliciosas, sino el caudal de lágrimas de impotencia vertidas por los conquistados.

Como Orizaba era el punto obligado de paso entre Vera-Cruz y México y la primera etapa del penosísimo viaje entre el puerto y la capital, los conquistadores pensaron fundar un Hospital, ya que en el punto de desembarco había pocas comodidades, siendo el clima el principal escollo. Para atender a los que llegaron enfermos y para dar descanso a los viajeros menestrosos, fué fun-

dado, por un siervo de la Orden Religiosa de los Hipólitos, un rudimentario Hospital en la Sábana, a la salida del pueblo, junto al río de Orizaba, entre unos paredones viejos que parecían de casa caída.

Poco tiempo después fué llamada en auxilio de este pobrísimo Hospital, la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, que envió a Fray Alonso Pérez que acababa de fundar el Convento y Hospital de la Villa de León, para que prodigara sus entusiasmos y misericordias en esta obra. Dispuesto a tutear al éxito, llegó el religioso a Orizaba el 24 de julio de 1619; ante la mirada atónita de los vecinos, la derruida casona se enlozaneció bajo el talento y el ímpetu de Fray Alonso Pérez, amplia enfermería alegrada a través de grandes ventanales, por el torrente luminoso que inundaba de oros la estancia; catorce camas blancas y mullidas para el cuerpo dolorido de los enfermos; salita especial para los religiosos que llegan a la Nueva España a poner las sonrisas de su religión y a hacer la verdadera conquista de este pueblo, con las armas del cariño y de la abnegación; capaz vivienda para los siete Hermanos que cuidaban a los pacientes y para el Sacerdote encargado de administrar los Sacramentos. Junto al Hospital, como prolongación de misericordia, se alzó la Iglesia, limpia, chiquitina y brillante como un "milagro", bajo la advocación, al principio, de la Virgen de los Remedios; después, con la licencia del Obispo de Puebla, el virtuoso Alonso de la Mora, cambió de Patrona, llamándose en lo venidero de Nuestra Señora de la Concepción.

Este Hospital no fué más que el preámbulo del admirable Hospital de San Juan de Dios, puesto al servicio público en 1655 y que fué derribado por fortísimo terremoto en 1696.

En la policroma Pluviosilla, no sólo brotan corolas como si el iris se hubiera roto ahí, sino que también nacen misericordias, altruismos y bondades, como si la sombra del Rubio de Galilea se hubiera enseñoreado de los cármenes de Ahulitzapam.



Hospital de la Concordia

(Orizaba, Ver.)

Un grupo de laboriosos y fervientes indios del barrio de Omiquila, encabezados por el humilde ciego llamado Domingo de Ramos, después de muchas vicisitudes y de innumerables súplicas, consiguió, el 13 de diciembre de 1709, que el Obispo don Pedro Nogales diera licencia para construir la Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, ya que debido a las ciénagas y pantanos, los vecinos de esa barriada no podían ir a misa hasta la Parroquia y menos aún en tiempo de aguas en que casi quedaban aislados de la población.

El mencionado cieguito cedió un solar para que en él se levantara la Capilla, así como también hizo la promesa de cuidarla con amor y afán. En medio de su pobreza, pero lleno de entusiasmo, levantó una paupérrima Capilla sustentada por horcones, cercada de cuilotes y malas tablas y cubierta con rojizas tejas; de un árbol frontero, a la puerta de la Ermita, colgaron minúscula campana que con débil voz de bronce, llamaba a misa o al rosario, esas tardes fastuosas de Pluviosilla en que huyen las perennes nubes para ponerle albo turbante al Tlachichilco, conocido con el nombre de Cerro del Borrego; sobre un mostrador que hacía veces de altar, lucía enclavado un lienzo con la imagen de nuestra Señora de Guadalupe; en él estaban cuatro candeleros de tosca madera y el Ara, tan chiquitina, que apenas cabía en ella el Cáliz, opaco y orinoso; de una escarpia pendía, arrugado y polvoroso, un palio con más telarañas que seda y dos casullas viejas, descoloridas y maltrechadas; en la Capilla faltaban columnas, bóvedas y ornamentos, pero en cambio abundaba la fe de los creyentes, el eco de mil plegarias de los feligreses y el entusiasmo del ciequecito; a impulso de escasas limosnas, durante tres años hubo culto en la Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe; mas, sea por lo insalubre del terreno o porque la población española iba crecien-

do, lo que no veían con buenos ojos los nativos, en 1712, fueron a establecerse los moradores de Omiquila a un lugar cercano a Santa Gertrudis, al sitio donde hoy está Barrio Nuevo.

Algún tiempo quedó abandonada la Capilla por la muerte de Domingo de Ramos, hasta que el licenciado Antonio de Clorza, teniente de cura, comenzó a predicar para arbitrarse fondos con que rehacer la Capilla. Muy pronto quedaron puestos los cimientos, pero como el entusiasmo no siempre corre parejas con el desprendimiento de los egoístas, pasó algún tiempo hasta que el venerable Antonio de Clorza encomendó las obras a don Benito García Ganvino. En 1724 se continuó la obra y en menos de dos años se irguieron los muros, las esbeltas cúpulas, la vasta sacristía y una torre alicatada; ricos ornamentos, albos manteles, preciadas imágenes, candelabros de plata y arandelas de bronce, nogaleñas bancas, coruscante altar y barandales de miniada forja. A mayor abundamiento, este laborioso sacerdote encargó al licenciado Nicolás Rodríguez, una copia de la Virgen de Guadalupe que mora en el Tepeyac y reina en el corazón de los mexicanos, magüer la ola de incredulidad y de materialismo que hoy ensombrece la lozanía de nuestra patria; al poco tiempo, con pompa y boato, fué entronizada en su santuario, la venerable imagen.

Después de once años de afanes y de sacrificios del padre Benito García Ganvino, fué bendecido solemenemente el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, el 13 de octubre de 1741. El entusiasmo del citado capellán a quien tanto debe Orizaba, llegó hasta el grado de querer fundar, junto a la Iglesia, un Colegio de Niñas; para ello, en su ayuda vinieron el sacerdote José Ancermo, el Presbítero Francisco Avalos, don Juan de Cásares, Don Carlos Wattes y don José Antonio Buenhombre. Una vez que fueron discutidos los planos y que la Mitra, el Rey y la Santa Sede concedieron las licencias necesarias, se comenzó la fábrica admirable del colegio el 27 de abril de 1767, que desde un principio quedó bajo la advocación de San Felipe Neri. Caen los años amontonando dificultades y despertando entusiasmos, marchitando anhelos y germinando realidades, hasta que fué bendecido dicho Colegio el 12 de diciembre de 1777, con un ceremonial jamás visto en Pluviosilla; por desgracia el Capellán don Benito García Ganvino, poco antes de la inauguración, murió a los 80 años, sin ver plasmada

su piadosa idea.

Vida llena de serenidad, de recogimiento, de estudio y de meditación, impera durante mucho tiempo en el oratorio de San Felipe Neri, hasta que el 2 de agosto de 1860, al triunfo del Gobierno, los padres abandonan la casa, temerosos de ser perseguidos; ahí se aposentaron las tropas cargadas de laureles y de rencores. En 1862, el Ejército Francés instaló en la Concordia su Hospital Militar. Después, la Junta de Caridad consiguió del Gobierno del Estado, el permiso para que en los edificios de la Concordia y del Santuario de San Felipe Neri, quedaran el Hospital para Hombres y el Hospital para Mujeres. En 1867, a la caída del Imperio, pasaron a los enfermos al Convento de los Dolores, para establecer el Hospicio de Niños Desvalidos. En 1873 volvió a ocuparse la casona de la Concordia con los Hospitales de hombres y de mujeres, donde han recibido los menesterosos de salud y los hambrientos de ternuras, un reguero de consuelos y una maná de caricias.

Qué sedante impresión deja en el espíritu visitar este edificio, en medio de un crepúsculo enropado en lluvia; muros roqueños y paredes enjalbegadas más que por la cal, por la purísima simplicidad de las plegarias erizadas de latines; los corredores enladrillados y frescos, capaces para el desfile de los religiosos y para la algarabía de pajarera de tantos niños; en la huerta, flores y verduras, en aromada justa, se disputaban los dones de la Naturaleza; las celdas, chiquitinas como relicarios; el refectorio, amplio y luminoso, al conjuro de nogaleña viguería, era caja de resonancia para que la voz del Relator, adquiriera tonalidades de bronce, mientras en las repujadas rejas de los amplios ventanales hacían nidos de amor las palomas, tal que si las oraciones se hubieran plasmado en borlas de nube... Hoy mucho ha cambiado; Nuestra Señora la Asepsia ha tirado muros y ha ampliado salas; el aseo impera donde antes reinaba la tradición; el arsenal quirúrgico brilla en las vitrinas con siniestro resplandor; las enfermeras, con laudable afán, pasan presurosas por los albos corredores y las vetusteces huyen ante la blanca mano de la deidad Higiene.

En el alma de los convalecientes es justo que florezca un recuerdo de amor por el cieguito Domingo de Ramos y para Benito García Ganvino.



HOSPITAL, SINGAPORE
CORNER, SINGAPORE

Hospital Yanga

(Córdoba, Ver.)

Bajo la sedante serenidad de las noches de luna, azotadas por las tormentas o sudorosas bajo las lumbres del sol, caminan al azar las tribus nómadas, vadeando ríos, escalando serranías o desflorando el misterio de las selvas; del norte viene la familia nahoa que muy presto, impulsada por luchas y por afanes, se disgrega en grupos ansiosos de poderío y de riquezas.

Los ulmecas llegan a la fabulosa región, llamada al correr de los siglos, Cantón de Córdoba, que es tierra de sol ardiente, de suelo fecundo y de laurel altivo; donde los cerebros florecen, los amores se enraizan y la amistad se plasma; a ese océano de verdura y de corolas, situado en la loma de Hiulango, arrullado por el tenue cantarinear de los ríos que se deslizan entre la enmarañada pelambre de los bejucos y que son música, gasa, perlas y encaje cuando sus aguas caudalosas forman cascadas; linda región encuadrada por el Río Seco que se arrastra a los pies de la cordillera del Chiquihuite, por el Río de Metlac que, después de haber hecho germinar floripondios, aguacates, papayos, limoneros y cidras, vierte sus aguas cristalinas, al llegar a Zapoapita, en el próspero Río Blanco, que nace en las apocalípticas cumbres de Acultzingo.

Acosados por las tribus de Tlaxcala, se ven precisados los ulmecas a emigrar hacia las Costas del Golfo que a principios del siglo XV pertenecían a los hombres de Cuertlaxtlán y de Cuautochco (Huatusco). La guerra que no sólo es destrucción y exterminio, sino que también fertiliza razas y abre horizontes, lleva fulgores de civilización a este vergel. Después de la muerte de Itzcoatl, en 1436, asume el gobierno de Anáhuac, Moctecuzoma Ilhuicamina que realiza múltiples conquistas, interrumpidas en 1446, por la inundación y por la peste; en 1456 las huestes del cuarto rey y pri-

mer Emperador de los mexicanos dominan Cuautochco y un año después Ahuilizapan (Orizaba).

La conquista de Cuertlaxtlán fué una epopeya para los mexicanos y un timbre de gloria para los cotaxteses, que solicitaron y obtuvieron la alianza de los tlaxcaltecas y de los huejotzincas; como jefe de los mexicanos iba Axayacatl, que contaba con el denuedo y el talento de Tízoc y Ahuizotl y con la experiencia del tenaz Maquihuíx, rey de Tlaltelolco; después de cruenta lucha, Cuertlaxtlán quedó sometida al poder de los aztecas.

A la muerte de Moctecuzoma Ilhuicamina, en 1464, los cotaxteses quisieron recobrar su independencia, pero este anhelo de libertad fracasó ante el ejército de Axayacatl que nombró a Teuh-tilli, gobernador de la región. El pavor se adueña del alma de Moctecuzoma Xocoyotzin al saber la llegada de Juan de Grijalva a las costas de Chalchiuchuecan (Veracruz) y aumenta cuando meses más tarde, sabe que los blancos, al mando de Cortés han desembarcado; el medroso Xocoyotzin envía regalos al conquistador, quien se empeña en hablar con el Emperador a lo que no accede y deja el paso franco a las huestes hispanas que por Xalapa avanzan a Cempoala, acogiendo bajo su bandera a todos los enemigos de los aztecas.

Trágicamente muere Moctecuzoma Xocoyotzin y es nombrado Rey de los mexicanos el admirable Cuitláhuac, autor intelectual y material de la tremenda derrota al conquistador en 1520, conocida en la Historia como "La Noche Triste"; al conocer el descalabro de Cortés, los cotaxteses, que odiaban al invasor, se levantan en armas y matan a muchos españoles; gloriosamente muere Cuitláhuac y llega al trono el impoluto Cuauhtémoc que muy pronto es aprehendido por Cortés; en octubre de 1521, por órdenes de don Hernando, sale Gonzalo de Sandoval a someter a los pobladores de Cuertlaxtlán y de Cuautochco, al frente de 200 infantes, 60 jinetes y múltiples tropas auxiliares de flecheros; la conquista de la región se realiza sin crueldades y nuevamente la garra del hispano aherroja las ansias de libertad de los mexicanos.

Luego, llega la época de las nefandas encomiendas, en las que los triunfadores tratan a los encomendados de peor modo que a los esclavos: tributos exagerados, trabajo excesivo, compasión nula; por orden del vesánico Felipe II, con hierro can-

dente los marcaban en las mejillas, en los muslos y en la frente, lo mismo a mujeres, que a ancianos y que a niños y la mácula en la virginidad de las doncellas era motivo de negocio, de apuestas o de caprichos; a los vencidos, por fútiles motivos, los quemaban vivos o eran devorados por feroces perros, ante las carcajadas de la soldadesca.

Impelidos por las normas biológicas de la conservación, los nativos huían a la serranía y muy presto desapareció multitud de pueblos, antaño florecientes; el estado anárquico, sobre todo en la región cordobesa, se suaviza un poco con la llegada del Obispo Fuenleal que traía el nombramiento de Presidente de la Segunda Audiencia; posteriormente, quizás por egoísmo, varios Virreyes y entre ellos don Antonio de Mendoza y don Luis de Velasco, pusieron gran empeño en subsistir a los esclavos indios por otros negros, sobre todo africanos; pero era tan inhumano el trato que aun les danban a los nativos y a los negros que comenzaron nuevamente las evasiones y las venganzas contra el hispano.

Como símbolo de rebeldía, como paradigma de tenacidad, como prototipo de valor puesto al servicio de sus semejantes, surge con luz propia y lineamientos rotundos, en medio de este ambiente de pasiones y venganzas, de impiedades y egoísmos, el admirable negro YANGA, que lanza un reto al Gobierno de la Nueva España, Treinta años de vejaciones y de crueldades tallaron en su alma, profundamente dolorida, la idea de una reivindicación; treinta años de esclavitud, de lancetazos a su dignidad, de heridas a su hombría lo hicieron pensar que era necesario romper las cadenas, que había que erguirse y exigir lo que las leyes humanas no querían darle.

No se sabe por quién fué arrancado, desde su niñez, de su reino enclavado en el interior del Africa; aparece bajo la dorada luz del Anáhuac, como una estatua tallada en ébano: alto, musculoso, de testa erquida y mirar de águila, de hablar pausado y de modales afables; trabajador, cumplido y hermético: sólo ante el castigo injusto a sus compañeros o ante la crueldad volcada sobre sus semejantes, le fulguraba en los ojos un hacecillo dorado, que muy presto se evaporaba por las lágrimas de ira y de impotencia.

Sus hermanos en el dolor, lo llamaban "Padre Yanga" y cuan-

do sus heridas sangraban o su voluntad se marchitaba, acudían a él en busca de consejos o de consuelos; su idea pronto floreció en acción: con un grupo numeroso de esclavos, se encaminó a la vertiente oriental del Citlaltepctl, de ese cono de alabastro que irrumpe en la serranía para tremolar el penacho de sus nieves perpetuas, bajo la combada mano de un cielo azul o bajo el negro raso de la noche, que es tálamo para el rosal de las estrellas. En la sierra de Zongolica y cerca de Omealca fundó su campamento, llenó de casuchas que se alzaban toda albura, sobre la sombría esmeralda de las frondas. En el negro heroico recayó el nombramiento de Gobernador Civil y Político y confió el mando de las armas a Francisco de la Matosa, natural de Angola.

En los albores de 1609, se conoció la bélica actitud de los negros, que fijaron al principio, el 6 de enero para el levantamiento general; don Luis de Velasco atemorizado por la trascendencia de este motín, organizó una expedición en contra de ellos, al mando de Don Pedro González de Herrera, vecino de la Puebla de los Angeles. El 26 de enero de 1609 se inició la marcha con 600 soldados y 150 indios flecheros; cautelosamente, pero no tanto que el Yanga lo ignorara, avanzó González Herrera hasta cerca de Omealca y después de muchos atisbos e indecisiones, el 22 de febrero, atacaron a los fanticos del Yanga que con denudo y valor, pero sin armas, en desigual pelea arrojaban peñascos a los hispanos, que al final triunfaron adueñándose del pueblo, de los víveres y del dinero.

Yanga, fundiendo ideales y convicciones, energías y entusiasmos, no obstante que el dolor rugía y crugía en su pecho, se remontó con los suyos a la montaña y ahí recibió el indulto del Virrey que aceptó las condiciones puestas por el admirable Yanga quien pidió que los dejaran tranquilos y que les designaran un lugar para la fundación de su pueblo: tal fué el origen de San Lorenzo de los Negros o Cerralvo, a veinte kilómetros al sureste de Córdoba.

Se ignoran el sitio y la fecha en que murió el heroico Yanga; pero en el alma de todos los que sufrieron las crueldades del conquistador y en el espíritu de los que aun sufren las mismas vejaciones con estoicismo generador de futura rebeldías, esplende vigorosa el recuerdo de este negro que vivió, luchó y murió por dar-

les un hatillo de ternura a sus semejantes, un poco de piedad a sus hermanos y un ejemplo de tenacidad y hombría a esa masa triste y abnegada que es la médula de la Patria y el surco en que ha de germinar el nombre glorioso de nuestro glorioso México.

La crueldad contra los cimarrones fué en aumento y sin los altísimos ideales que impulsaron al Yanga, continuaron los levantamientos y las depredaciones en contra de los españoles, hasta que con la llegada al país de Don Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcazar, nombrado Virrey de la Nueva España,, brotó la idea de que hubiera una ciudad en la misma región de los desmanes. Don Juan de Miranda, Don García de Arévalo, Don Andrés Nuñez de Illescas y Don Diego Rodríguez, vecinos de Huatusco, solicitaron autorización del Marqués de Guadalcazar para fundar una ciudad en las lomas de Hiulango. Oídas las razones y enviadas las cartas a España, fué concedido el permiso por Felipe III, el 29 de noviembre de 1617. El 27 de abril de 1618 se congregaron los primeros pobladores de Amatlán, a una legua de las lomas de Huilango, para iniciar los trabajos, de acuerdo con las órdenes reales.

La prosperidad de la Villa de Córdoba fué casi nula debido a los múltiples litigios por asuntos de tierras, por egoísmos y por ambiciones y como corolario de lo anterior,, el 23 de agosto de 1694, fuerte temblor destruye por completo la paupérrima ciudad de Córdoba. Los males siguen asolando la región: el 15 de mayo de 1714, otro temblor arrasa edificios y casuchas; a los dos meses y durante 15 días, se abate sobre la ciudad copiosa lluvia a grado tal que la barranca de Metlac se obstuye por el cúmulo de objetos arrastrados por el río de San Miguel.

Para mitigar en parte tantas y tantas calamidades, el Regidor don Ignacio de Tembra y Simanes, en 1772, pensó fundar un Hospital para hombres y costearlo con sus propios recursos; el Dean de la Catedral de Puebla autorizó y aplaudió dicha idea, iniciándose inmediatamente las obras que fueron concluidas dos años más tarde. Quedó instalado el Hospital de la "Santísima Trinidad" en el lugar que ahora ocupa el edificio España en la esquina de la primera Avenida con la calle nueve y bajo el cuidado y administración de los Hermanos Hipolitanos, dirigidos por el Reverendo Fray Rodrigo de la Fuente; posteriormente y después de la ex-

claustración de la Orden de San Hipólito, cambió su nombre por el de Hospital de San Roque.

En mayo de 1756, por iniciativa del Presbítero Juan Gómez Dávila y en el propio domicilio de este varón, quedó instalado el Hospital para mujeres, llamado de "Los Cinco Señores", frente al actual Parque Madero. A consecuencia de un terremoto en 1790, quedó casi destruído el Hospital de San Roque, por lo que más tarde fueron trasladados los enfermos al edificio colindante con el Hospital de Mujeres, en la actual esquina de la novena Avenida con la calle Nueva.

Pocos años después con ímpetus de huracán, apareció en la Villa de Córdoba, la primera epidemia de fiebre amarilla, que segó muchas vidas y fué más devastadora que la tremenda viruela que pronto se había extendido, ya que la vacuna antivariolosa llegó a Córdoba hasta 1804. Entonces se vieron y apreciaron las deficiencias de los hospitales existentes y la necesidad imperiosa de construir un lazareto: hasta 1835 fué levantado un local en la Garita de Buenavista para aislar a los enfermos infectocontagiosos. Los padres roqueños tuvieron bajo su custodia el Hospital de San Roque hasta 1824, fecha en que la misericordiosa mansión pasó a depender del Cabildo y si antes los dos Hospitales sufrieron infinidad de penurias y de privaciones éstas fueron más intensas bajo la tutela del Gobierno.

El año de 1870 llegó a Córdoba, el altruista médico guanajuatense Cutberto Peña, a encargarse de la Dirección de los Hospitales; con cuánta tristeza en el alma salió después de visitar estas casas de misericordia; cuánto desaliento se enseñoreó de su espíritu al verificar las deficiencias de estos Hospitales, a grado tal que demostró con razonamientos clarísimos, la necesidad de construir un edificio apropiado para albergar debidamente a toda esa multitud agobiada por las lacerías y por la miseria. Sus anhelos no tuvieron eco pues la Nación se contorcía entre luchas civiles y ambiciones sectaristas y el poco dinero que entraba en el Municipio, se destinaba a comprar armas y a sobornar infidentes.

Hasta 1899, debido al humanitarismo y amor del Jeje Político don Carlos Porragas, comenzó a ser construído el actual Hospital "Yanga" que fué solemnemente inaugurado en 1896, gracias al carácter tesonero y fructífero del acucioso, cultísimo y honrado

historiador doctor don Enrique Herrera Moreno, que fué Alcalde Municipal. El doctor Florentino Sariol, que durante cinco años había sido Director del Hospital de San Roque, pasó con el mismo cargo al Hospital Yanga, donde prodigó su caridad, su ciencia y su altruismo, dieciocho años durante los cuales, organizó sobre bases científicas, los servicios de medicina, traumatología y cirugía, en colaboración con don Bernardo Villar y Ruiz, Inspector de la Junta de Caridad.

El edificio, amplio y resistente, está rodeado por jardines y tienen sus salas la disposición radiada, de modo tal que desde el centro, se vigilan y dominan las enfermerías que son las siguientes: la de medicina para hombres se llama "Tembra y Simanes", la de cirugía ostenta el nombre de "Gómez Dávila"; la de traumatología perpetúa el recuerdo de "Rodríguez Rivera"; la de mujeres se llama "Ana Irvias" y la de distinción luce el nombre del eximio guanajuatense "Cutberto Peña". Hace poco tiempo, siendo aún Director, el médico Manuel Galán, se modificaron las aios salas de operaciones y se puso al servicio público la Sala de Maternidad.

Qué fiesta de color es para los ojos humanos la contemplación de esta región veracruzana, ornada de selvas que avaras guardan lindas leyendas de heroicidades y de martirios; en que se retuercen troncos añosos que están tatuados por los hachazos de muchos siglos y maculados por fieros rayos que desgajaron sus enramdas; en que las serranías traquíticas semejan monstruos apocalípticos y en que las hondonadas son lecho amusgado para que corran los jubilosos ríos; en que los cafetales floridos trasuntan núbiles etíopes que impúdicas mostraran los rojos pezoncitos; en que las cañas de azúcar son flautas de jade y los platanares, frescos y esmaltados abanicos; en que los naranjos verdegueantes esconden su fruto que es deleite para la vista y almíbar para el paladar; en que los mongares traen a nuestra mente el recuerdo de Juan Antonio Gómez, que fué el primero que los sembró en su Hacienda de Guadalupe; en que los campos verdes miran al cielo con las policromas pupilas de sus capullos; en que los curvados puentes se tienden sobre los ríos que desde las enhiestas cumbres impetuosos se despeñan y ya en el valle, deshacen sus espumas y pulen sus cristales; en que sobre el Citlaltepetl, lleno de noche y de mis-

terio, nictilan las estrellas y el aire es como un bañel desbordante de perfumes. Pero todo lo anterior queda en segundo término, al recordar la heroicidad de los ulmecas, el llorar de nuestros antepasados, la filantropía del Yanga y la caridad de todos aquellos que pusieron sobre las dolores el lenitivo de su ternura, sobre las enfermedades el bálsamo de su ciencia y sobre los egoísmos el eterno y sacrosanto emblema de la caridad.



Hospital de San Roque

(Puebla)

Del antiquísimo y fabuloso Yucatán, de las tierras del "ulli" donde los frutos son enormes, el algodón abundante y los pájaros policromos, llegan los ulmecas a la Mesa Central y señalan su paso con la soberbia estructura de sus pirámides en Comacalco, Zempoala, Tuxpan, Papantla y Huatusco y ya al final de su ruta y como fervido homenaje a sus dioses, labra su fanatismo las pirámides de Teotihuacán y de Cholula.

No sólo dejan en las nuevas tierras sus construcciones ciclópeas, sino que difunden su admirable civilización en la que descuella el calendario; hacia el año de 1116 derrúmbase el poderío de los ulmecas que no entienden la ingratitud y regresan abatidos a su antiguo reino donde el aire es caliente, el amor intenso y el hablar melodioso, derrotados y maltrechos por los belicosos chichimecas y por los artistas toltecas, que fueron los herederos de las hermosas comarcas.

Estas dos tribus, que Sahagún funda en una sola, al mando del valeroso y juvenil Xólotl, se posesionan de Teotihuacán y Xaltocan y extienden su dominio hasta el Xinantécatl, Atlixco, Huachinango, Naucampatepetl y Atotonilco; fundan Texcoco y con sus aliados los acolhuas llegan a Tuxpan, Papantla, Mexcitlan y Nauhtlan, para someter después con su arrojo y valentía Tetela, Tochimilco, Cuauhquechollan, Cholula, y Huejotzingo. Hacia 1328, dueños ya de Tepeaca y de Perote, derrotan a los últimos ulmecas en Tetecitipan y fundan el señorío de Tlaxcala, para ir después a poblar Chalchicomula y Orizaba.

Pasan los siglos desencadenando rivalidades y odios; las ambiciones y los egoísmos destruyen las obras logradas y las victorias adquiridas; aparecen los mexicas y en medio de guerras crudelísimas con cholultecas y tlaxcaltecas, logran que muchos pueblos se sometan al imperio de Motecuzoma. El antiguo esplendor de la Ciudad Sagrada de los ulmecas, de la Roma de Anáhuac, de Cholula, viene a menos; poco a poco se mustian sus vergeles y emigra buena parte de sus cuarenta mil habitantes, que dejan tristes y abandonadas las veinte mil casas de la ciudad y los cuatrocientos templos; el Tlachialtepec o cerro hecho a mano, que para rendir homenaje a Quetzalcoatl levantó el gigante Xelhva, diríase triste en medio de los crepúsculos fastuosos y de los amaneceres nacarados, custodiado tan sólo por el Acóztatl y el Ixtenénetl. Sobre las postreras magnificencias de este pueblo, brillaba como sol primaveral, el genio de los toltecas que fué sinónimo de arte ya que, ante el empuje de los mexica, huyen las mujeres que son duchas en hilar y en tejer, así como los alfareros, lapidarios y plateados. TOLLAN-CHOLLOLAN-TRACHIUATEC se mustia ante la derrota, como una flor que se marchita por tanto haber perfumado...

A la llegada del conquistador los cholultecas olvidan sus rivalidades y se alían con Motecuzoma para luchar con el blanco; viene después la cruel matanza de los conquistadores en un vasto patio de la calle de Chalingo, la mácula más indeleble en la vida de Cortés que no bastan a atenuar las consejas de algunos historiadores y cronistas, cuando dicen que la sumisión de los cholultecas, era fingida. Por todos los datos anteriores relacionados con el esplendor de Cholula, se puede afirmar que antes de la llegada de los conquistadores, Huitzilapa no era más que un insignificante caserío pues los cholultecas no iban a permitir la existencia de una población floreciente en las inmediaciones de su Ciudad Sagrada; lo anterior se justifica por la ausencia de teocallis y de restos arqueológicos en el mencionado lugar, que al correr de los años sirvió de asiento a la Puebla de los Angeles.

Debido al empeño y entusiasmo del Oidor Juan de Salmerón y de Fray Toribio de Benaventé, se funda la ciudad de Puebla de los Angeles el 16 de abril de 1531, festividad de Santo Toribio de Astorga, octava de la Pascua de Flores y día de la Resurrección. En esa fecha se delineó la ciudad, se trazaron las calles y se dijo

la primera Misa, en la que de fijo debe haber oficiado Benavente, llamado después por sus bondades MOTOLINIA, que en nahuatl vale tanto como POBRECITO. El 18 de enero de 1531, como contestación a lo solicitado por el Oidor Juan de Salmerón, Juan de Sámano, por mandato de la reina redactó la Cédula en Ocaña, concediendo la fundación de la ciudad y ratificando el nombre propuesto de Puebla de los Angeles. El título de ciudad le fué dado por el Emperador Carlos V, por Real Cédula, fechada en Medina del Campo, el 20 de marzo de 1532.

Merced al ahinco de los indios de Tlaxcala y de Cholula y al fervor de los fundadores, muy presto floreció la ciudad, a grado tal que en 1534, ya había en ella 2341 habitantes. El Obispo Garcés, en 1536 inicia la construcción de la primera Iglesia de Puebla que es terminada, por los indios de Calpan, en 1539, y un año después se traslada a Puebla la Silla Episcopal de Taxcala. En 1558 Felipe II le concede el título de "muy noble y leal"; honor que se recibe con alborozo, al igual que la introducción en ella, de agua potable.

Después de que el caritativo Fray Bernardino Alvarez fundó el Hospital de San Hipólito de México en 1566, pensó establecer otro similar en Puebla de los Angeles; pero entendiendo que no le sería fácil atender los dos Hospitales, se dió a la tarea de formar una Congregación con el nombre de Hermanos de la Caridad, integrada por eclesiásticos y seculares. Esta idea fué sancionada por Gregorio XIII y después por Sixto V, el día primero de mayo de 1585, concediendo Clemente VIII en 1589 los mismos privilegios que a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Cuando Fray Bernardino Alvarez vió realizada su idea, pidió licencia para establecer en Puebla un Hospital que diera albergue y consuelo a los enfermos que llegaran en las flotas españolas y viniesen rumbo a la prócer Tenochtitlán. El 21 de julio de 1592, el Obispo Diego Romano y el 16 de julio el Virrey don Luis de Velasco, sancionaron la fundación del Convento-Hospital de San Roque, que quedó bajo la advocación de este milagroso Santo Francés.

Para la pronta construcción del Hospital, don Alonso del Moral, donó sus propiedades, así como cuantiosas limosnas que se unieron a las innumerables dadas por los vecinos de esta vergele-
ra ciudad. Con ahinco, se trazaron los planos, se levantaron muros de cantera, se curvaron alicatadas cúpulas, se construyeron amplias

enfermerías con múltiples ventanales y se puso en ello tal cariño y tal esmero, que cuando llegaron los primeros enfermos, que fueron de preferencia dementes, el Hospital de San Roque mostraba ya grandes dormitorios para enfermos, bien surtida botica, riente huerta, viviendas para los religiosos y un hálito de amor y de misericordia que brotaba del corazón de los encargados de volver la salud a los enfermos o cuando menos de hacerles menos dolorosa la existencia a los posesos. Todos cumplían con los votos hechos de castidad, pobreza, obediencia y hospitalidad; en los archivos de este Hospital, quedan los nombres de Fray Cristóbal Anaya y de Fray Melchor Nuñez, para decir a la caravana de egoístas, cómo se debe amar al prójimo y cómo deben despreciarse los bienes terrenales.

Con el curso de los años, el Convento Hospital de San Roque vino a menos y las angustias de orden económico se enseñorearon del establecimiento, hasta que, en 1740 el padre jesuita Miguel José de Ortega, tendió su mano protectora hacia este lugar de recogimiento; se preocupó grandemente por la alimentación de los enfermos, así como por las comodidades para los dementes, regaló mucha ropa y medicinas y en lo relativo a la Iglesia, entronizó en ella a la Virgen del Refugio, cuya devoción propagaba por toda la Nueva España. De nuevo las limosnas abundaron en este Hospital y la tranquilidad volvió a reinar en él.

Cuando el primero de octubre de 1820, las Cortes Españolas suprimieron las Ordenes monásticas en Puebla, tanto los religiosos roquinos, como los juaninos, no acataron las disposiciones y en el Hospital de San Roque, el valeroso Fray José de Santa Cruz, de acuerdo con el Virrey Juan Ruiz de Apodaca, amplió aún más la capacidad del Convento-Hospital y con esplendidez proveyó lo necesario para la atención de los enfermos. Este acto de caridad y de rebeldía le granjeó muchos parabienes al Hermano, a grado tal que el Canónigo Doctoral Pedro Piñeyro y Osorio, unió su amor y sus caudales para tan admirable obra. Fray José de la Santa Cruz, con los Santos Oleos del amor y de las bendiciones de todos, murió el 26 de septiembre de 1826.

Le sucedió en el cargo de Prior, Fray Manuel Serrano, que dedicó su existencia a reconstruir la Iglesia, con la gratuita y valiosa cooperación del arquitecto José Manso: levantó el Altar

Mayor, rehizo la torre que había sido destruída durante el sitio que sufrió la ciudad en 1834 y dejó al Canónigo Piñeyro y Osorio la ardua labor de atender los menesteres del Hospital.

La muerte cambia hombres, pero aumenta entusiasmos: Fray Joaquín Vadillo, Fray Valeriano Pérez de León, Fray Mateo de Santo Domingo, Jerónimo Mateos, Ignacio Solís, Matilde Benavides, José María del Castillo Quintero, José María Luna y otros más, sostuvieron aún la iniciativa de Fray Bernardino Alvarez y atendieron con solicitud y esmero, el añoso Hospital de San Roque, en el que las mujeres dementes, bajo los crepúsculos fastuosos, oyen el tañer de las campanas de San Roque, que forman ecos orquestales en las cercanas aulas del Colegio del Estado.

Puebla, Puebla de los Angeles: relicario de arquitectura, mosaico de azulejos, emporio de trabajo, remanso de paz, agro fecundo, clima caricioso, aire de cristal. Puebla, Puebla de los Angeles: el ondular nictilante de tus ríos y la impoluta nieve de tus volcanes, convierten a los que ahí nacen, no sólo en poetas, sino en seres agradecidos que recuerdan con amor el nombre de los forjadores del terruño idolatrado.



Hospital de San Bernardo

(Puebla)

El portugués Juan de Dios, gratamente impresionado por las predicaciones del padre Juan de Avila, en las postrimerías del siglo XV, se apartó del mundo para dedicar todos sus afanes a la atención de los enfermos. Al ver el amor y la ternura que ponía en su empresa, posteriormente, el Arzobispo de Evora, le concedió el uso de tosco hábito y lo nombró Superior de unos cuantos abnegados hombres que siguieron su ejemplo.

Hacia 1571, Sixto V y Gregorio XIV, concedieron muchos privilegios a esta Congregación que tan admirablemente cumplía el voto de hospitalidad. Cuando la conquista abrió para España vastos panoramas, se embarcaron los juaninos Pedro Serrano y Pedro Gazunvi, teniendo que establecerse en la Isla de Santo Domingo. El 20 de febrero de 1604 y con permiso del Nuncio, llegaron a Vera Cruz cinco Hermanos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios: Cristóbal Muñoz, Bruno de Avila, Juan de Segura, Gonzalo de San Esteban y José Leonardo. De acuerdo con sus necesidades, Bruno de Avila regresó a España para traer en 1606, siete religiosos más: entre ellos llegó Fray Carlos Zibico de la Cerda que prestaba relevantes servicios en el Hospital de Nuestra Señora de la Paz, en Sevilla. Este amoroso, inteligente y abnegado Hermano, se trasladó a Puebla de los Angeles, en 1626; tres años después consiguió que el Ayuntamiento le cediera una paupérrima Ermita dedicada a San Bernardo, en la que instaló unas camas para atender enfermos indigentes.

Su entusiasmo movió el corazón de los vecinos y las limosnas se metafórficaron en comodidades para los pacientes, quedando listas al poco tiempo, veinte camas donde recibían con-

suelos, medicinas y ternura, otros tantos indígenas aparte de los que eran curados en el atrio de la Ermita. Fray Carlos Zibico de la Cerda, después de instalar la enfermería, donde imperaban el aseo y el orden, construyó las Oficinas del Hospital y las viviendas para los diez religiosos, dos sacerdotes, un boticario y un Cirujano.

La Iglesia tardó mucho en construirse; el 14 de agosto de 1667, fué puesta la primera piedra de ella, por el Obispo Diego Osorio de Escobar y Llamas, siendo Prior de la Comunidad juanina, Fray Baltasar Rosell. Por la escasez de limosnas, la construcción de la Iglesia tardó catorce años hasta que por fin se bendijo el 8 de junio de 1681. El 16 de agosto de 1711 fortísimo temblor destruyó el Convento, que ya entonces se llamaba de San Juan de Dios. Para la pronta reconstrucción de él cooperaron los vecinos, al ver el ahinco que para esta obra pusieron el Maestre-Escuela Doctor Juan Godínez, el prior Fray Juan Jiménez, Fray Pedro del Aguila, gran predicador y gran poeta latino y Fray Juan Carnero, que representaba la vida de San Juan de Dios. Hospital de San Juan de Dios, dejaron huella imperecedera: Fray Juan Abreu remozó la Iglesia y mejoró el Hospital, no obstante las molestias que tuvo con la Ley de las Cortes Españolas que abolió todos los establecimientos religiosos y al igual que los roquinos, los Hermanos de San Juan de Dios no acataron dicha Ley, y el floreciente Hospital siguió derramando consuelos y cosechando bendiciones, aun cuando hubo necesidad de nombrar síndicos que fueron, entre los más notables, don Rafael Izunza y don José Francisco del Castillo.

La Iglesia era amplia y bien alhajada; sus ornamentos riquísimos la plata abundaba en candiles y candelabros, en arandelas y en tabernáculos. En los corredores del claustro fuera una magnífica colección de meritisimas pinturas debidas al pincel de Juan Carnero, que representaba la vida de San Juan de Dios. Todas las abnegaciones, todos los ímpetus de los preclaros juaninos, se mustian y se marchitan, con el correr de los años. Hombres llenos de prejuicios y de ambiciones, de egoísmos y de "civilización", matan esta obra pía: el Convento y Hospital se con-

vierte en cárcel; la Iglesia, ruborosamente, abre sus nogaleñas puertas para que contados creyentes verifiquen la pobreza en que vive: sólo en el Altar Mayor, arde una lamparita que es el símbolo del amor al prójimo, la idea primordial que generó la institución misericordiosa, de San Juan de Dios.



Hospital de San Pedro

(Puebla)

El Obispo de Puebla, don Gutierre Bernardo de Quiroz, en 1632, solicitó licencias del Rey para fundar un Hospital donde pudiera medicinarse toda la gente que moría por falta de atenciones y de arbitrios. No se paró mientes en esta iniciativa hasta que, a mediados del mismo siglo, el Ilustrísimo don Juan de Palafox y Mendoza consiguió la Real Cédula para fundar el Hospital y la orden para que de los fondos del Real Patronato, fuese construído el edificio y dotado de ropa, medicinas y muebles para la asistencia de ochenta enfermos.

El edificio quedó terminado el año de 1640, debido al empeño y actividades del Prebendado de la Catedral D. Juan Nieto Dávalos. Como la cantidad de enfermos fué mayor que la calculada al principio, el General don Eustaquio Coronel de Benavides, compró, de su peculio, unas casas y un mesón para ampliar el edificio, ya construído junto a la Iglesia de San Pedro, de donde tomó su nombre el Hospital.

Dolorosamente impresionado este magnánimo General con la cantidad de pacientes atacados del "mal francés", sostuvo luegos años un departamento para enfermos venéreos; pero como a su muerte, llorada por muchos, no dejó bienes, la Real Audiencia ordenó que el Tesoro Real sostuviera este departamento. La pobreza se enseñoreó en la casa de misericordia, hasta que el Obispo Santa Cruz cedió cuantioso donativo para que el

Hospital de San Pedro cumpliera con la misión de curar a los enfermos y de consolar a los doloridos.

Desde el principio quedó bajo la administración eclesiástica y la tutela y vigilancia del Gobierno Civil. El edificio es notable por la solidez de su construcción, la distribución excelente de sus departamentos y por la amplitud de sus enfermerías; ocupa casi una manzana y en la severidad de su arquitectura resalta el jardín central nimiamente atendido. El Prebendado Mariano González Cabofranco, estableció una lotería para auxilio del Hospital, así como una imprenta y una librería. El cristiano y caritativo Juan Luis Palacios, comerciante en mantas y en tejidos de seda y algodón, en 1804, cedió veinte mil pesos para el Hospital de San Pedro: esta cantidad, con rapacidad vergonzosa, fué robada por el nefasto Godoy, Ministro de Carlos IV.

Muchas mejoras hizo en el Hospital de San Pedro el Obispo Palafox y Mendoza: fundó dentro del propio edificio, un departamento para la educación de niñas huérfanas, que en 1646, ascendían a treinta. El Obispo Santa Cruz, posteriormente, dedicó sus afanes a mejorar el Hospital: construyó tres salas muy capaces para españoles, indios y mujeres, respectivamente; en un lugar apartado, hizo una salita para los enfermos gálicos, donde las miradas de los demás enfermos, no hicieron brotar el rubor en los sífilíticos; levantó amplísimo Departamento para el Rector, para el Capellán y para la servidumbre del Hospital, sin olvidar las cocinas y la botica que fué famosa, por lo bien administrada y por las numerosas medicinas que tenía; se dedicó también a transformar la Iglesia de San Pedro: combió los techos de madera por hermosas cúpulas, levantó el piso apolillado de las naves y puso brillantes y abigarrados azulejos; ornó los altares con meritisimas pinturas y con imágenes de talla, ricamente vestidas; en los ornamentos de la Iglesia había derroche de hilos de oro y de plata, de sedas de la China y de lentejuelas que cabrilleaban bajo la luz de los cirios.

Este Hospital llegó a ser el principal de la Puebla de los Angeles; tenía capacidad para más de mil enfermos y cuando al correr de los años llegó a ser Hospital de Sangre, fué testigo del talento quirúrgico de infinidad de cirujanos que impusieron ahí su técnica operatoria. Prestó relevantes servicios a la ciu-

dad, hasta el año de 1909, en que fueron trasladados los enfermos al Hospital Civil, llamado "Jesús Carranza".

Cuando en el albidorado amanecer, las campanas de Catedral tocan el "alba", coreadas por infinidad de esquilas, se oye el nervioso repiquetear que se escapa de la humilde Iglesia de San Pedro como si dijera que esa Casa guarda las bendiciones de infinidad de dolientes agradecidos.



Hospital de San Juan Bautista

(Zacatecas)

Como un joyelero en donde la Naturaleza hubiera volcado la cornucopia inmensa de sus tesoros, en florida hondonada de la sierra, surge ante los ojos de los conquistadores, el sitio en que hoy esplende la rica Zacatecas, la Muy Noble y Leal ciudad de Nuestra Señora de Zacatecas, custodiada por las apocalípticas moles de El Grillo y de la Bufa.

Sobre la masa formidolosa de la Conquista, pletórica de ambiciones y de crueldad, brillan y esplenden con merecimientos propios, con virtudes consoladoras y con vida honesta, Cristóbal de Oñate, Juan de Tolosa, Baltasar Temiño de Bañuelos y Diego de Ibarra, quienes ya en la Conquista de la Nueva Galicia habían derramado ternuras y amor, como integrantes de la devastadora expedición del feroz Nuño Beltrán de Guzmán.

Después de que estos cuatro paladines vieron de cerca los crueles procedimientos del martirizador de Caltzontzi, llegaron a la conclusión de que así como el río con suavidades pule y redondea la piedra mientras que el mar con sus ímpetus no logra quitar a la roca su aspereza, era más fácil la conquista por medios suavos y cariñosos, tanto más cuanto que en esta faceta de su vida militar no encontraron a su paso tribus belicosas: los zacatecas eran trabajadores y dedicaban su existencia a la agricultura, sin tener contacto con las tribus del sur; se llamaban así por la capital de su señorío que fué Zacatlán donde el Veedor Chirinos no supo mirar y admirar, en el sitio que hoy se conoce como



"Ruinas de la Quemada", el opulento y evocador Cerro de "Los Edificios"; los zacatecos, amantes de la paz y del trabajo, formaban una nación populosa y poco civilizada, miserable de riquezas y de ilusiones, entregado a las faenas de campo y de la pesca y a explotar, empíricamente, algunos minerales de la región.

Es necesario, es justo y es trascendente que la generación actual conozca, aun cuando sea en forma somera, la vida y la obra de los fundadores de Zacatecas. CRISTOBAL DE OÑATE, hijo de Juan Pérez de Oñate y de doña Osaña González, nació en Victoria, del antiguo señorío de Vizcaya, a fines de 1504; llegó a la Nueva España en 1524 y formando parte del ejército de Nuño Beltrán de Guzmán, entró en el territorio chimalhuacano, en marzo de 1530; fué personaje principal en múltiples expediciones y conquistas, así como en la pacificación de la Nueva Galicia, cuando se levantaron las tribus chimalhuacanas mandadas y animadas por Tenamaxtli, el admirable y heróico cacique cacxcano; fundó varias poblaciones como Compostela, Tepic, Guadalajara y Zacatecas y tres veces fué Gobernador y Capitán General del llamado Reino de la Nueva Galicia. Era valiente y estricto en el cumplimiento del deber y fiel observador de la disciplina militar; las faltas ajenas las cubría con el manto de la indulgencia y antes de castigar procuraba convencer; su caridad era proverbial: múltiples ocasiones, después de haber agotado en limosnas las monedas de su bolsillo, llegó a desprenderse de su ropa, antes de negar algún socorro; en su casa de Zacatecas, situada en donde hoy está el Palacio de Gobierno del Estado, había una campana con la que llamaba a comer, diariamente y durante varios años, a todos los vecinos que querían aprovechar tan singular beneficio.

EL CAPITAN DON BALTASAR TEMIÑO DE BAÑUELOS, nació en la Villa de Bañuelos de Bureba, del partido judicial de Bri-biesca, de la Provincia de Burgos; la fecha de su nacimiento, por deducciones e inducciones, puede afirmarse que fué en 1511; no se conoce hasta ahora, el nombre de sus padres, ni hay detalles acerca de su niñez; las primeras noticias que de él se tienen, son que estuvo aposentado en Guadalajara y que en 1546 llegó a Zacatecas, junto con Juan de Tolosa y con Cristóbal de Oñate. De los cuatro fundadores de Zacatecas, él fué quien más sobrevivió y el que más intervino en la organización social del antiguo

reino de los indios zacatecas; sus dotes de caballero cristiano y generoso, su amplia cultura, su conducta intachable, sus sentimientos filantrópicos y su laboriosidad rara en un anciano, lo hicieron volcar muchos bienes en el terreno conquistado; a él se debió la construcción de la primera iglesia, así como también de la primitiva Capilla de la Virgen del Patrocinio, en el cerro de La Bufa; mucho ayudó con donativos a la Cofradía de la Inmaculada Concepción de Zacatecas, erigida a instancias de Juan de Tolosa y fundada el 10. de enero de 1551; siendo Alcalde Mayor don Gaspar de Tapia, en 1557, don Baltasar fué diputado de Minas; su trabajo en los minerales era constante y efectivo, pero no se preocupaba tan sólo de amontonar riquezas, sino que también derramaba bondades sobre sus trabajadores con quienes, aun en las horas de intensa labor, departía fraternalmente para conocer y remediar sus problemas, tanto económicos como morales. El 26 de julio de 1588, el Cabildo compró a los padres agustinos una finca en la plaza llamada de San Agustín, y él fué el encargado de hacer la traza. Por nombramiento que le dió el Virrey don Martín de Enríquez de Almanza, con carácter de Capitán General, ayudó a la pacificación de los chichimecas y guachichiles, empleando en esta empresa procedimientos llenos de amor. Después de una vida consagrada al bien, murió en Zacatecas en 1600 y su cadáver fué sepultado en la Capilla de los Reyes, la cual debe haber estado en lo que ahora es en la Catedral, el Altar de San José.

El Padre Arlegui, en su Crónica de la Provincia Franciscana de Zacatecas, asienta que las minas descubiertas por Oñate, Ibarra, Tolosa y Bañuelos, dieron plata en tal abundancia que pronto fueron los cuatro descubridores los hombres más opulentos de América y que, como eran nobles y generosos, conquistaron luego a su costa, muchas provincias para Dios y para el Rey; mas la iniciativa, la realización y el florecimiento de esta conquista, se debe en gran parte a JUAN DE TOLOSA cuyo alias era BARBALONGA; se ignoran la fecha y el lugar de su nacimiento, así como también el nombre de sus padres; se sabe con certeza que tomó parte en la conquista de la Nueva Galicia, bajo las órdenes del sanguinario Nuño de Guzmán y que, en 1540 atacó a los indios chimalhuacanos, en el cerro del Miztón; a su paso por Nichixtlán y

Juchipila, tuvo noticias que hacia el norte había unos fabulosos minerales de oro y de plata y desde entonces tuvo la idea de explorar esas regiones. De pronto no consiguió que sus superiores lo pusieron al frente de una expedición y él, calladamente, con la ayuda de sus criados y con la alianza valiosísima de los indios de Quintimaqui, descubrió algunas minas.

Con el apoyo moral de Cristóbal de Oñate y de Miguel de Ibarra, organizó, sobre firmes bases, la expedición; guido por varios indios cocas, escogidos entre las tribus tlaxomotecas, salió de Guadalajara a fines de agosto de 1546, para internarse en el valle de Juchipila, bordeado por las sierras de Morones y Nochistlán de las que sobresalen, desafiando rayos y estrujando nubes, los picachos de La Tapona Mixtongo, Santa Cruz y Piñones. Los zacatecas, al ver a los conquistadores, huyeron a los montes y muchos se parapetaron, más con curiosidad que con fines bélicos, en el cerro de La Buía, en cuyas laderas acampó el ejército de Tolosa, el 8 de septiembre de 1546, día de la Natividad de Nuestra Señora; por medio de la persuasión, de halagadoras promesas y de buen trato, logró despertar simpatías entre los zacatecas, que jubilosos le mostraron piedras en las cuales fulgían, como hebras de sol y rayos de luna, las hinchidas vetas de oro y plata; en donde hoy está la capilla de Bracho, armó su tienda que muy presto quedó rodeada de viviendas provisionales para su ejército.

Inmediatamente envió a un propio a Guadalajara para informar acerca de sus descubrimientos a sus amigos y compañeros Oñate, Bañuelos e Ibarra, quienes incrédulos no se apresuraron a emprender el viaje a Zacatecas, hasta pasado un año y cuatro meses; durante ese lapso, Juan de Tolosa se dedicó a visitar poblados y rancherías a fin de demostrar a los nativos que la conquista era más fácil hacerla con ternuras y con cariño, que con crueldades e incendios; descubrió las vetas de San Bernardo, de la Albarrada y de Pánuco; posteriormente tomó posesión de los minerales de San Martín, San Juan del Valle, San Andrés, Indé, Parral y Santa Bárbara. No obstante que algunos historiadores le atribuyen a Tolosa el descubrimiento de Sombrerete y Chalchihuites, hay documentos que dicen que las vetas de la Cañada en el primer lugar enunciado, fueron descubiertas antes de 1567 por Juan B. de Ierena y la segunda hacia el año 1531, por Martín Pé-

rez; de cualquier modo se debe a Juan de Tolosa el auge de estos minerales. Mucho dinero gastó en la explotación de las minas, pero también parte de su riqueza la dedicó en obras pias; construyó varios templos y dió copiosos donativos al Hospital de la Santa Vera-Cruz, fundado en 1549 y en cuya capilla de la Concepción estableció el 1.º de enero de 1551, la Cofradía de la Purísima Concepción. Después de haber sido durante cincuenta años un padre para sus trabajadores, un benefactor para sus semejantes y un hermano para sus amigos, murió probablemente, en el Convento de los Padres Agustinos, hacia 1596.

DON DIEGO DE IBARRA nació en Eibar, en 1502, habiendo sido sus padres el Lic. Ibarra y Doña María Marquiliqui; era hidalgo de la casa de Ibarra y muy joven perteneció a la Orden Militar de Santiago; llegó a la Nueva España en tiempos del primer Virrey don Antonio de Mendoza; hizo la campaña contra los chichimecas que dominaban la parte norte del país; junto con Oñate, Bañuelos y Tolosa, fundó la ciudad de Zacatecas y después expedicionó por la Nueva Galicia y por las costas del Pacífico; junto con sus tres compañeros, explotó numerosos minerales y además, por su cuenta, dió gran impulso a las estancias de ganado mayor llamadas Santa Ana, Estancia Vieja, Santigo, Chichimecas, Ciénega Salada, Buena Vista y Guadiana, en la jurisdicción de la Nueva Vizcaya. Era un caballero a carta cabal, piadosísimo y muy respetuoso de la vida humana; fué el promotor del culto mariano en Zacatecas y una de las principales columnas de las Cofradías de la Purísima Concepción y del Santísimo Sacramento; de su peculio construyó la Iglesia Parroquial de Pánuco y como recompensa a sus méritos y a sus servicios relevantes, fué Gobernador y Capitán General de Copala, Chiametla y Nueva Vizcaya y Alcalde Mayor de Zacatecas. No obstante las riquezas que llegó a poseer, al término de su fructuosa y ejemplar vida, estaba pobre. Después de compartir las bendiciones con que lo unguían aquellos a quienes trataba, consolado por su esposa, la hija del Virrey don Luis de Velasco, murió en los primeros meses de 1600.

Estos paladines de la conquista y del trabajo, estos cuatro paradigmas de la piedad y de la ternura, fundaron Zacatecas el 20 de enero de 1548 y debido a las gestiones de Baltasar Temiño de

Bañuelos, fué erigida en ciudad, por Real Cédula, fechada en Monzón el 18 de octubre de 1585. Aparte de la riqueza de sus minas, la región se presentó a los ojos de los conquistadores con vastos campos llenos de encinas, manzanos, robles, fresnos, álamos, mezquites y madroños; ofrendó al paladar de los hispanos, peras, duraznos, manzanas, chavacanos, membrillos, capulines, moras, nueces y uvas. A este vergel custodiado de vestiscas heladas por la Sierra de Valdecañas y por los cerros de Plateros y de Proañó, llegaron familias honorables, a vivir en el caserío agrupado y escalonado en las faldas de La Bufa y de El Grillo, y formar una sociedad de personas austeras y trabajadoras, cristianas y caritativas.

En un populoso barrio de Zacatecas, entregada a sus oraciones y a prodigar el bien, vivía la virtuosa y abnegada señora doña Luisa Ruano Ortiz; poco antes de que la muerte mitigara los dolores de su enfermizo cuerpo, cedió una casa para que en ella se fundara un Hospital; pero como no había dinero para tan magna empresa, dos vecinos de ese mineral, Mateo de Jesús y Alonso de Otero, al tomar el hábito de los juaninos, dieron toda su hacienda para la realización de la obra que germinó en la mente de la altruista matrona.

Al pensar en la trascendencia de este Hospital todos los habitantes de Zacatecas acudieron a depositar su limosna y en medio de justísimo entusiasmo, vieron cómo poco a poco levantaba sus roqueños muros la pia obra que entre vítores y alabanzas fué inaugurada el 23 de mayo de 1608, bajo la advocación de San Juan Bautista.

El Hospital lucía amplios salones para enfermos, oficinas y viviendas para los religiosos, que no se contentaban solamente con su vida de retraimiento, sino que en su dinamismo misericordioso prodigaban consuelo y atenciones a los enfermos. Las enfermerías tenían capacidad para cincuenta camas; poseía abundante ropa y abastecida botica, no únicamente para las necesidades de los enfermos hospitalizados, sino para todos los que a ella recurrían en busca de medicamentos; se curaba en él toda clase de enfermedades y con la misma ternura se atendía a los españoles que a los indios, sobre todo a los que venían de las minas, ya que en esos lugares todos son ricos, menos los que arran-

can de las entrañas de la tierra, el precioso metal.

El Hospital estaba atendido por ocho religiosos, un boticario, un sacerdote y un cirujano, que lo mismo utilizaba sus conocimientos para volver la salud a los enfermos encamados, que a los que por su pie llegaban a la portería en busca de alivio. La Iglesia anexa al Hospital, fué opulenta, llena de amplitud y de severidad; su Altar Mayor, de hermosa fábrica, era ascua cuando el sol jugueteaba entre sus artonados; lateralmente cuatro altares ostentaban imágenes milagrosas y cuadros meritísimos por su antigüedad y por su técnica. Tanto al Hospital como a la Iglesia se les llamó de San Juan Bautista porque en el día de este glorioso Santo, se dijo la primera Misa y también porque así lo pidió, con todo comedimiento, el Corregidor don Juan de Guzmán.

Cuando los fastuosos crepúsculos deshilachan la seda ensangrentada de sus matices en los picachos de la serranía; cuando el toque de ANGELUS se escapa de la Iglesia Parroquial trazada en 1567 y dedicada en 1725, para inundar el agro con sus evocadoras notas; cuando con la mirada del recuerdo vemos en la cima de La Bufa la Capillita de la Virgen del Patrocinio, debemos recordar, con unción, a Cristóbal de Oñate, a Juan de Tolosa, a Diego de Ibarra y a Baltasar Temiño de Bañuelos, fundadores de la ciudad y a doña Luisa Ruano Ortiz que, despreciando sus dolores, pensó en los de sus semejantes y tuvo la idea de fundar el Hospital de San Juan Bautista.



Hospital de San Cosme y San Damian

(Durango)

Por muchísimos años esta riquísima región se llamó Guadiana hasta que, convertida en Cabecera de la Provincia de Vizcaya, los conquistadores pusieronle por nombre Durango, dependiendo en ese entonces del Obispado de Guadalajara. El año de 1621, por Breve Especial de Paulo V, se constituyó en obispado, debido al crecimiento de la población y al auge de los negocios. Su catedral, que está bajo la advocación de San Mateo, es famosa por lo sólido de su construcción, lo bien distribuido de sus naves, la elegancia de sus cúpulas y las riquezas pictóricas que encierra. De dicha catedral dependían, cuatro conventos de religiosos y un Hospital, fundado por la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

Desde los remotos tiempos en que esta ciudad se llamaba Guadiana, allá por los años de 1595, se fundó un rudimentario Hospital, con la ayuda personalísima del Obispo Francisco Santos García, que lo fundó con la idea de que en él, fuesen curados los soldados enfermos que cuidaban el presidio, algo parecido a una fortaleza arcaica que servía de defensa a la ciudad contra los múltiples ataques de los levantiscos chichimecas. En la casa de misericordia toda incomodidad tenía su asiento, ya que imperaban en ella, la miseria y el desaseo.

Las autoridades informaban a México, de todas y cada una de las lacras de ese misérrimo Hospital,, por lo que, la Real Audiencia, lo puso bajo la égida de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, que envió a Durango a dos de sus religiosos, Fray Francisco Ferrer y Fray Juan de Torres, a que tomaran posesión del Hospital.

Como las grandes obras sólo requieren entusiasmo trabajaron con afán hasta que el año de 1608 abrieron al público el Hospital de San Cosme y San Damián; remozaron el edificio, pusieron en él la sonrisa de un jardín, acondicionaron numerosas salas que, a falta de amplitud, eran limpias, ventiladas y llenas de sol; al principio solamente había doce camas que con el tiempo aumentaron hasta setenta; construyeron oficinas, levantaron viviendas para los ocho religiosos que cuidaban con amor y diligencia los menesteres del Hospital, bajo las órdenes de un cirujano que atendía tanto a los enfermos encamados, como a los que iban a solicitar una tregua en las dolencias de su cuerpo e instalaron abastecida botica con medicinas frescas que no sólo servían para los enfermos del Hospital, sino también para los vecinos de la ciudad. Al correr de los años, fué perdiendo su nombre primitivo para ostentar justicieramente y en recuerdo de sus fundadores, el de San Juan de Dios.



Hospital de la Vera-Cruz

(Guadalajara)

El feroz Nuño Beltrán de Guzmán, temeroso de las justas represalias de Cortés, al frente de un ejército compuesto por 3000 españoles y 5000 indios xochimilcas, huejotzincas, tlaxcaltecas y purépechas, sale de la vieja y legendaria Tenochtitlán, a principios de enero de 1530. A la margen izquierda del río Lerma, llega el 20 y en señal de posesión clava tres cruces: una frente a una casucha que improvisó de Ermita, otra en el camino y la tercera en las aguas del río al que dió el nombre de Nuestra Señora de la Purificación de María; ahí permanece quince días durante los cuales con saña y crueldad, atormenta a su prisionero el rey Caltzontzi, con la idea de arrancarle más y más riquezas y repetir el doloroso e inútil sacrificio que Cortés hizo con Cuauhtémoc.

Para ello encierra al héroe michoacano en una casucha alejada del Real o campamento; con toscos cordeles le da al principio el tormento del torniquete, en los brazos, en la cabeza y en las pantorillas y luego le quema las plantas de los pies; a los pocos días, sordo e indiferente ante las súplicas del vencido, es envuelto en un "petate" y atado a la cola de un caballo que lo arrastra por el campamento y por último, sin respetar su agonía, lo quema, vivo aún, en Congupiro, el 29 de enero de 1530, ante la indiferencia de los soldados.

Viene la marcha estéril hacia el norte, que dura más de tres semanas y que algunos historiadores aseguran que fué hasta lo que hoy es la capital de Guanajuato; hambrienta y desalentada la expedición, sigue a su feroz caudillo hacia el sur: bordea la Meseta de Los Altos, hasta Cuyna, donde el 20 de febrero del

propio año, tiene el primer contacto bélico con los chimalhuacanos que huyen ante los preparativos de combate y ven, desde los picachos, cómo el sádico Nuño Beltrán de Guzmán, quema el pueblo, en medio de denuestos, risotadas y burlas.

Después de unos días de descanso y de indecisión envía a Pedro Alméndez Chirinos a que explore el norte y a Cristóbal de Oñate a que investigue lo que hay hacia el sur. El primero no obtiene datos de valía al acercarse al murallón que sostiene la Meseta de Los Altos y el segundo, después de una escaramuza con unos flecheros indios que escoltaban a los últimos fugitivos, persigue al cacique que se interna en el pueblo de Cuynacaro, donde encuentra maíz en abundancia y apetitosas frutas. Ahí llega Nuño de Guzmán y casi sin descansar, remonta el río Zula, asciende a Los Altos y llega a Tototlan; se detiene ante la profundísima Barranca y rodeando el Cerro Pelón, regresa a Cuyna, después de haber pasado el actual Zapotlanejo.

Tesoneramente, por el valle del Zula, llega a Cuitzco, cerca del punto donde el río de Santiago desemboca en el Lago de Chapala, no sin haber encontrado tenaz resistencia, puesta por 300 indios al grueso de su ejército: Nuño de Guzmán no siente rubor, ni compasión, al teñir su espada con sangre de ancianos, de mujeres y de niños, para después darle a esta matanza el aspecto de una Cruzada en la que invoca el nombre de Dios, para justificar sus fechorías. Como corolario de esta impía etapa de la expedición encabezada por el codicioso Nuño de Guzmán, aprehende al cacique de Ocotlán; le exige tamemes, dinero y comida y al ver que nada consigue, lo encierra en un cuartucho donde a la vez mete a un perro feroz y sin esperar el resultado de este horrible tormento, prende fuego a la casucha.

Rumbo a Tonallan, las tropas mandadas por Nuño de Guzmán, abandonan Cuitzco, el 3 de marzo. Confiadísimo y enva-lentonado por sus fáciles triunfos, se dispone a dar su gran batalla contra los cocas, ayudado por Cristóbal de Oñate, por el Capitán Verdugo y por Chirinos. Como contestación a los hipócritas ofrecimientos de paz insinuados por Nuño de Guzmán, los cocas lanzan a los cuatro vientos el clásico grito de ASHCANQUE-MA TEHUAL NAHUATL, que en romance de Castilla significa HASTA TU MUERTE O LA MIA. Por su parte las huestes de Nuño

de Guzmán, acostumbradas a fáciles victorias, desorganizadas y sin jefes que las condujeran por veredas marginadas con laureles, sufren tremenda derrota, ya que Chirinos se retrasó, Nuño con su indisciplina no aprovechó su contingente humano y Verdugo quedó aislado: sólo Cristóbal de Oñate cumplió como los buenos y fué el factor definitivo para que no se consumara la derrota de los conquistadores.

Apaleado y maltrecho, regresa Nuño de Guzmán al pueblo de Tonallan, donde a impulsos del miedo, le brindan agasajos y comida. El 26 de marzo llega a Chapetala, el 27 a Shimoantla, el 28 de Ishcatlan, el 29 a Tlacotlan y el 30 a Contla; el 31, después de muchas exploraciones y múltiples titubeos, avanza sin contratiempo por la Cashcana, hasta llegar a las goteras de Nochistlán, donde mata con ferocidad patológica a los pocos indios que aún quedan en el pueblo, para después coronar su obra de destrucción con el incendio del villorrio.

El domingo 1o. de abril, Nuño de Guzmán envía a Chirinos para que explore el Teul y a los capitanes Verdugo y Barrios rumbo a Xalpa; después de cuatro días de espera, temeroso por la suerte de sus amigos, ordena a Cristóbal de Oñate, que vaya a buscarlos. El 8 regresan: Chirinos sólo encontró en el Teul a un indio viejo y hermético y Verdugo y Barrios, sólo llevaron la noticia de que había muchos pueblos por esos rumbos. El día 9 sale Nuño de Guzmán rumbo a El Teul, en medio de una soledad desesperante y gozando con las huellas de muerte y ceniza que a su paso había dejado el Veedor Chirinos. Después de dos días de estancia en este sorprendente pueblo sagrado, el 28 de abril, el inepto y codicioso Nuño de Guzmán, decide enviar, con la mitad de la gente, al Veedor Pedro Alméndez Chirinos rumbo al norte, mientras él, con lo mejor de sus tropas, emprende penosísima caminata hacia Tepic.

Chirinos hace una sorprendente expedición hasta Zacatecas, al tiempo que Nuño de Guzmán sufre lo indecible al atravesar la Barranca, antes de internarse en los fértiles campos de tierra caliente. El 6 de mayo llegan a la bellísima meseta donde el Ceboruco se yergue en la confluencia de las cordilleras. A los dos días, el 8, bajan al valle rumbo al pueblo de Aguacatlan, donde el cruel conquistador, ante la negativa de unos indios, les echa

a su feroz perro llamado EL AMIGO, a fin de que los despedace; el 13 llega a Tetitlan y el 17 a la provincia de Xalisco, donde recibe la buena nueva de que el Veedor Chirinos, extenuado por agobiadoras caminatas, ya había llegado.

Juntos prosiguen la expedición incendiando pueblos, matando mujeres, niños y ancianos y extorsionando a todos los que a su paso encuentran. Llegan al belicoso y rico señorío de Teimoac o Centicpan, después de un gran descalabro en la batalla de Atecomatlan en la que salvó su vida el feroz Nuño, merced a la ayuda que le brindaron Oñate y Chirinos.

Varios días y en espera de que amainaran las lluvias, permanecen en ese lugar hasta que, a fines de agosto, reanudan la expedición rumbo a Aztatlan, en medio de cienagas, tremedales, ríos impetuosos y bituminosas lagunas, guiados por el Maestro de Campo, Gonzalo López. Al estar ahí, Nuño recibe noticias, por medio del montañés Juan del Camino, de que Cortés había desembarcado en Veracruz el 15 de julio; con el alma llena de temores el 20 de septiembre, en medio del fragor de los vendavales, del ulular del viento y de la tempstad apocalíptica, ve horrorizado cómo el pueblo de Aztatlan es aniquilado, sus chozas arrasadas, las sementeras deshechas y sobre todo este cuadro dantesco, la peste que mata por igual a conquistadores y a vencidos.

Profundamente abatido por las diarias deserciones, perseguido por el odio de sus tropas y por la sed de venganza de los tecas de Xalisco y de Tepic, sigue hacia el norte, hasta Chiametla, adonde llega a fines de noviembre, con su gente muy diezmada por la disentería, por la viruela, por las fugas y por la muerte. Sin plan determinado, siguiendo las opiniones y suposiciones de todos, sale de Chiametla, más en plan de explorador que de conquistador; pasa por Quila, Las Flechas, Cuatro Barrios, llega a las márgenes del Tamazula duerme en León, vadea el Humaya y por fin avista el pueblo de Culucacán donde libra encarnizada batalla que le da el triunfo y le abre el fastuoso panorama de la "inmensa pradera que llega hasta el mar".

Cerca de un año duran aún sus exploraciones y conquistas: desciende a las barrancas, salva enhiestas serranías, cruza ríos, resiste inundaciones, triunfa en combates, resiste epidemias, soporta cansancios, arranca vidas, asuela poblados y siembra la

desolación y la muerte por donde quiera que pasa. Personalmente o por medio de sus feroces capitanes, sin plan fijo y sin finalidad definida, camina al azar: teme al norte y se interna en Durango y después de que el hambre, las enfermedades y las deserciones diezman a su ejército, vuelve tristón y con su orgullo máltrecho a su punto de partida, a Culiacán, que está en ruinas, por las crueldades y a las ambiciones de su primer Alcalde Diego de Proaño. No obstante, rodeado de los suyos, se vuelve a sentir Presidente de la Audiencia, temido y respetado de los que lo tratan, recibiendo homenaje de reyezuelos hambrientos y desnudos que le juran sumisión y le ofrendan humildes tributos.

El 15 de octubre de 1531, se aleja Nuño de Guzmán de la recién fundada ciudad de San Miguel de Culiacán y va rumbo al sur, por caminos ya conocidos y vuelve a pasar por Chiametla, assolada por el incendio y por la muerte. Envía como avanzada rumbo a Xalisco, a Cristóbal de Oñate, quien al poco tiempo regresa con noticias desconsoladoras que le fueron transmitidas por un Corregidor llamado Cifontes: para despojar a Nuño de todas sus conquistas, Hernán Cortés y la Real Audiencia, habían ya enviado a cuatro Oidores y además a don Luis de Castilla, para que dominara desde Tonallan, las tierras tecas y cocas, desde la Provincia de Avalos hasta Teimoac.

Valiéndose de múltiples ardides y zalemas, comisiona a Juan de Oñate para que aprehenda a don Luis de Castilla, acción que acaba por desencadenarle el odio de Cortés y el rencor de la Real Audiencia. Luego, con actividad, decide fundar una población en un sitio estratégico, para poder dominar la inhóspita Cashcana: para ello escoge la masa plutónica de Nochistlán, bautizada por Nuño de Guzmán con el nombre de Villa del Espíritu Santo de la Mayor España y es el encargado de esta comisión el valeroso y dinámico Juan de Oñate que lleva como Maese de Campo a Francisco de Arce. Con gran contingente de hombres y con amplios poderes de Nuño de Guzmán que los da en nombre de Su Majestad, emprende la caminata el 3 de diciembre de 1531 para fundar la primordial Guadalajara, en las cercanías de Nochistlán el viernes 5 de enero de 1532: esta es la primera población española establecida en territorio chimalhuacano.

Nuño Beltrán de Guzmán, envanecido por los triunfos que pro-

clamaban más que su bazaría, la debilidad de los vencidos, pide mercedes y granjerías al Rey, ya que, según sus informaciones, el territorio conquistado abarcaba una vasta extensión que comprendía los actuales Estados de Xalisco, Colima, Nayarit, Zacatecas, Sinaloa y parte de Durango y de Sonora; la Corte se niega rotundamente a las pretensiones de Nuño de Guzmán; al terreno conquistado se le da el nombre de Reino de Nueva Galicia y tan sólo consigue el ambicioso Nuño, ser nombrado simple Gobernador.

Pasan los años en los que Nuño cosecha el fruto de sus perwersidades: cae en desgracia de la Corte que lo amenaza con un juicio de residencia, lo abandonan sus cómplices y casi ya sin recursos, intenta nuevas campañas para las cuales y con el fin de conseguir elementos, llega al Pánuco y se embarca rumbo a Veracruz, donde es aprehendido por su Juez el Gobernador del Reino de la Nueva Galicia, don Diego de Pérez de la Torre, que lo envía preso a las Atarazanas y luego a la Cárcel Pública, de donde sale, previa fianza, rumbo a España. En la mayor miseria y repudiado por todos muere en la ciudad de Valladolid, a mediados de 1550.

Como hemos visto antes, Juan de Oñate fundó la Villa de Guadalajara en las cercanías de Nochistlán, el viernes 5 de enero de 1532. En agosto de 1533 se traslada la villa de Guadalajara a Tonalá. En marzo de 1535 se cambia nuevamente de Tonalá a Tacotlán. En noviembre de 1539, su Majestad Carlos I eleva la Villa a la categoría de Ciudad. En 1541 sus pobladores resuelven abandonarla y por fin, el martes 14 de febrero de 1542, Cristóbal de Oñate funda definitivamente la ciudad de Guadalajara, en el vergel del valle de Atemajac.

Como una ola de amor sobre tantos yerros y crueldades, los Reyes españoles hicieron brillar la faceta misericordiosa de su espíritu sobre las tierras de la Nueva España, el ordenar que en todos los pueblos conquistados se fundara un Hospital, cerca de las Iglesias y Monasterios: Carlos V en su Ordenanza, dada en Fuen-salida el 7 de octubre de 1541 y Felipe II en su Ordenanza dada en el Bosque de Segovia el 23 de julio de 1573, se preocupan por la fundación de Hospitales, tanto para los indios menesterosos como para los españoles que lo hayan mentester.

Ya hemos indicado cómo, desde el 5 de enero de 1532 hasta

el 14 de febrero de 1542, la Villa de Guadalupe fundada por orden del nefasto Nuño de Guzmán para dar solidez y prestancia a sus conquistas de la Nueva Galicia, cambia de sede muy a menudo por los constantes ataques de los indios; mas a partir de ese año en que el vergel tapatío se asienta definitivamente en el Valle de Atemajac, los vecinos olvidan sus actividades bélicas y piensan en la vida económica de su pueblo.

Como consecuencia de la obra devastadora de Nuño Beltrán de Guzmán, la población española era muy escasa en Guadalupe, pero los pocos hispanos que ahí moraban, se dedicaron de continuo al ejercicio misericordioso de la hospitalidad; los enfermos hallaron ternuras y socorros en la casa de Miguel de Ibarra, de Juan del Camino, de Juan de Zaldívar, de Juan Gutiérrez Proaño, de Toribio de Bolaños, de Hernán Flores, de Cristóbal Romero y de otros muchos, según el cronista Tello.

Pedro de Céspedes, Rodrigo Gutiérrez Baeza, Pedro de Lázaro y Alonso de Aguilar, desde el año de 1551, erigieron una Cofradía con el título de la Santa Vera-Cruz, en una paupérrima Capilla, situada allende el río de San Juan de Dios. El 29 de mayo de 1557, pidieron licencia para fundar ahí mismo un Hospital, en el que se atendiera, de preferencia, la curación de enfermos gállicos; el Cabildo acordó de conformidad y durante siete años con penurias pero con entusiasmos, con pobreza y amor, con poca ciencia y con mucha paciencia, derramaron consuelos sobre muchos enfermos; pero como supieran los cofrades que por Real Orden se trataba de fundar un Hospital en Compostela, quisieron, en noble emulación, ser los primeros en dar a Guadalupe un Hospital más amplio y capaz.

Llegó a ellos la noticia de que la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios había fundado ya unos Hospitales en México y determinaron entregarles, en 1604, tanto la Ermita como el humildísimo Hospital de la Santa Vera-Cruz. Los juaninos enviaron a Fray Andrés Alvarez, quien tomó posesión de lo cedido e hizo inmediatamente algunas mejoras aumentó a 24 el número de camas que antes sólo era de seis, y las puso bajo el cuidado de ocho religiosos y de un Sacerdote, para que administrara los Santos Sacramentos; se preocupó mucho por abastecer la botica y por arreglar tanto el jardín como la huerta; nombró como Jefe a un Ciru-

jano de la Orden; amplió las enfermerías y construyó habitaciones adecuadas por los religiosos.

Al poco tiempo, los juaninos levantaron la Iglesia con su relicente Altar Mayor y sus cuatro capillas laterales: ahí quedó, amorosamente arropada, la Cofradía de la Santa Vera-Cruz que siempre fué singular bienhechora del Hospital. Esta Iglesia grandiosa en su humildad, esplende y se magnifica, al conjuro del espíritu de Fray Cebrián de la Nada que yace, como preciada reliquia, bajo las baldosas del Altar Mayor.

Cuando las cráteras de sus azahares se abren para embalsamar el campo con aromas deleitosos; cuando la Campanita del Correo anuncia con sus risas argentinas una buena nueva; cuando el cielo rabiosamente azul se comba en carica sobre la ciudad; cuando el sol hecho polvo de ámbar lustra, pule y enjoya los patios tapatíos, justo es que lancemos anatemas contra Nuño de Guzmán y contra sus mesnadas, pero también que el agradecimiento unja el recuerdo del probo Cristóbal de Oñate, de los caritativos hispanos que mitigaron las dolencias del indio, de los juaninos que abrieron un oasis de paz y de amor y del sorprendente Fray Cebrián de la Nada, cuya vida debe ser guía, faro y arquetipo de las generaciones actuales.



Hospital Real de San Miguel de Belem

(Guadalajara, Jal.)

Corrían los años de 1575 y 1576, cuando el Cabildo de Guadalajara, angustiado por la penuria que imperaba en el Hospital de la Santa Vera-Cruz, se dirigió al Rey para sugerirle la conveniencia de ampliar y mejorar dicha casa de misericordia. Pasan los años con lentitud desesperante sin que el Rey se digné contestar la piadosa solicitud, hasta que el 28 de septiembre de 1581, víspera del día de San Miguel, se reunió nuevamente el Cabildo Secular y acordó, conforme al Capítulo 27 de la erección de esta Santa Iglesia que dice "de las dieciocho partes la una y media se aplicará al Hospital de la ciudad donde reside la Iglesia Catedral", que se erigiera el dicho Hospital en dos de los cuatro solares que tenía el Seminario Tridentino de San Pedro, fundado desde el 24 de octubre de 1570; además se acordó para el mejor éxito, que se aplicara la porción de los diezmos, así como también la construcción de una capilla anexa al Hospital para que en ella se dijera misa.

Llenos de entusiasmo y teniendo fe en el triunfo, encargan la obra al Padre Cristóbal García y comisionan para que dieran aviso de la determinación al Presidente de la Audiencia, a los Canónigos José Ramírez y Lorenzo López de Vergara; a partir de esa fecha todos los religiosos y todos los vecinos, ayudaron de buen grado a la realización de tan magna obra, sin fijarse en las pobreza y gozando al derribar los obstáculos que se presentaban.

Los dirigentes del nuevo Hospital de San Miguel de Belem, se preocuparon porque un médico talentoso y abnegado se hiciera cargo de los enfermos y tan es así, que en el Libro II de Actas de

Cabildo, en la correspondiente al 7 de noviembre de 1588, se ordena que en lugar del médico Cárdenas que va a México, se nombre al Cirujano y Boticario Francisco de Espinosa quien, para desgracia de los enfermos, estuvo al frente del Hospital sólo dos años, siendo substituído el 3 de abril de 1590, por el Licenciado Enrique de Tabares de quien el Padre Tello dice que era el mejor médico cirujano que había; era portugués y antes de llegar a Guadaluajara, residía en Zacatecas donde todos lo veneraban por el amor que ponía al ejercer su profesión y por su desprendimiento en las caridades.

Primitivamente estuvo el Hospital Real de San Miguel en las casas que en nuestros días ocupó la Escuela de Artes y Oficios, en la Plaza donde se levantó el Mercado Corona; pero el 18 de noviembre de 1590, las monjas de Nuestra Señora de Gracia solicitaron ese local, ya que el que ellas ocupaban estaba junto a la Cárcel de Corte y muy retirado de la población; se acordó de conformidad la solicitud y el Hospital fué trasladado al Seminario de San Pedro, en el sitio donde posteriormente estuvo el Real Estanco de Tabaco, con la entrada por la casa que hoy habita el Licenciado Trinidad Vereá.

El Hospital Real de San Miguel, desde su aparecimiento, tuvo gran auge por el aumento de los diezmos, a tal grado que el 16 de abril de 1586 de él salieron diez mil pesos para que pudieran venir los jesuitas, hecho que sucedió cuatro años después; en 1604 dió otros diez mil pesos para el Convento de Monjas. Mas por desgracia este auge pronto se trocó en penuria, puesto que al erigirse el Obispado de la Nueva Vizcaya (Durango), disminuyeron muchísimo los diezmos, hasta que en 1620, el fondo del Hospital quedó reducido a veintisiete mil pesos que eran insuficientes para sustentar los catorce prevendados, más los gastos inherentes al Hospital.

Como las limosnas y donativos disminuían cada año, el señor Obispo Colmenero, en 1647, propuso a Felipe IV que se unieran el Hospital Real de San Miguel y el de la Santa Vera-Cruz que tenían a su cargo los juaninos, sin que esto se llegara a realizar, no obstante las buenas razones expuestas por el prelado.

Con el transcurso de los años el Hospital Real de San Miguel carece de medios de subsistencia, no obstante que la pie-

dad trata de subsanar la falta de medicinas y aumenta el amor para ahuyentar a la miseria. El 10. de julio de 1704, al ver la Audiencia que el Hospital empeoraba más y más, se dirigió al Viceprefecto General de la Orden Betlemítica, Fray Miguel de Jesús María que residía en México, solicitando tres o cuatro religiosos para que se hiciesen cargo del Hospital; el 4 de noviembre del propio año, llegaron a Guadalajara Fray José de San Angel, Fray Miguel de San Juan, Fray Nicolás de la Presentación y Fray Miguel de San Simón; el 11, recibieron por inventario el Hospital que tan sólo tenía: 6 esclavos y 4 esclavas de más de 60 años de edad, 3 jeringas para enemas, 6 copas de vidrio para ventosas, 8 colchones, 6 sábanas de bramante, 16 frazadas, 20 camastros de tablas a una silla de mano; en la despensa encontraron 200 cajetas de dulce, 18 cargas de harina, 4 cuartillos de aceite, una arroba de chocolate, 15 libras de azúcar, 3 cuartillos de vino, algo de maíz, poca sal y libra y media de unto.

El 19 de septiembre de 1706, después de recibido el amplio informe, el Virrey decidió que se diera a los betlemitas formal posesión del Hospital, en el que tanto entusiasmo habían puesto, ya que para esa fecha contaba con 45 camas y habían ampliado y reconstruido las enfermerías. Fué tanto el amor que lograron despertar los betlemitas en su obra piadosa, que el licenciado Don José Feijoó Centellas, Oidor comisionado por la Audiencia, les entregó para que construyeran una sala de convalecientes, un terreno alejado del Hospital, cercano al río y en el sitio donde estuvieron los Padres Carmelitas Descalzos, en el barrio de San Sebastián. Además recibieron la ayuda pecuniaria del mercader Bartolomé Santibáñez, quien dejó ocho mil pesos para el Hospital y para comprar la hacienda de la Calerilla, cuyos productos íntegros se dedicaron al sostenimiento del Hospital.

Luchas tremendas tienen los betlemitas para defender el Hospital Real de San Miguel de Belem, ya que la Audiencia quiere arrebatárselos, hasta que el Rey puso fin a esta enconada disputa, el 11 de diciembre de 1718. Los religiosos continuaron su labor misericordiosa y ascendente: en 1747 se desencadena sobre la sufrida Guadalajara una epidemia de sarampión y en las cinco enfermerías con capacidad para 52 camas, tienen que albergarse más de 150 enfermos. Como saldo trágico de este azote,

quedaron muchas orfandades, múltiples miserias y una caravana de dolientes; todo lo atendían, todo lo cuidaban, sin darse reposo y aun robando horas al sueño prodigaban consuelos y daban medicinas, no sólo a los enfermos encamados, sino a todos aquellos que por su pie llegaban en busca de alivio para sus males, sin conformarse con atender a los tapatíos sino a todos los que de pueblos comarcanos llegaban al Hospital.

La botica bien dotada llegó a tener más de ocho mil pesos en medicinas; anexa al Hospital fundaron una Escuela para Niños donde gratuitamente se enseñaba a los chiquitos a leer y a escribir. No es fuera de sitio el recordar al Capellán Fray Juan Palacios de la Campa que, angustiado al ver la dramática forma en que morían los enfermos de hidrofobia, llegó a preparar una maceración con las hojas del arbusto llamado "de la margarita" y que, según él, era un maravilloso específico contra este mal.

Llegan los años de 1785 y 1786, durante los cuales, como maldición bíblica, la florida y luminosa Guadalajara es cruelmente azotada por la sequía y por la peste, por el hambre y por la muerte; pero del mismo modo que en las horas negras del infortunio brota y esplende la flor de la resignación y en los instantes de intenso sufrir zurca la consoladora plegaria, así en medio de la desolación y del dolor, surgió la evangélica figura del santo varón FRAY ANTONIO ALCALDE, generador de amores, dispensador de bondades, emporio de humildad y símbolo de misericordias.

Nació este paradigma de la caridad el 15 de marzo de 1701 en Cigales, villorrio cercano a Valladolid; a los 17 años tomó el hábito de la Orden de Santo Domingo en el Convento de San Pablo de Valladolid; enseñó brillantemente la Teología y la Escolástica desde 1727 hasta 1753, fecha en que fue nombrado Superior del Convento de Valverde, cercano a Madrid. Un domingo del mes de julio de 1760, el Rey don Carlos III, rendido de cansancio por muchas horas de cacería, llegó al pueblo de Valverde y se detuvo en el Monasterio de Jesús María; humildísimo lego abre la puerta para que entre la real comitiva y sin averiguar de quién se trataba, conduce a los visitantes a la celda del Padre Prior, a quien encontraron arrobado en el éxtasis dulcísimo de la oración, junto a una mesita en la que abría sus mise-



ricordiosos brazos un Crucifijo y, una calavera ponía su blanca marfileña sobre unos incunables; un cilicio colgado de la enjalbegada pared, unas tablas para el descanso y una silla pechera, hablaron al Rey de la austeridad, de la pobreza y de la humildad del sexagenario Prior Fray Antonio Alcalde, a quien no arrancó de sus meditaciones el boato del real visitante.

El rey, profundamente impresionado por ese ambiente de renunciaciones, al gestionarse en la Corte la provisión Episcopal para la diócesis de Yucatán, por fallecimiento del Ilustrísimo Doctor Don Ignacio de Padilla y Estrada, ordenó que se diera el nombramiento de Obispo para ese lugar al "FRAILE DE LA CALAVERA", a Fray Antonio Alcalde. El 10. de agosto de 1763 llegó este evangélico varón a las costas de Yucatán para derramar bondad, amor y consuelo; por doquier llevaba con palabras y con ejemplos la enseñanza de la moral más pura, su intenso vivir era un acto continuo de virtud y de beneficencia; ahí estuvo seis años durante los cuales, sin importarle el malsano clima y las ponzoñosas alimañas, recorrió dos veces la península yucateca, inhóspita y vasta; dió limosnas a las parroquias pobres, aprendió el maya para poder predicar a los nativos, entronizó a la Virgen de Guadalupe en la Catedral a la que enriqueció con valiosas alhajas y costosos ornamentos; fundó en el Seminario la cátedra de Teología; dió copiosos donativos para el Hospital de San Juan de Dios y socorrió constantemente a los huérfanos, a las doncellas desvalidas, a las viudas inermes, a los enfermos doloridos y a los pobres vergonzantes. En mayo de 1770 fué llamado a la Capital del Virreynato por el Ilustrísimo Sr. Lorenzana, para que concurriera al IV Concilio Mexicano; al poco tiempo, y a su paso por Puebla, derramó múltiples mercedes en la ciudad angelopolitana. Por Cédula fechada el 20 de mayo de 1771, fué promovido al Obispado de Guadalajara, adonde llegó el 12 de diciembre del propio año.

En la imposibilidad material de narrar todas las obras misericordiosas que al impulso de su amor, derramó en la ciudad-corola de Guadalajara, citaremos, a grandes rasgos algo de lo que hizo: ayudó con grandes cantidades de dinero al curato de Tlajomulco, a las parroquias de Zapotlán y Chapala, al Templo de Lagos, a la Casa de Recogidas, a los pobres de la cárcel, al Mon-

te Pío de México, al Colegio de San Diego, a la Parroquia de Mexicaltzingo, al Apostólico Colegio de Guadalupe, al Convento de Capuchinas de Lagos y de Guadalajara en el que se conserva su corazón en un vaso de plata; a los Conventos de Jesús María, Santa María de Gracia, Santa Teresa, Santa Mónica, San Juan de Dios y Santo Domingo; fundó dos escuelas para hombres y una para mujeres; levantó el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, embelleció las calles, plantó jardines, construyó 16 manzanas de casas en el Barrio del Santuario, edificó iglesias, abrió caminos, construyó cárceles y no obstante que por sus manos pasaron millones de pesos, dormía en el suelo sobre una zalea y con una tarima por almohada; su comida era frugalísima, su ropa interior de manta, jamás usó alhajas, siempre anduvo a pie y el 6 de agosto de 1792, fecha en que murió, tenía tan sólo doscientos sesenta y dos pesos y dos reales.

Convencido de los inconvenientes que tenía el Hospital Real de San Miguel de Belem, por estar situado en el centro de la población, el 25 de diciembre de 1782, se dirigió el Sr. Alcalde a la Audiencia para informarle que él daría, por lo pronto, ochenta mil pesos para la construcción de un nuevo Hospital, sin ansiar el derecho del patronato, pero sí exigiendo que el manejo de los donativos estuviera a cargo de una persona nombrada por él. Rebosando alegría aceptó la Audiencia y el 10 de marzo de 1787 los betlemitas tomaron posesión del terreno cedido por la ciudad, comenzando el día 6 a trazarse los cimientos; con diligencia y tesón se emprendió la obra, a grado tal, que el 12 de febrero de 1788, ya estaba concluida en su totalidad la cimentación en un área de 170 varas de largo por 580 de ancho, levantada gran parte de la fachada principal y almacenados muchos materiales de construcción.

Fray Antonio Alcalde, no satisfecho con la cantidad inicial que había dado para la construcción, agregó \$74,000.00 más y sin envanecerse por la felicitación personal que le envió el Monarca, continuó con más empeño la obra: el 23 de julio de 1789, ya estaban los cimientos de la Iglesia anexa al Hospital y como ya se habían gastado \$136,000.00 aumentó el donativo hasta completar \$200,000.00. Enfermo y debilitado por el mucho trabajo, el misericordioso Fray Antonio Alcalde, puso en honradas manos la

cantidad necesaria para concluir el Hospital, para que su muerte no fuera causa de que se interrumpiera la magna obra.

Día de luto es para Guadalajara el 7 de Agosto de 1792 en que murió este santo varón, a quien sus virtudes le abrieron las páginas de la Historia. Aun no se borraba la tristeza del alma de sus feligreses y aún no se oreaban las lágrimas en los ojos de todos los que lo habían llorado, cuando la obra planeada por el alarife Martín Ciprés, quedó concluída: siete salas, dos manicomios, habitaciones para empleados, botica y el Cementerio que hoy se llama "Patio de los pobres"; las enfermerías están en forma radiada o de estrella y parten de un cuadrilongo, con ochenta metros de largo por siete de ancho y con capacidad para novecientos enfermos; hacia el norte están la ropería, los baños, las salas de autopsias y las habitaciones para practicantes y enfermeras; al oeste el manicomio con sus dos secciones, para hombres y mujeres. El sol mañanero del 3 de mayo de 1794, después de entibiar el aire y de acariciar las corolas, arrancó rubros destellos a la cúpula de la Iglesia anexa al Hospital, al tiempo que en sus bóvedas formaban eco los salmos de la primera Misa que se decía con motivo de la inauguración. Desde esa época comenzó a vivir el nuevo Hospital de San Miguel de Belem, para consuelo de los enfermos y de los desheredados, con abundante provisión de medicinas y de ropa, bajo la sabia y amorosa vigilancia del médico de la Torre y del cirujano González, que obedecían de consuno las disposiciones del Superior Fray Juan de Belem.

En 1795, un año después de la inauguración del Hospital Real de San Miguel de Belem, por malos informes que diera al Rey el Presidente José Fernando Abascal, los betlemista abandonaron su obra misericordiosa debido a que, sin oírlos, se les acusaba de malversación de fondos. Hacia 1801 era Administrador del Hospital el Capitán García Cerpa; en 1813 apareció una mortífera epidemia en Guadalajara que, según el doctor Garcidiego, fué de tifo y según se asienta en la Geografía Médica, página 54, fué de "vómito" y que se extendió por la gran cantidad de mercados que procedían del Puerto de San Blas.

Entonces fué cuando el Mariscal de Campo, el sanguinario José de la Cruz, mandó hacer una investigación acerca de las con-

diciones deplorables en que estaba el Hospital y en vista del desastre administrativo, comisionó al Sr. Obispo Cabañas para que reorganizara del mejor modo posible, esa institución. No obstante siguió a la deriva el Hospital, hecho que se agravó aún más, cuando el 25 de octubre de 1820, el Rey de España, cuyo poder en esta bendita tierra estaba ya expirante, declaró extinguidas las Ordenes religiosas, entre las que se contaban las de betlemitas y juaninos, quedando por esto el Hospital bajo la égida del Gobierno Civil. Como la escasez de fondos era notoria, porque el dinero recaudado apenas si alcanzaba para pertrechos bélicos, el 14 de febrero de 1842, el General Paredes entregó el Hospital al Sr. Obispo Aranda. En 1862 volvió la institución a poder del Gobierno, siendo atendido por las Hermanas de la Caridad, hasta que estas religiosas fueron expulsadas del país en 1874. El 10 de diciembre de 1888, el Gobernador del Estado C. Ramón Corona, entregó solemnemente el Hospital de San Miguel de Belem a la Escuela de Medicina, dirigida entonces por el preclaro y altruista doctor Salvador Garcíadiego.

Cuando en las noches tibias del vergelero tapatío, los zaguanes —sahumerios aromados—, se abren como bocas mujerieles; cuando las estrellas —pajaritos de cristal—, tiemblan medrosas en el cielo; cuando rodeados por el conticinio evocador, leemos el epígrafe del Hospital Real de San Miguel de Belem, que dice ANTONIO ALCALDE, A LA HUMANIDAD DOLIENTE, nuestro espíritu es forzoso que caiga de rodillas para ungir, con todo linaje de amores, de ternuras y de agradecimientos, al FRAILE DE LA CALAVERA.



Hospital de San Juan Batista

(San Luis de Potosí)

El 13 de agosto de 1521, después de un asedio de setenta y cinco días, el indomable Cuauhtémoc, grande en su impotencia y sereno ante el desastre, rendíase a los tercios castellanos, mientras don Hernando enclavaba el pendón hispano en las ruinas humeantes de la gran Tenochtitlán.

Muy presto la noticia cundió por el Anáhuac; algunos pueblos se rindieron ante el empuje del conquistador, pero otros, encastillándose en abruptas montañas, pusieron al estupor el corolario de su denuedo. Nuño de Guzmán se apoderó de Jalisco y por medio de sus Capitanes se internó hasta Zacatecas y Durango, Sinaloa y Sonora. Cuántas luchas y cuántas crueldades, cuántos heroísmos y cuántas vicisitudes se enidaron en el pecho de conquistadores y de conquistados. Los hispanos, de continuo, eran asediados por las tribus autóctonas, sobre todo por los fieros chichimecas que amontonaban dificultades, peligros y celadas a las huestes victoriosas de Cortés. No es fuera de lugar dar la explicación que con el nombre de "chichimecas" se conocían a todas las tribus bárbaras y errantes y no sólo a las familias que, venidas del Norte, se establecieron en Acolhuacan.

Hasta 1588, el Capitán Rodrigo del Río, facultado por Felipe II, hizo las paces con las tribus chichimecas y guachichiles, rodeado por los Capitanes Miguel Caldera, Martín Ruiz de Zavala, Gabriel Ortiz de Fuenmayor y Diego de Tapia, hijo de don Fernando, conquistador de Querétaro. Ya sosegados los indios y bajo la custodia ternísima de los misioneros franciscanos, se establecieron en San Miguel Mexquitic, en el Valle de San Fran-



cisco y en Santa María del Río, hacia el año 1589. En San Miguel Mexquitic, a cinco leguas al noroeste de la hoy ciudad de San Luis de Potosí, en calidad de Justicia Mayor, se aposentó el Capitán Miguel Caldera quien, plácidamente, vió cómo los franciscanos, en 1590, fundaban su Convento.

El 2 de noviembre de 1591, conducidos por Fray Ignacio de Cárdenas y por Francisco Vázquez, llegaron a San Miguel Mexquitic los tlaxcaltecas, enviados por el Virrey don Luis de Velasco, y fueron repartidos por Caldera en el paraje donde hoy está la ciudad potosina, en la Hedionda, en el Venado y en el Caltillo. Durante los primeros meses de 1592, Fray Francisco Franco, Guardián del Convento, informó al Capitán Miguel Caldera que un indio guachichil le había dicho que en unas montañas al oriente del pueblo, había minas fabulosas. El Capitán ordenó a su yerno, Juan de la Torre, que fuese al cerro, catease una mina y la tomara en su nombre, mientras él obtenía el título ante el Escribano.

Espléndido como nabab e hidalgo como castellano, dió posesión de sendas minas a don Gregorio de León y a don Pedro de Anda quien impuso su nombre al mineral llamándole Cerro de San Pedro. Después del descubrimiento había que fundar el pueblo, establecer viviendas, instalar fundiciones y formar almacenes; mas por estar a más de diez leguas de las minas, se encontró, entre estos dos puntos, una planicie exuberante, merced a múltiples manantiales y con montes de mezquite y de palmeras; esta planicie, habitada por los chichimecas conversos, ya había sido bautizada por los misioneros franciscanos, con el nombre de SAN LUIS, allá por el año de 1591 y por semejanza en riquezas con el Potosí del Perú, posteriormente se le puso dicho nombre a esa región minera del flamante Reino de la Nueva España. El lugar elegido para asentar el pueblo, es el mismo que ahora se denomina BARRIO NUEVO.

Atraídos por la riqueza e impulsados por la codicia, en las postrimerías del Siglo XV y principios del XVI, había en ese lugar más de seiscientas familias españolas; de la Iglesia parroquial dependían cinco Conventos de religiosos y un Hospital que fué fundado el año de mil seiscientos once, merced al fervor del piísimo Juan de Zavala, Familiar del Santo Oficio de la In-

quisición; este ejemplar varón no sólo puso su entusiasmo en la empresa, sino que donó ante el Notario Francisco de Arceo, varias casas de su pertenencia, para que "funden los hermanos del beato Juan de Dios un hospital donde se reciban y curen pobres enfermos, indios y españoles y gente de toda condición". Los bienes se aceptaron para tal fin, pero su persona no pudo dar pres-tancia al Hospital, debido a que el benefactor fué llamado a Mé-xico para que desempeñara el cargo de Alguacil de Corte de la Real Cancillería.

El primero de mayo de 1611, con la venia del Virrey don Luis de Velasco, el Obispo de Michoacán Fray Baltasar de Covarrubias, concedió licencia a Fray Alonso Pérez y a Fray Andrés de Alcázar, ambos de la Orden del Beato Juan de Dios, para que pudiesen fundar el Hospital de San Juan Bautista y para que en la Capilla pudiesen celebrar los Sacramentos. Al abnegado Juan de Zavala y a su esposa doña Catalina Vázquez, no les cupo en suerte verlo ya terminado porque la muerte los sorprendió antes de que floreciera la obra en la que tantos entusiasmos pusieron.

El Hospital ostentaba amplias y capaces enfermerías, oficinas y viviendas para los religiosos, bien surtida botica, jardines cuidados con amor y con esmero; con infinita ternura para los enfermos que eran atendidos, al principio, por diez juaninos, un sacerdote que administraba los Sacramentos, un boticario competente y un cirujano muy ducho en sus menesteres. Todos prodigaban consuelo a los veintiséis enfermos encamados con males del cuerpo y decaimientos del alma. Cada uno de los religiosos, ayudaba, en los ratos desocupados, a la conservación y embellecimiento de la huerta, poblada de árboles frutales que eran consuelo para los convalecientes, fuente de optimismo para los enfermos y ambrosía para el paladar de aquellos que cataban la dulzura de sus frutos. La Iglesia, hermosísima y esbelta, de piedra de cantera para que los siglos no le hicieran mella, con ricos ornamentos, repujadas lámparas, sedes cortinajes, albos manteles y servicios de platería; aparte de las naves de líneas purísimas, con orgullo mostraba la Iglesia el amplio claustro que encuadraba el patio del Hospital. A petición del padre Tomás de Urrutia, el 10 de noviembre de 1616, el Obispo Covarrubias

dió licencia para pedir limosna en toda la Diócesis, en favor del Hospital.

Los años al correr, amontonan entre los roqueños muros, agradecimientos y ternuras, hasta que el 10 de septiembre de 1827, el Prior de San Juan de Dios, Fray Felipe Quiñones, por orden del Gobierno, entrega Convento, Iglesia y Hospital a los Regidores del Ayuntamiento Francisco Benavides y José María Castañeda. Los vendavales políticos destruyen la obra de Zavala y de los juaminos: se enajenan los bienes y el capital con que se contaba para el sostenimiento del Hospital; el templo es entregado a la autoridad eclesiástica, el Hospital se convierte en Aduana y ahora en Escuela de Niños, que ojalá tengan quien les explique con hechos y con ejemplos, lo que es el amor al prójimo, lo que significa la palabra altruísmo y el concepto altísimo que entraña el vocablo CARIDAD.



Hospital de San José de Gracia

(Querétaro).

Campos propicios para la siembra; surcos ardosos y húmedos que con ansia esperan la simiente para metamorfosearla en tallo de esmeralda, en nutricio grano o en aromada flor; vesananas inmensas que reciben con amplitud e impudicia el beso que les da el sol; pródigas tierras de continuo regadas por juguetones ríos que copian paisajes, serpentean en las cañadas, tejen encajes, cardan espumas, aljofaran márgenes y derraman dicha y prosperidad por todas partes.

Tranquila región pincelada con medios tonos: clima caricioso, vegetación abundante, cascadas que pueden rimar un madrigal, pero jamás orquestar una epopeya, corolas que embalsaman el aire con tenues aromas, que avivan añoranzas, pero que nunca estrujarán la médula; carece de montañas que son el yunque donde se forja el rayo y sólo muestra suaves colinas como Tolimán, Escanela y el Cimatario; ahí la vida corre con la suavidad un arroyito de cristal que en vez de agua arrastrara pétalos; mas de pronto, ese sitio edénico, despierta azorado por el bélico ulular de los chichimecas, que se posesionan de él.

Llega la Conquista: enjambre de ilusiones y de crueldades, de anhelos y de rapiñas, de ímpetus heroicos y de crudelísimas bajezas. Cariciosamente, el 25 de junio de 1531, se presenta al frente de sus tropas, don Fernando de Tapia que siente horror por los desmanes y odio por los crímenes. Con igual veneración con que un creyente entra en el templo, así el conquistador llegó a Querétaro: dejó mustiar sus frescos laureles, no paró mientes en los ditirambos, despreció los honres, pero sí en cambio derra-

mó bondades, injertó ternuras y se conmovió ante el dolor de los conquistados.

Fernando de Tapia, de su propio peculio, que no era mucho, inició la construcción del primer Hospital que hubo en Querétaro; pero la Muerte, quizás ansiosa de llevar a esta alma a regiones propicias para su florecimiento, segó esta vida que fué compendio de ternuras y de piedades. Mas la idea no se perdió: su hijo don Diego que heredó, junto con los cacicazgos, las bondades de su padre, convocó a los vecinos principales, les hizo ver la trascendencia de esta obra y apoyándose en los estatutos formulados por el benefactor de la Nueva España, por Fray Bernardino Alvarez, fundó el Hospital de La Purísima Concepción, en el sitio que hoy se conoce con el nombre de San José de Gracia y con entrada por la calle de Los Locutorios. En 1556, el Rey Felipe IV le concedió el título de ciudad con el nombre de Santiago de Querétaro, que en tarasco vale tanto como "lugar donde se juega a la pelota".

Durante la época de la colonia, Querétaro fué una de las poblaciones más importantes del virreynato y el principal centro fabril, puesto que ahí se establecieron dos fábricas de hilados.

El 12 de agosto de 1584, a la hora de repicar las "vísperas", murió a los setenta años en el Hospital de San Hipólito, el admirable y amado Fray Bernardino Alvarez de quien ya hablamos con anterioridad en el libro LOS HOSPITALES DE MEXICO. No contento con haber rehecho su vida, enderezándola hacia el camino del bien, de haber sembrado la semilla para que naciera la Orden de los Hermanos de la Caridad o Hipolitanos y de haber dado vida a varios Hospitales, en 1580 hace una exposición al Rey, acerca de la imperiosa necesidad que hay de fundar estas casas de caridad, en varias provincias de la Nuev España. El Monarca accede a esta petición altruista y manda que se provea de conformidad; la Gran Igualadora, no le permite ver realizada esta obra en toda su amplitud; pero sobre las bases por él puestas, surge esplendorosa la iniciativa que poco a poco se vá plasmando en realidad.

Don Diego de Tapia, hijo del amoroso conquistador de Querétaro, quiere continuar la senda de su progenitor: por ello se junta con un indio noble llamado Juan y en 1586, acuerdan fun-

dar el Hospital, apegándose en todo a los Reglamentos formulados por Fray Bernardino Alvarez. Don Diego cede el solar y las casas situadas donde hoy levanta sus muros el Templo de San José de Gracia; los vecinos dan, de buen grado, copiosas limosnas, los frutos de sus huertas, los granos de sus trojes, los animales de sus dehesas, sus alhajas, sus vestidos y sobre todo, su entusiasmo que es el nudo vital de toda iniciativa.

Pasan los años, mueren los iniciadores, se apagan los ímpetus, se frustra la idea; pero surge el Arzobispo y Virrey Fray García Guerra que solicita la venia de su Majestad para que los Hermanos Hipólitos se encarguen del inconcluso Hospital; el 22 de mayo de 1622, Fray Juan Razón asumió la responsabilidad de dicha obra y por fin, el 13 de mayo de 1624, ante el Escribano Cristóbal de Portugal y Osorio y en nombre del Rey, fué inaugurado el Hospital de San José de Gracia.

En 1626 se concluyó la Iglesia que fué dedicada a la Purísima Concepción, gracias al celo y a la actividad de Fray Miguel de Valdivieso y Plaza que, hasta en las horas en que los albañiles no trabajaban, subía por inseguros andamios, a fin de vigilar la obra. Cosa rara en estas instituciones y quizás debida a algún tartufo, se ordenó que en las enfermerías estuvieran separados indios y españoles, sin entender que el Dolor es como la Muerte: iguala razas, fortunas y caracteres. Al principio fué atendido por seis religiosos hipolitanos, muy duchos en cirugía y en medicina, entre los cuales descollaron por su talento y por su ternura, Fray Juan Colón y Fray Bartolomé Natera, quien a los setenta años, murió en "olor de santidad".

La fábrica del Hospital era suntuosa: grandes enfermerías, fresquísimos corredores, amplio refectorio, surtida ropería, bien dotada botica, departamento para enfermos externos, extensa huerta y vasto jardín. El Convento de San José de Gracia fué adjudicado a una persona llena de riquezas pero menesterosa de bondades y de talento, que mandó derribar la torre del Templo y llega el año de 1863 en que todo se dispone para que pase el Hospital al ex-Convento de Santa Rosa, en donde aún permanece.

Grandes benefactores ha tenido el Hospital que hoy se conoce con el nombre de Civil: don Francisco de Fagoaga que ce-

dió treinta y cinco mil pesos para sus "pobrecitos enfermos", el doctor León Covarrubias que de su peculio hizo grandes mejoras, como la instalación de baños, la Sala de Cirugía y el Departamento de Maternidad y muchos más que han volcado las purezas de su alma en esta casa de amor donde la Caridad se transforma en Salud.



Hospital de Nuestra Señora del Rosario

(Mérida de Yucatán)

Noche dantesca de 1511 en que la tempestad estruja nubes, abre simas y desata galernas; la frágil embarcación de Valdivia, al garete muchas horas, es sepultada en las entrañas de Proteo; después de esfuerzos ciclópeos, extenuados por el hambre y el cansancio, llegan los náufragos a tierra inhóspita donde son apresados por el cacique Kinich; entre ellos se destaca por su denuedo y entereza el clérigo Jerónimo de Aguilcr que al correr de los años servirá de intérprete a Hernán Cortés; así fué la entrada de los primeros españoles en la Provincia de Yucatán qu abarcaba el hoy Estado de ese nombre, más Campeche, Chiapas y Tabasco. Luego crriban otras expediciones: la de Francisco Hernández de Córdova, que descubre el Cabo Catoche en marzo de 1517; otra que salió de Matanzas, Cuba, al mando de Juan de Grijalva, en mayo de 1518 y la de Francisco de Montejo y de Alonso de Dávila en 1524. Siempre el ímpetu y el empuje de los hispanos sufrió mengua ante la entereza y el valor de los mayas en cuyo cuerpo corría la sangre que sirvió de anhelo para la fundación de la fabulosa Atlántida.

Francisco de Montejo triste y abatido, cansadísimo y desanimado por las emarguras de la campaña, ordena a su hijo, en diciembre de 1540, que conquiste y pacifique las tierras del Mayab; con sus entusiasmos vernaes se dirige el mozo a Champotón y de ahí a Campeche y después de dos años de intensa lucha, sobre las ruinas grandiosas de T-hó, funda la ciudad de Mérida, el 6 de enero de 1542; tres años después la conquista estaba consumada, desde el punto de vista militar. En 1546 llegan a la

Provincia a derramar los raudales de su ternura, seis franciscanos que son los que verdaderamente realizan la conquista al amparo de la Cruz.

En este pueblo de historia fabulosa y enigmática se rendía culto a la deidad de la Medicina llamada CILILCH-CHEL, por los herbolarios y hechiceros que eran solicitados para bendecir las casas nuevas, para adivinar hechos pretéritos o futuros, para asistir a las parturientes o para curar a los mordidos por animales ponzoñosos; sus prácticas estaban marginadas por el empirismo y por la superchería y quizás por el conocimiento del poder curativo de algunas plantas. Con la llegada del conquistador se abren panoramas a la Medicina en este vasto territorio: Montejo el mozo llevaba entre su oficialidad al caballeroso Juan Rey que, aparte de ser valentísimo soldado, lucía las dotes del herbolario, del médico y del cirujano; después, ya en pleno Siglo XVII despliega sus bondades y sapiencias Fray Gaspar de Molina, que a más de médico y cirujano, era habilísimo farmacéutico.

Debido al empeño y misericordia del Capitán General don Gaspar Suárez de Avila y de su caritativa esposa doña Isabel Cervantes, que cedieron el amplio solar de su casa y múltiples donativos, levantó su roqueña mole, en 1552, el Hospital de Nuestra Señora del Rosario. Durante muchos años esta benéfica mansión vivió y se sostuvo gracias a los cuidados y al altruismo de los vecinos que, en caravana de amor, llevaban cotidianamente hasta la portería del Hospital, alimentos, frutas, medicinas y óbolos, que mientras más humildes eran, más alto proclamaban la caridad del donante. Pero el egoísmo estéril fué apagando poco a poco esa llama misericordiosa, a grado tal que el Obispo agustino Fray Gonzalo de Salazar, en 1625, solicitó ayuda de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

Esta Comunidad, atenta siempre a prodigar ternuras donde hicieran falta, en 1630 envió a Fray Bartolomé de Villa y a cinco religiosos que tuvieron que recorrer más de quinientas leguas, para que se hicieran cargo del añoso y paupérrimo Hospital de Nuestra Señora del Rosario, entre las bendiciones y parabienes de los vecinos que avaloraron en toda su magnitud, la obra que en esa fecha comenzaron a realizar, en bien, tanto de los españoles, como de los indios, ya que la caridad ignora matices étni-

cos y sólo ve semejantes que sufren e imploran consuelos.

Encontraron ruinoso el edificio y desde luego iniciaron la tarea de ordenar con todo detalle lo relativo a la administración: muy presto aumentaron las limosnas y los donativos que sirvieron para metamorfosear los carcomidos muros, los cribados techos y el herboso jardín. El orden, base de toda organización, se impuso en el Hospital que comenzó a ser remozado merced a la abnegación y a la disciplina de los seis religiosos: al principio solamente instalaron doce camas, donde otros tantos enfermos recibían los consuelos y las atenciones de los Hermanos, que junto con un sacerdote, pusieron muy en alto la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

El rutilante sol fulgía en los enjalbegados muros, en la blancura de las camas, en las espadañas coruscantes de la iglesia, en la nave limpiecita y llena de frescura, en los ornamentos bordados por manos ducales y fervorosas y sobre todo en el jardín y en la huerta: zapotes, zaramayos, anonas, caimitos, aguacates, guallos, marañones y nances, inundaban de sombra los amplios corredores e inyectaban optimismo en el espíritu decaído de los convalecientes. La iglesia no era factuosa: faltaban en ella ornamentos y arandelos, cuadros meritísimos y cálices repujados por algún artista florentino; pero la fe acolchaba con plegarias los alquitrabes y en los altares ardía la creencia de toda la caravana que apens se siente atenaceada por el dolor, va en busca del gran dispensador de bondades.

Hasta 1821 estuvieron los juaninos al cuidado del Hospital, pues en esa fecha fué trasladado al exconvento de San Francisco, en la plaza de la Mejorada, bajo el amparo del Estado que le quita la prócer denominación y le llama Hospital General. Ahí queda acurrucado, prodigando consuelos hasta el 6 de febrero de 1906 en que, remozado y en otro sitio, surge a la vida de la caridad, el Hospital O'Horán. La gratitud de un pueblo que aquilata y estima lo que es una vida consagrada al bien, graba con el buril del agradecimiento en la puerta del Hospital, un nombre que es síntesis de caridad, emblema de trabajo y paradigma de amor: AGUSTIN O'HORAN.

Brilla con luz propia en el cielo de la ciencia médica de Yucatán el recuerdo del preclaro doctor O'Horán quien, con su na-

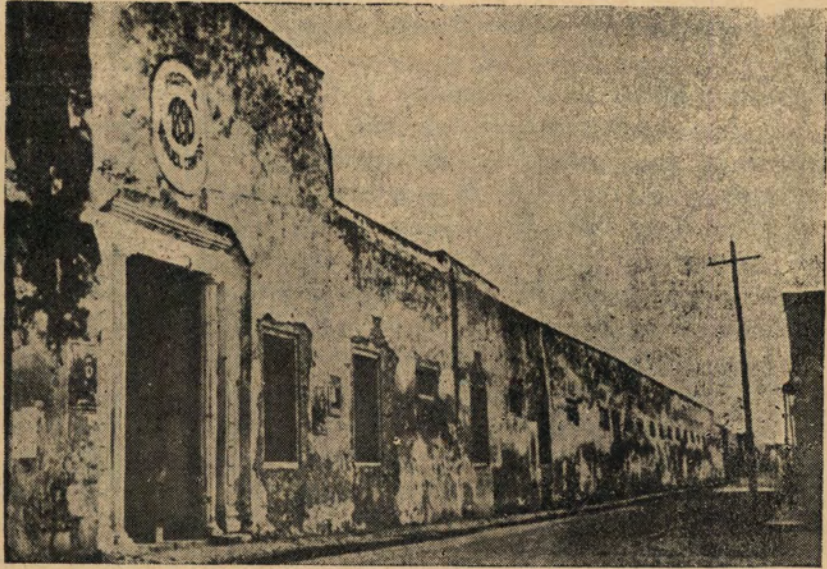
cimiento acaecido en Mérida el 28 de agosto de 1828, llena de alegría el hogar de don Tomás O'Horán y de doña Dolores Escudero de la Rocha. Su niñez, llena de ternuras se desliza mansamente entre sus libros de estudio y sus horas de recreo; la instrucción primaria llena de interrogaciones su cerebro ansioso de las luces del saber hasta que, seriecito, inicia el bachillerato; muy pronto sus compañeros apreciaron la capacidad mental del niño y asistieron alborozados a la terminación de sus estudios, puesto que Agustín había cosechado las primeras calificaciones del curso. Corría el año de 1850 cuando ingresó en la escuela de Medicina, bajo la protección intelectual y afectiva del maestro de maestros que fué piedra angular de la enseñanza médica en Yucatán, del glorioso Ignacio Vado y Lugo. En 1853 se graduó de licenciado en medicina y en 1855 obtuvo su diploma de Doctor, después de un acto en el que la sapiencia de los examinadores servía de baliz para que navegara el talento del examinado; su tesis clara, erudita y razonada versó sobre el Exantema. Por su caridad y sus bondades, por su dedicación estudio y por el amor a sus semejantes, muy pronto lució el título de Benefactor, rubricado por el agradecimiento y por las bendiciones de sus enfermos; no se conformaba tan sólo con hacer el diagnóstico preciso y con instituir el tratamiento adecuado, sino que, en forma de consuelo, volcaba su alma desbordante de amor en el vivir angustiado del paciente. El aquilatamiento de sus virtudes lo llevó a ser Presidente del Consejo de Gobierno y Gobernador del Estado; pero en medio de los problemas inherentes a su investidura, siempre tuvo tiempo para concurrir a su venerado Hospital donde una muchedumbre dolorida lo esperaba ansiosamente en demanda de consuelos. Otra faceta brillante de su brillante personalidad fué la del Magisterio: con sencillez y naturalidad durante muchos años mostró a sus alumnos las perlas arrancadas a los libros y pulidas con su inteligencia privilegiada.

Don Leonardo León Ayala, don Olegario Molina, el doctor Luis F. Urcelay y todos los yucatecos, unidos en admirable consorcio pensaron y realizaron la construcción de un nuevo Hospital que siguiera siendo manantial de consuelo pero también almáciga de ciencia. El 6 de febrero de 1906 bajo la luz cariciosa de una mañana ambarina se plasmó en realidades ese anhelo que

ahí queda para decir a las generaciones presentes y futuras lo que es la caridad bien entendida.

Rodeado de jardines se alza, blanco como una buena intención, el Hospital O'Horán, dividido en dos grandes alas, una para hombres y la otra para mujeres; cada departamento consta de múltiples pabellones orientados de norte a sur, con capacidad para veinte camas, con comedor, cuarto para enfermeras y local para aislamiento. Salas de Operaciones en las que Nuestra Señora la Asepsia ha regado sus dones y en las que reina la Higiene, esa hija predilecta de la Medicina. Los pabellones están dedicados a Medicina Interna, Cirugía General, Ginecología, Obstetricia, Niños, Tuberculosis, Lepra y Enfermedades Mentales; amplios y bien dotados Laboratorios de bacteriología y parasitología, así como también para investigaciones de Patología Tropical.

Cuando en las noches enlunadas el mar entona canción de espumas y en la boca del costeño decidor brota la risa como sacra de felicidad, las ruinas de Nuestra Señora del Rosario hablan con elocuencia de una época en la que el amor al prójimo era una obliación, hacer el bien un mandato y mitigar el dolor un dogma. Es entonces cuando sobre el indiferentismo actual el cielo zafireño extiende su divino desdén.



Hospital de Nuestra Señora de los Remedios

(San Francisco de Campeche).

Con cuatro navíos y tres carabelas, el Almirante Cristóbal Colón, sale del puerto de Cádiz para emprender su cuarto viaje al Nuevo Mundo, el 9 de mayo de 1502. Después de acudir en auxilio de la guarnición portuguesa de Arcila, en las costas africanas, llega la flota al puerto de Santo Domingo el 29 de junio del propio año. El Gobernador don Nicolás de Ovando niega el permiso para que desembarque Colón, no obstante las razones aducidas por el genovés de que un furioso temporal azotaría las ondas de Proteo; no sólo desprecia los atinados consejos del almirante sino que lleno de orgullo y de suficiencia ordena la salida de su flota compuesta de treinta y dos embarcaciones con un cargamento de riqueza: a los dos días de navegación, según refiere Asencio, se desencadenó de improviso un violento huracán de irresistible empuje y las olas airadas envolvieron embarcaciones, hombres y riquezas.

Colón siguió navegando hasta las costas de Honduras y desembarcó en la Isla de Guanaja a la que dió el nombre de Isla de Pinos; fué recibido cariñosamente por los nativos que lo colmaron de presentes traídos de la fabulosa Isla Rica que con el tiempo había de llamarse de Yucatán y desdeñando explorar este rincón del Nuevo Mundo, prosigue su ruta.

En 1506, Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinsón, siguieron el derrotero del genovés para explorar tan sólo la costa oriental de Yucatán, lugar que consideraron como una isla. El 8 de febrero de 1517 el rico hidalgo Francisco Hernández de Córdoba, concertó otra expedición compuesta de un centenar de soldados;

después de una travesía angustiosa, llegan a tierra donde son recibidos efusivamente e invitados a pasar al interior. Mucho se sorprendieron los expedicionarios al ver la bondad de los indígenas, su relativa cultura, la solidez de sus edificios y que en los adoratorios todos los dioses fueran del sexo femenino, por lo que Hernández de Córdoba llamó a ese lugar Isla de Mujeres:

Siguen navegando hacia el poniente y el 4 de marzo de 1517 llegan a otro pueblo donde al principio son recibidos amigablemente con la frase maya CONEX C'OTOCH que significa "vamos a nuestra casa"; pero a los pocos días fueron atacados vigorosamente por los nativos y se trabó cruento combate en el que murieron veintiséis soldados españoles y en el que se llenó de oprobio un clérigo González al saquear los templos. Maltrechos y heridos continuaron su expedición hasta que, en busca de agua, desembarcaron en el pueblo de Potonchan, el 26 de marzo del mismo año. Muy presto se vieron rodeados y acosados por centenares de indios flecheros por lo que se generalizó sangriento combate en el que murieron cuarenta y ocho españoles y casi todos los demás salieron heridos, a grado tal que Hernández de Córdoba recibió doce flechazos que pocos días después le causaron la muerte. El resto de los derrotados regresó a Cuba horrorizado por su fracaso en esa Bahía a la que dieron el nombre de MALA PELEA.

El 5 de abril de 1518 sale de Matanzas, Cuba, con rumbo a Yucatán una nueva expedición costeadada por el Gobernador Diego Velázquez y encomendada a su sobrino Juan de Grijalva que llevaba como Capitanes a Francisco de Montejo, a Pedro de Alvarado y a Alonso Dávila. El 3 de mayo llegan a Cozumel y ocho días después fondean en Champotón, donde Grijalva logra derrotar a los nativos; continúan hasta Boca de Términos, desde donde, en expediciones parciales, quedan extasiados ante un caudaloso río que retrata paisajes admirables y al que don Juan dió su nombre.

Luego viene la expedición de Cortés, ya descrita en el capítulo de Veracruz; el valioso encuentro de don Hernando con Jerónimo de Aguilar y el avance hacia Chalchiuchuecan. Tanto en la expedición de Grijalva como en la de Cortés, figura como hombre inteligente y denodado don Francisco de Montejo que des-

pués de innumerables vicisitudes es uno de los fundadores de Veracruz y el comisionado para defender a Cortés ante la Corte de España, donde logró para su jefe no sólo la absolución, sino distinciones y honores. Estando Montejo en Granada, el 8 de diciembre de 1526, el Emperador Carlos V, bajo el amparo de la bula del Papa Alejandro VI, obtuvo el permiso para conquistar las fabulosas tierras de Yucatán.

Preparó la expedición, ayudado por Alonso de Avila y a mediados de 1527, salió de San Lúcar de Barrameda. Con él vinieron su hijo Francisco y su sobrino del mismo nombre, de 28 y 13 años respectivamente. Tomó posesión de Cozumel y siguió hacia el occidente; un indio hercúleo y audaz, en el sitio llamado Conil, trató de matarlo, atentado del que se salvó gracias a su valor y serenidad. Ahí comenzaron las hostilidades, es decir, la justa defensa de la tierra donde se nace, del lugar regado con sudor y con sangre, del sitio iluminado por leyendas y por tradiciones, del terruño donde florecen los amores y los anhelos, las luchas y los rencores. Después de su triunfo en Aké, extenuado y triste, asienta su campamento en Chichen Itzá y su alma cae de rodillas ante la belleza de los templos que, ahora en nuestra época, hablan de civilizaciones pretéritas, llenas de colorido y armonía. También ahí siguen las hostilidades y Montejo continúa rumbo a la costa y tiene que abandonar a su fraternal amigo Alonso de Ávila que con un puñado de valientes conquista la población de Villa Real.

Después de muchas penalidades vuelven a abrazarse los amigos que animados por el encuentro intentan nuevas conquistas; mas la derrota fué su compañera inseparable a grado tal que dejó a su amigo en Campeche y él vino a la capital de la Nueva España en busca de elementos; pero de nada sirvieron los sacrificios ni los refuerzos, ya que por todas partes el ímpetu y la astucia de los nativos, colgaban crespones en las tropas del Adelantado Montejo. Gracias a la ayuda que le brindan los aventureros de Diego Contreras logra la pacificación de Tabasco y renace en él la idea de conquistar Yucatán, no obstante el ofrecimiento que a los indios hizo el franciscano Jacobo de Testera, relativo a que ningún español volvería a pisar las tierras del mayab.

Reorganizado y lleno de fe, se hace a la mar rumbo a Cham-

potón donde recomienda a su hijo que muera o que se cubra de laureles, mientras él regresa a Tabasco en busca de más elementos. Durante el primer combate el hijo de Montejó tutea a la Victoria, a costa de grandes pérdidas materiales; pasan los meses y la situación es casi insostenible por lo que deja a su primo al frente de las tropas y él va a Tabasco a pedir ayuda a su padre, cosa que no logra teniendo que venir a la capital de la Nueva España, donde por fin obtiene lo que ansía. Después de que su padre delega en él los poderes otorgados por Carlos V, valeroso, hábil y resuelto organiza la expedición rumbo a AH-KIN-PAC que con anterioridad tuvo los nombres de KIN-PECH y CAN-PECH.

Consciente de la misión que su padre le encomendara, el joven Francisco de Montejó, al frente de sus huestes, escala montañas, vadea ríos, abre caminos, traza veredas, sortea peligros, abate fieras, vence alimañas y después de cruentos meses de luchas y de angustias, funda la villa de San Francisco de Campeche el 4 de octubre de 1540.

Gran admiración, causó en el alma de los conquistadores el ver las bellezas de esta región donde la Naturaleza volcó sus vastos dones: cantarineantes ríos se deslizan felinos entre umbrosos bosques; fabulosa red fluvial formada por las vertientes del San José, Candelaria, Chibojas, Momantel, San Miguel, Palizada, Champotón o Mala Pelea; plácidas y engañosas lagunas de Nobá, Términos, las Cruces y Sabancuy; abruptas montañas de Sierra Alta que amurallan prolíficos valles o sabanas perpetuamente vernaes por el amplio beso que les da el sol; increíble variedad de maderas preciosas: ébano lustroso y resistente, caoba con oxidaciones atrayentes y cedro con aroma enloquecedor; fauna mitológica integrada por tigres listados, elásticos pumas, veloces venados, formidolosas serpientes, bellísimos pájaros, abigarrados faisanes, locuaces pericos, criminales mosquitos, enormes tortugas que viven en su palacio de carey e infinidad de peces que son gemas para la vista y ambrosía para el paladar. Mas todo lo anterior, con mucho ser, parecíales insignificante al compararlo con la urdimbre mental del pueblo conquistado: leyendas admirables en las que el orgullo de la raza desconocía el perdón hacia los extraños y volcaba amores entre los hermanos, serenidades psíquicas propias de quien ha vivido muchos

siglos, altiveces justas para el que conoce lo mucho que vale y amor al trabajo, ya que es fuerza arrancar a la tierra los medios de vida.

La villa de San Francisco de Campeche era el puerto principal de la Provincia de Yucatán; pocos años después de la fundación fué en aumento su auge porque ahí arribaban las innúmeras embarcaciones que venían de España, cargadas de mercaderías. A la sombra de la Cruz, vivieron una Parroquia que sustentaba un Convento de religiosos de la Orden de San Francisco y las ermitas de Guadalupe, de Jesús y de San Román. Además desde la llegada de los franciscanos provenientes de Guatemala y mandados por el docto Luis de Villalpando, levantaba su muros el Hospital de Nuestra Señora de los Remedios.

Al ver los españoles el amor y la diligencia que habían puesto los juaninos para restaurar el viejo Hospital de Mérida y al considerar la cantidad de enfermos desamparados que moría en la calle, escribieron al Comisario General de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, al santo Fray Juan Pobre, pidiendo su valiosa ayuda para remozar el antiquísimo e incómodo Hospital que ya había servido noventa años. El Comisario General envió a esas lejanas tierras de Fray Bartolomé de la Cruz, acompañado de tres Hermanos para que recibiera el Hospital de Nuestra Señora de los Remedios, fundado por los franciscanos en 1544. Llegaron a la Villa de San Francisco de Campeche a fines del año de 1635 y desde luego emprendieron la tarea de reconstruir la inválida casona: ampliaron las enfermerías, abrieron ventanales para que la ventilación disminuyera las crueldades del caluroso clima, sembraron árboles frutales en el predio de la abandonada huerta, limpiaron y enlosaron corredores e instalaron, al principio, doce camas donde recibían los enfermos, atenciones y consuelos prodigados por seis religiosos y por un Sacerdote que a la hora del tránsito de la muerte ungía el llagado cuerpo con los Santos Oleos; construyeron las Oficinas del Hospital, las viviendas para los religiosos, las cocinas, la lavandería y un amplio salón lleno de luz y de frescura para que los convalecientes aprendieron a leer o bien se entretuvieran en los menesteres de cualquier oficio, de acuerdo siempre con su estado de salud.

Con mil penalidades y sacrificios Fray Bartolomé de la Cruz comenzó a edificar la Iglesia; ideó los bocetos para la planificación de ella, se arbitró recursos y con diligencia almacenó materiales; pero la muerte le impidió ver realizada su obra en la que puso tantos anhelos. La concluyó llena de perfección y de hermosura, Fray Francisco Trillanes, quien guardó en ella, impulsado por la piedad, lienzos valiosísimos, ricos ornamentos, meritorias esculturas, servicios de platería, repujadas custodias y sobre todo esto, orden en el culto, respeto por las festividades, constancia en los ritos y amor, infinito amor para los enfermos que al Hospital llegaban como a un remanso de paz y de serenidad.

Pasan los años como sarta dolorosa de penas y de vejaciones. La envidia clava sus dientes en la admirable figura del Adelantado Francisco Montejo, que es sustituido y residenciado por el Oidor Diego de Santillán que trae de España a varios franciscanos, entre los cuales descuella el talentoso, tesorero y cruel Diego de Landa. En 1560 es nombrado Alcalde Mayor don Diego de Quijada a quien le toca presenciar los primeros desmanes cometidos por los piratas franceses.

En 1598 el corsario inglés William Parck, en connivencia con Juan Venturate, saquea la ciudad de San Francisco de Campeche; pero al final es vencido por los vecinos al mando de Pedro de Interián y de Francisco Sánchez. En 1633 llega una escuadra de diez buques al mando del pirata holandés Cornelisz Jols "Pata de Palo" y del temible Diego el Mulato(que desembarcan en el Barrio de San Román. En julio de 1675 fué sitiado Campeche por el Pirata Laurent Graff "Lorencillo" que también comete desmanes y crímenes sin cuento. Por fin con la cooperación de todos se pensó en hacer obras de defensa contra las incursiones de los piratas y entre ellas, como principal, una muralla que rodeara a la ciudad.

En 1686 se pusieron los cimientos de tan importante obra, gracias al entusiasmo de don Juan Bruno Tello de Guzmán, Gobernador de la Provincia. En 1688 se activaron los trabajos por Juan José de la Bárcena, quien concluyó ese mismo año el primer baluarte al que le dió el nombre de Santa Rosa. En 1690 fueron desembarcadas en Campeche treinta piezas de artillería para

guarnecer la Plaza. En 1693 quedó concluida la muralla de dos mil quinientos treinta y tres metros de circunferencia, dos metros y cuarto de espesor y ocho metros de altura, interrumpida en tramos, para dar lugar a los bastiones o castillos a los que se les puso el nombre, respectivamente, de la Soledad, Santiago, San José, San Pedro, San Juan, San Francisco, Santa Rosa y San Carlos. Esta obra llena de aciertos y de reciedumbres costó doscientos veinticinco mil pesos y cinco tomines.

El 14 de junio de 1811 el hogar de don José María Campos y doña María Antonia González se vió alegrado con el nacimiento de un niño al que pusieron el nombre de Manuel. Aún no cumplía cuatro años la criatura, cuando quedó huérfana de padre y la miseria puso sus angustias sobre los chiquitines y sobre la viuda que tuvo que luchar denodadamente para darles instrucción a sus hijos. Don Agustín Centeno, ungido por la bendición de muchos padres menesterosos, fundó la "ESCUELA DE MISERICORDIA PARA NIÑAS Y NIÑOS POBRES". Ahí estudió Manuel las primeras letras y la instrucción primaria; después no pensó en ser artesano, ni labriego, ni marino. Comenzó a asistir al Hospital de San Juan de Dios, a consolar a los enfermos y a hacerles, con su plática, más llevaderas sus horas de infortunio; los juaninos Gallegos y Arellanos vieron con beneplácito las aspiraciones del joven Campos quien poco a poco aprendía mucho de los conocimientos que atesoraban los sacerdotes.

Después de mil titubeos de la desvalida anciana, dió su consentimiento para que Manuel, en 1826, entrara como practicante. Al concluir sus labores cerca de los enfermos, sin parar mientes en las horas de descanso, estudiaba, afanosamente las obras de medicina que tenía el Padre Gallegos, a grado tal, que el doctor español don Juan A. Frutos, tomó bajo su protección al joven Campos, ante quien puso su copiosa biblioteca. En 1830 el doctor Claro José Beraza nombró al estudioso muchacho Practicante Mayor del Hospital. En 1833 la epidemia de cólera asoló a Campeche y fué en esa ocasión cuando se pusieron de relieve las dotes humanitarias de Manuel que solícito acudía a derramar amor y ciencia cerca de los enfermos, no sólo del Hospital, sino de toda la ciudad, sin importarle ni el cansancio, ni el contagio.

Por licencia que obtuvo del doctor Renon, Campos quedó

como Director Interino, como Médico de la Sanidad del Puerto y como Administrador de la vacuna. En 1834 solicitó y obtuvo exámenes del Gobernador General Francisco de P. Toro; después de rigurosas pruebas, el 19 de septiembre del mismo año, se le otorgó el título de profesor en Medicina y Cirugía, que en 1836 le fué revalidado por el Protomedicato de Yucatán. Su vida, consagrada al prójimo, fué un desbordamiento de caridad y de consuelos, de ciencia y de paciencia; jamás extendió la mano en busca de dádivas, ni tampoco inclinó su dignidad en espera de mercedes; en su cerebro siempre había un conocimiento y en su alma una ternura.

Habilísimo oculista, admirable ginecólogo, clínico talentoso, cirujano general y sobre todo apóstol de la Medicina, pronto fué venerado por todos sus coterráneos. Como maestro derramó su sapiencia y su ternura en muchas generaciones de médicos. Su actividad era asombrosa; nunca se negó a recetar o a operar a un enfermo, ni un sólo día dejó de ir a su venerado Hospital, donde hizo múltiples mejoras: reedificó la Sala de San Rafael, construyó un aljibe, estableció un Departamento para dementes, mejoró el arsenal quirúrgico e inició las obras para un servicio de maternidad. Esta vida fecunda, esta existencia que debe ser paradigma de muchos en esta época de egoísmo, se tronchó a las doce de la noche del día 26 de marzo de 1874. Por ello es que desde 1890, el prócer Hospital de Nuestra Señora de los Remedios se llama Hospital "Manuel Campos".

La muralla es el símbolo de San Francisco de Campeche que vivió y sigue viviendo de sus leyendas y de sus tradiciones, sin admitir influencias, no siempre civilizadoras, y para guardar como en pétreo estuche su amor y su agradecimiento hacia aquellos que le llevaron el nombre de Cristo, envuelto en bondades y en ternuras.



Hospital de San José

(Aguascalientes)

Cordilleras interminables; cerros superpuestos; picachos enhiestos; amontonamiento de moles gigantescas: la Sierra de Asientos, la de Nochistlán, la de Calpulalpan y otras muchas que guardan en sus entrañas hervir de lavas y constante bobotear de manantiales espumosos y calientes. El año de 1575 y con el nombre de Villa de la Asunción, se fundó un poblado en medio de esta decoración apocalíptica; a los pocos meses, como maldición bíblica, se abatió sobre este villorrio la epidemia de "matlazahuatl" que en alianza macabra con los bravucones y sanguinarios chichimecas, segó vidas y generó orfandades.

En 1594 el Gobierno de la Nueva Galicia, hizo esfuerzos inauditos para que las familias, en congregación, poblaran este lugar que se erigió en Villa hasta el año de 1611. En las inclinadísimas laderas, resguardadas de vendavales y vetiscas por el biombo roqueño de los picachos, abunda cebada, trigo, maíz, frijol, camote, chile y cacahuate; en las huertas crecen los negruzcos y almibarados higos y las marmóreas y dulcísimas uvas; de Zacatecas llega el río de San Pedro, que después de irrigar el agro, se interna en Xalisco; con los Ríos de la Labor y de Texas, se forma el caudaloso río Calvillo que se deshilacha en riachuelos para llevar la prosperidad a muchos poblados.

Después de la Conquista, cuando se acalló el eco de combates fragorosos, de ayes doloridos, de imprecaciones justas y de fanfarrias victoriosas, llegaron a este sitio, los franciscanos como sedante ocaravana de amor. Pronto levantaron la parroquia que era sufragánea del Reino de la Nueva Galicia y dos Conventos

para su aposentamiento y para las escuelas donde las predicaciones de los religiosos grababan en el alma de los indios, los postulados del cristianismo.

El Comisario del Santo Oficio, don Diego de Quixas, cedió copioso capital y las casas donde moraba, para la fundación de un Hospital, pues no quería que se repitieran las escenas inmisericordes desarrolladas al conjuro del crudelísimo "matlazahualt", en que los indigentes morían en las calles sin tener ni una medicina para sus males, ni una plegaria para su arrepentimiento. A la sazón era Virrey de la Nueva España el Marqués de Mancera, Obispo de Guadalajara el doctor Juan de Santiago de León Garavito y Comisario General de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, Fray Pedro de Bolívar.

Bajo el cuidado del Padre Fray Domingo de Santa María, se iniciaron las obras para la construcción del Hospital en el año de 1686; poco tiempo después levantaba sus muros el Hospital de San José que fué un remanso de amor, un oasis de ternura y un rinconcito espacioso donde cinco religiosos juaninos, dirigidos por Fray Domingo de Santa María, volcaban sobre los enfermos el caudal de sus bondades. Grandes enfermerías, anchos corredores, rica botica, surtida despensa, ropería con algo más de la indispensable y amplia huerta donde nacían las verduras jugosas y frescas. La Iglesia, pequeña, se recargaba en los muros del Hospital de San José como una chiquilla que orgullosa de su padre, no quisiera separarse de él.

Después de muchos siglos, entre la loca algarabía de las fábricas, de los talleres y de las locomotoras, aun se oye el repiquetear de una esquila prisionera en añosa torre, que dice a los "civilizados" que ahí, cerca de ellos, existió un Hospital que fué compendio, síntesis y quintaesencia del amor al prójimo.



Hospital de Nuestra Señora de Guadalupe

(Toluca, Méx.)

Hace muchos siglos, como heraldos de vida y de civilización, llegaron a nuestra patria, procedentes del Norte, dos tribus: la Nahoá que partiendo de ambas Californias, siguió el abrupto litoral del Pacífico y avanzó por la Sierra Madre Oriental; y la Olmeca que, procedente de la Cuenca del Mississipi, caminó por el fertilísimo litoral del Golfo, se internó en las legendarias y remotas regiones del Sur, y atravesó la Sierra Madre Oriental. Ambas tribus se unieron en los altiplanos del centro, para mezclar su amplia cultura y su admirable civilización. Con anterioridad a esta época, la copiosa tribu de los Otomiques había paseado sus leyendas por todo el territorio, con ese afán nómada y aventurero que fué una de sus principales características.

Pasan los siglos y a través de las páginas de la Historia, de esa ciencia que encierra la Belleza de la Verdad, vemos que en el virgiliano Valle de Toluca, predominan dos tribus: la Matlatzinca que vive en Tolloacan, Oztotitlan, Calixtlahuaca, Tlaxomulco, Miltepec y Ocotzacaticpan y la Otomique que posa en Hueyoapan, Guexcontitlán y Huichochitlán.

El año de 1120 fué edificada la ciudad de Toluca, al norte de la última colina que se desprende del Cerro Grande de Macpatxóchitl que significa: "el de la flor en forma de mano". Algunos autores creen que se trate del Cerro Teresona y otros piensan, con gran acopio de razones, que se refiere al sitio ocupado por el atrio del Templo del Carmen, donde levantaba sus milenarias ramas un árbol que fué abatido por la ignorancia de algún cretino, a mediados de 1930. La deidad de esas tribus, era Tolo, el "de la cabeza inclinada", de donde se deriva el nombre de

Tolocan, que significa lugar del dios Tolo.

El año de 1464, el rey de los matlatzincas, se une al monarca de Tlaltelolco para derribar al octavo rey de México, al omnipotente Axayácatl, quien aliado a los reyes de Acolhuacán y de Tacuba, derrota y extermina a los pobladores del Valle de Toluca: los laureles de los vencedores se ajan entre odios y rencores, incendios y destrucción, anatemas y sangre. Cincuenta años después, en la rosmarina epidermis de Proteo, avanzan las embarcaciones del Conquistador, que al hollar nuestro Territorio, devasta sementeras, mustia jardines, derriba ídolos, expolia hombres y mata hermanos.

Al año de llegar Cortés, o sea en 1520, los otomiques ofrecen sumisión al Conquistador, con tal de vengar los agravios que han recibido de los matlatzinca; don Hernán acepta esa alianza y envía, al frente de una expedición bélica, a Gonzalo de Sandoval: cien infantes de espada y rodela, dieciocho de caballería y varios escuadrones de otomiques, van al Valle de Tolocan a luchar contra los matlatzincas, contra ese puñado de héroes que alto el rostro y descubierto el pecho defendía sus tradiciones, su terruño y sus amores. En las márgenes del río Xicultenco, fueron derrotados por las tropas de Gonzalo de Sandoval, que los persiguió hasta una fortaleza situada en la cima de un monte; luego, la entrada victoriosa en la ciudad vencida, el saqueo, la destrucción y el incendio. Por Real Cédula de Carlos V, fué fundada la actual ciudad de Toluca, el 10. de abril de 1533. La ola de amor de los franciscanos y de los carmelitanos, pone suavidades en esa población, levantada sobre ignominias y crueldades.

El licenciado don Antonio de Sámano y Ledesma, al ver la necesidad de tanto menesteroso, quiso fundar un Hospital y cedió para ello una hacienda de labor, chiquitina y casi destruída por las injurias del tiempo y por la falta de cultivo. El Comisario General de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, el padre Fray Diego de Jiménez, al tener conocimiento de los deseos del licenciado, envió a algunos religiosos para que informaran si era factible dicha fundación; llegaron el año de 1695, aposentóronse en una casucha de adobes, donde provisionalmente fundaron el rudimentario Hospital y vivieron ahí hasta 1703, fecha en que

iniciaron algunas mejoras; desde un principio estuvo dicho Hospital bajo la advocación de nuestra Señora de Guadalupe, y fué sancionada su fundación por el Virrey Conde de Galve y por el Arzobispo don Francisco de Aguiar y Seijas.

Entró de Comisario General de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, el padre Fray Francisco Machecho Montiol, que al ver la penuria en que vivía este remedo de Hospital, retiró a los religiosos y dejó como administrador de la hacienda cedida, al padre Fray Sebastián González; este probo varón con empeño y anhelos, puso a flote la propiedad, saldó deudas, levantó cosechas, compró maderas, cal y piedras, e inició la construcción del Hospital y del Convento. Fué terminada la construcción, el año de 1703, y poco tiempo antes de ser inaugurada, los vecinos de Toluca, vieron con pasmo el siguiente caso milagroso: en la hornacina lateral de la puerta de entrada, estaba un Crucifijo, tallado por los indios: desproporción en el cuerpo, fealdad en el rostro, abultamientos ridículos, defectos en la postura que antes que inspirar devoción, movía a risa, mas el 15 de octubre de 1701, a las cuatro de la madrugada, comenzó a renovarse por sí sola la defectuosa escultura, hasta quedar perfecta y bien acabada y se le desclavó una mano quedando con la palma vuelta hacia abajo: aún se conserva en dicha actitud, y es conocida con el nombre de Santo Cristo de Toluca.

Tenía el Hospital, amplias enfermerías, con capacidad al principio para doce camas, destinadas para el servicio y atención de los enfermos graves; estaba atendido por seis religiosos, un sacerdote y un cirujano. El Convento, adosado al Hospital, muy pronto levantó sus muros, que avaros guardan ornamentos de plata y oro, valiosas pinturas, evocadores santos de talla, alhajas valiosas y por sobre todo lo anterior, un sentimiento de cariño hacia los fundadores que volcaron amor sobre los odios y que sirvieron de cimiento a la próspera y blanca ciudad de Toluca.



Hospital de Santa Catalina Mártir

(Oaxaca)

Oaxaca: prehistórica ciudad llena de fabulosas leyendas; amplísimo girón de nuestra Patria cuyos primeros pobladores son una incógnita; vastísimo sitio ocupado en épocas remotas por anchuroso lago cuya existencia se verifica por medio de los estudios geológicos. A tí llegan tribus milenarias que al conjuro de un canal, desagüan ese lago por el sur; después atraídas por lo caricioso del clima y por lo feraz de sus tierras, llegan las tribus zapoteca, mixteca, mazateca, mixe, chinanteca, cuicateca, chatina, chontal, mexicana, huave, chocha, trique, amuzga zoque y otras más, que se posesionan del agro y que marcan la huella de su paso y la altura de su civilización, con esos monumentos imperecederos y admirables de Mitla, Monte-Albán y Tilantongo; recias construcciones ideadas por sorprendentes arquitectos que sin olvidar la estabilidad de la pétreca fábrica, dejaron que la imaginación polarizada hacia el arte, ornara con paciencia de miniaturista esos muros elocuentes que nos hablan de otras épocas en las que la belleza era la suprema deidad.

Huayacac, "en la punta de los huajes", ha sido, es y será siempre, cuna de rebeldías, manantial de ímpetus y almáciga de heroísmos; al principio este vasto lugar no tenía fronteras; las tribus que ahí existieron luchaban de continuo por defender el suelo que pisaban y en los surcos abiertos, en los ríos caudalosos, en las escarpadas montañas o en los umbrosos bosques, derramaron su sangre que fertilizó a la Patria. En el voltejeo incesante del tiempo, pasan los siglos, se modifican capas geológicas, se apagan volcanes, se hundén montañas, hierven egoísmos, surgen ambiciones, pero el amor al terruño queda incólume, como el padre Sol que lo mismo vierte sus cataratas de oro sobre



el campo propicio para el festín de la siembra, que sobre el campo de batalla donde la sangre fraterna mezcla sus corales.

Llega la conquista: algunos soldados que forman las mesnadas de Cortés, desertan y con la ambición por norma y la crueldad por ley, se internan en la Nueva España. En 1524, aparecen en Oaxaca, en el valle zapoteca, Juan Cedeño y Hernando de Badajoz que admirados quedan ante la riqueza del sitio: van al frente los fugitivos de la Villa de Segura de la Frontera, fundada en las costas de Juquila; sin autorización fundan la ciudad con el nombre de Antequera, en recuerdo del vergel sevillano, hasta que posteriormente, en 1528, llega Juan Núñez del Mercado y en nombre de Cortés, toma posesión de esos lugares. Carlos V le hizo la gracia del nombre y el privilegio de Ciudad, en data fechada en Medina del Campo, a 25 de abril de 1532. El Sumo Pontífice, Paulo III, la erigió en Sede Episcopal, con fecha 21 de junio de 1535.

La ciudad, al principio, estaba muy poco poblada; pero cuando se conoció el filón de la cochinilla o grana, una ola de comerciantes invadió la Provincia de Antequera, sobre todo por Ejutla y Michhuatlán. En 1529 llegan a Oaxaca los primeros dominicos Fray Gonzalo Lucero y Fray Bernardino Minaya por mandato de Fray Domingo de Betanzos. En 1553 se funda la catedral. En 1577 se aposentán ahí las primeras monjas que fundan el Convento de Santa Catalina. A principios del siglo XVII existían en Oaxaca nueve conventos y dos Hospitales: el Real administrado por los hipolitanos y el de Convalecientes que gobiernan los betlemíticos. El primero que ya existía con anterioridad el año de 1576, con el nombre de Hospital de San Cosme y San Damían, fué favorecido por el Rey de España y auxiliado por el Obispo Gómez de Angulo, prestó relevantes servicios hasta 1860. El segundo o sea el de Convalecientes, ya levantaba su mole cuando llegaron a Oaxaca los betlemitas; se cree que fué fundado por el ilustrísimo Bartolomé de la Cerda; cuando era Obispo de Antequera Alonso de Cuevas Dávalos, se incendió dicho convento y al reconstruirlo, en 1686, con autorización del Consejo de Indias, se transformó en Hospicio. Posteriormente don Alonso de Cuevas Dávalos lo trasmutó en Hospital, poniéndolo bajo la dirección de los padres betlemitas: ha tenido los nombres del Hos-

pital de Betlemitas, Civil, Municipal, de Sangre y Militar.

En 1669, traídos por el Capitán Antonio Díaz Masseda, llegan a Oaxaca los primeros juaninos bajo las órdenes del Prior Juan Llorenca. Con la venia del Virrey Conde Moctezuma y con el nombre de Santa Catalina Mártir, comienzan a levantar su convento, su templo y su hospital. El día 8 de octubre de 1702, siendo Comisario General de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, el padre Fray Francisco Pacheco Montión, se inauguró el Hospital de Santa Catarina Mártir; fué bendecido por el preclaro Bernardino Angel Maldonado, Secretario Particular del Rey Felipe V; la obra costó noventa mil pesos y contribuyeron para ella con treinta mil, Antonio Díaz Macceda, con igual cantidad don Manuel Fernández de Fiallo, y el resto se tomó de las cajas Municipales.

Fué construído con cantera color de rosa; tenía amplísimas enfermerías donde el principio se instalaron doce camas; frescos y anchos corredores, departamento para enfermos externos, grandes salones donde los convalecientes recibían clases de lectura o se entregaban a los menesteres de cualquier oficio, oficinas para la administración y viviendas para los seis religiosos.

Lleno de virtudes y de iniciativas tomó el cargo de Prior el Padre Fray Juan de Llorenca que del Obispado de Sigüenza pasó a Oaxaca para demostrar a las generaciones venideras cómo la vida de un hombre para ser completa, debe estar envuelta en los postulados del altruísmo. La huerta era encantadora: bajo la sombra de encinos, ocotes, fresnos y mezquites, brotaban las limas, limones, toronjas, nísperos, duraznos, mangos, chico-zápotes, guayabas, cerezas, nanches, plátanos, sandías y melones; las horas angustiosas de los enfermos eran arrulladas por el canto de los zenzontles, en las calandrias, de los colibríes y de los zanates; en la viguería nogaleña de los corredores, firmaban su lodoso hogar las golondrinas que en las tardes lluviosas ponían la rúbrica de su vuelo en el cielo gris.

Por más de un siglo el Hospital de Santa Catalina Mártir, llamado también de San Juan de Dios, prestó servicios admirables a los oaxaqueños, hasta que fué clausurado por falta de recursos y por la supresión de la Orden de los juaninos. En diciembre de 1864, el templo fué consumido por el fuego, quedando solamente

una capillita para el culto: el ruinoso convento lleno de leyendas y de recuerdos, sirve en nuestros días de mercado.

Fabulosa ciudad edificada en el fondo de un lago; milenario pueblo sacudido por fortísimos terremotos; teatro de hazañas ilíadicas; semillero de héroes y oasis donde florecieron el altruismo, el amor y la caridad: justo es que tus hijos al entonar salmos a los forjadores de nuestra Patria, recuerden también a esos paladines del amor al prójimo que volcaron su espíritu en lluvia mar-
sa de bondades.



Hospital de Nuestra Señora del Rosario

(Monterrey, N. L.)

Después de setenta y cinco días de impetuoso asedio y de heroica defensa, Hernán Cortés plantó el pendón de Castilla en la vieja Tenochtitlán, la tarde del 13 de agosto de 1521. A partir de entonces extendió su poder, hacia el sur de la tierra conquistada, sir. fijarse en las vastas extensiones del norte.

Más de cincuenta años pasaron para que se fundaran el Nuevo Reino de León, Nueva Extremadura, Santiago del Saltillo y Nuevo Santander (Tamaulipas). En esas regiones imperaba la tribu coahuilteca ayuna de la más rudimentaria civilización, sin lenguaje propio y sin sitio fijo; indolentes y feroces, andaban desnudos con la cabellera larga y con la cara surcada por rayas de vivos colores; su comida era rudimentaria y obtenida sin el menor esfuerzo; eran antropófagos y no desperdiciaban ni la carne de los amigos, ni la de los vencidos.

Con el fin de pacificar las costas septentrionales del Golfo de México, el 17 de junio de 1527, zarpa del Puerto de Sanlúcar de Barrameda, Pánfilo de Narváez, al frente de 400 hombres, duchos en las lides de la guerra; entre ellos, como Tesorero y Alguacil Mayor de la expedición, luce su prestancia Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Después de innúmeras galernas y múltiples vendavales en las islas de la Española y de Cuba, la tempestad arroja a los indómitos soldados hacia las Costas de Florida donde desembarcan en abril de 1528.

Muy presto decidieron seguir la marcha tierra adentro, pero a sus anhelos se opusieron las inclemencias del tiempo, los rics caudalosos, los exuberantes bosques, el hambre, el cansancio y las hostilidades de la tribu coahuilteca. Maltrechos y desilusión.

gados, después de haber dejado un reguero de muertos, construyeron rudimentarios lanchones donde exhaustos y doloridos, se embarcaron con la idea de huír de aquellas tierras. El mar fué la tumba de estos audaces expedicionarios que concluyeron entre las aguas su tormentoso vivir; Pánfilo de Narváez en medio de un cuadro dantesco murió entre las aguas salobres del Golfo de México.

Un amanecer limpio y radioso de noviembre de 1528, frágil embarcación varaba entre Gálveston y la desembocadura del río de San Antonio; en ella estaban famélicos y afiebrizados Alvar Núñez Cabeza de Vaca y un soldado de opellido Oviedo. Capturado por los indios, semidesnudo y con luengas barbas en las que el dolor ya había nevado canas, muy pronto fué venerado por sus aprehensores, debido a las curaciones empíricas que hacía. Seguido de una caravana de fanáticos y durante ocho años emprende largas caminatas, derramando bondades y sorteando peligros, desde las Costas del Golfo de México hasta el Pacífico.

Pasa por Cerralvo, Monterrey y Monclova; cerca del sitio donde hoy es el Paso, cruza el río Grande, ambula por Casas Grandes, asciende a la Sierra Madre, atraviesa Sonora y en 1536, llega a San Miguel de Culiacán. Cabeza de Vaca fué el primer hispano que exploró el Nuevo Reino de León y el primer extranjero que, con el alma de rodillas, humedece sus labios reseco en los Ojos de Santa Lucía, en ese manantial de donde no sólo brotaron límpidas linfas, sino la vida de la "Sultana del Norte". Por ello es que la única deidad que guardaba en su espíritu umbroso la tribu coahuilteca, era la de un hombre blanco que predicaba el bien y derramaba ternuras, es decir, en ellos fulguraba el recuerdo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

A partir de 1530, comienzan las exploraciones hacia el norte, a lo largo del litoral del Pacífico; en 1540 es la fundación de Zacatecas y en 1542, Ginés Vásquez del Mercado atraviesa el Valle de Guadiana y llega hasta la ciclópea mole de hierro, que es orgullo para la ciudad de Durango, ciudad que fué fundada por Ibarra en 1563.

En 1568 fué fundada humildísima ciudad que en sus entrañas guardaba los ricos minerales de Mazapil. En este lugar aparece como vecino lleno de cualidades el Capitán Diego de Mon-

temayor, natural de Mogadorio, Portugal, descendiente de judíos; en 1566 se le nombra Almirante de una flota que zarpó de las Islas Baleares con dirección a la Nueva España; en Jamaica vence a tres naos de corsarios y entrega el botín al Gobernador de la Isla. En 1567 es nombrado Alcalde de Tampico, donde al poco tiempo vence al corsario inglés John Hawkins: con sus múltiples victorias bélicas adquiere gran renombre cerca del Virrey Enriquez de Almanza.

Inspirado, quizás, por el amor a su esposa doña Guiomar Alvarez de Rivera, en 1576, marcha rumbo a España a fin de proteger a los suyos contra la persecución de la Inquisición. Valido de su ascendencia con el Virrey y con el ariete demolidor de sus riquezas, obtiene del intransigente Felipe II, una provisión real firmada en Toledo el 14 de junio de 1579, para descubrir, pacificar y poblar una vasta región que debería llamarse Nuevo Reino de León; este enorme territorio, cedido al judaizante capitán Luis de Carvajal y de la Cueva, era un cuadrado de doscientas leguas por lado que abarcaba las superficies de los hoy Estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Zacatecas, casi todo Durango y parte de San Luis Potosí, Nayarit, Sinaloa, Chihuahua y Texas, es decir, 702,244 kilómetros cuadrados. Con sus documentos en regla, obtenidos quizás a cambio de fuerte cantidad, retorna a la Nueva España, desembarcando en Tampico a fines de 1580; desde ahí se interna, tierra adentro, al frente de doscientos hombres, llega a la Ciénega donde hoy está Cerralvo, cambia autoridades en el Saltillo, en León nombra Gobernador al Capitán Diego de Montemayor y explora lo que hoy es el Estado de Coahuila, donde funda la Villa de Almadén, hoy Monclova.

En un rincón de égloga, rodeado por umbrosos bosques de copudos nocedales, a la Vera de un manantial conocido con el nombre de Ojos de Santa Lucía, funda el villorrio de San Luis o de la Cueva, insignificante por sus pocas chozas, pero grandioso al conjuro de la naturaleza; pompones verdioro, manantiales de agua cantarina, torrentes bullangueros; al sureste, el Cerro de la Silla, la Sierra Madre Oriental y los acantilados de las Mitras. Ahí nació, fundada por el capitán don Luis de Carvajal y de la Cueva, la portentosa ciudad que con sus fábricas y con sus yunques,

entona de continuo salmos al trabajo y que hoy se llama Monterrey.

Debido a la ignorancia de Felipe II, en lo relativo a la geografía de la Nueva España, ya que a Carvajal cedió un dilatado territorio que dependía del virreinato y de las Audiencias de México y de la Nueva Vizcaya, muy pronto surgieron enconadas disputas en contra del Capitán, disputas llenas de pasiones, de venganzas, de denuncias y de crímenes; llovieron quejas, trámites, informaciones, juicios y sentencias hasta que el Virrey don Lorenzo Juárez de Mendoza, Conde de Coruña, al sentirse postergado por la cesión hecha por Felipe II, hurgó en la genealogía del Capitán Carvajal y puso los datos obtenidos en manos de la Inquisición. Este tribunal nombró a un Juez que al frente de una compañía de soldados, encabezados por el Teniente Diego de Montemayor, salió cautelosamente del Saltillo hasta la Villa de Nuevo Almadén, donde aprehendió a don Luis de Carvajal y de la Cueva. Traído a México, a las siete de la noche del 13 de abril de 1589, fué encerrado en las cárceles secretas de la Inquisición; el vesánico tribunal amontona crueldades sobre todos los parientes de Carvajal, denunciados al conjuro de bárbaro tormento, por Isabel Rodríguez Carvajal, sobrina del Capitán: ciento veintiún parientes de él murieron atormentados por la Inquisición, mientras don Luis, agobiado por la tristeza, pero sin abjurar de su religión, moría en las mazmorras del Santo Oficio.

Luego surge en la Historia, con lineamientos rotundos. Diego de Montemayor, que ante las luchas despiadadas entre indios y encomenderos, despuebla el Nuevo Reino de León, retirándose al Saltillo, pero con la convicción certísima de que era el heredero del territorio cedido por Felipe II a don Luis de Carvajal y de la Cueva. Con ternuras y dádivas obtuvo la hospitalidad de los indios y a principios de septiembre de 1596, seguido por los caciques cuauchichiles y borrados, emprende la marcha desde El Saltillo hacia el Norte; el 20 del propio mes, el Capitán Diego de Montemayor funda la ciudad metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey, junto a unos ojos de agua que los nativos llamaban de Santa Lucía, en la manzana formada por las calles que en la actualidad son de Cuauhtémoc, 15 de mayo, Garibaldi y Allende.

Ese mismo día trazó los linderos de la población y señaló también el sitio y solar para la Iglesia Mayor. Durante cuatro años la fundación de Nuestra Señora de Monterrey tuvo los caracteres de subrepticia, hasta que en 1600, don Gaspar Zúñiga y Acevedo, Conde de Monterrey, nombró Gobernador de ella a Montemayor. Es entonces cuando surge la figura apostólica del admirable varón glorificado en vida por sus virtudes y conocido con el nombre de Fray Cebrián de la Nada; él fué el que condujo, por mandato del Virrey, soldados para defender la nascente ciudad y rejas, animales y ropa para los fundadores. El mismo año de 1600 se funda en Monterrey el primer convento de franciscanos por Fray Lorenzo González "El Viejo" y por Fray Martín de Altamira, siendo este último cruelmente martirizado y muerto por los indios, en las faldas del cerro de la Silla.

Una veintena de colonos y varios centenares de indios belicosos, eran miserable contingente para que el florecimiento imperara en Nuestra Señora de Monterrey: llegan la miseria y el hambre, las enfermedades y los saqueos y en medio de peligros, privaciones y vicisitudes, después de luchar denodadamente, muere Diego de Montemayor, en 1610.

Pasan los años entre sacrificios, ambiciones y dudas; surgen hombres que quieren arrancar el tesoro del grano a los enormes campos de Monterrey; llegan religiosos a proyectar la sombra de la Cruz en las riveras de Santa Lucía; brotan ambiciones, e irrumpen las "pestes" de viruela y de tabardillo. En 1777 es creado el Obispado de Linares.

En 1792, con todo el ritual de su digno cargo, se consagra como tercer Obispo de la Diócesis de Linares, el dinámico Andrés Ambrosio Llanos y Valdés, natural de Jerez, Zacatecas, determinando el Rey de España que la Sede Episcopal se estableciera en Monterrey; este prelado era doctor en ambos Derechos de la Universidad de México y Rector del Seminario y del Colegio de San Juan de Letrán. Al tomar posesión de su cargo llevó a Monterrey al arquitecto francés Juan Crouset a quien le encomendó, con el producto de los diezmos, la construcción de una Catedral, de un Convento de Monjas Capuchinas, de un Colegio de Propaganda Fide, de un Seminario y de un Hospital, con la recomendación expresa de que todas estas obras quedaran al

norte de la ciudad ya edificada, con la intención de que se extendiese hacia aquel rumbo.

Para lograr su propósito consiguió que el Gobernador don Manuel Vaamonde expidiera un Decreto, por medio del cual, prohibía la construcción de casas en la parte antigua de la población. En tres años de intensas luchas y de un gran desbordamiento de actividades, se habían gastado ya en la edificación de la Catedral, del Convento y del Hospital, más de ochenta mil pesos.

El Hospital Real Provisional, también conocido con el nombre de Hospital de Nuestra Señora del Rosario fué el primero que existió en Monterrey y quedó situado en la esquina en las calles que hoy se llaman de Mina y de Abasolo, donde posteriormente estuvo el Colegio de Niñas y ahora la Casa del Campesino. La construcción era amplia pero rudimentaria; faltaban en ella muchas comodidades, pero abundaban las ternuras; la pobreza patinaba de lobregueces los muros, pero la misericordia hacía brotar por doquiera la sombra acogedora de la Cruz. A su puerta nogaleña llegaba diariamente una caravana de dolientes que siempre obtenía una medicina para su dolorido cuerpo y un consuelo para su espíritu lleno de pesimismo.

Amplios salones, paupérrimos lechos, limpidísimos corredores, vasto patio, insuficiente botica y escasos alimentos, formaban el Hospital de Nuestra Señora del Rosario. Era tan pobre que el referido Obispo Andrés Ambrosio de Llanos y Valdés, comenzó a edificar un nuevo Hospital con mayores capacidades y con mejores elementos; ya casi para concluir esta obra, tomó posesión del Gobierno del Nuevo Reino de León, don Simón Herrera y Leyva que revocó el Decreto de Vaamonde, disposición absurda que mucho enojó al Obispo quien tuvo altercados con el Gobernador, con el Cabildo y con los eclesiásticos, a grado tal, que solicitó de la Corte de España la traslación de la Sede Episcopal al Saltillo y salió de Monterrey, con el pretexto de visitar su Diócesis, muriendo en el camino el 19 de diciembre de 1799. Lo fabricado para el nuevo Hospital se aprovechó después para el edificio del Colegio Civil.

Se hilan los hechos en la rueda de los años. El Hospital de Nuestra Señora del Rosario seguía su existencia de penu-

rias pero albergando entre sus muros a múltiples enfermos; en 1833 son insuficientes sus salones para acoger a las víctimas del "cólera morbus" y es entonces cuando el admirado y bendecido doctor José Eleuterio González, se presenta ahí como gran dispensador de bondades y de sapiencias, a ejercer la caridad y a poner de manifiesto las miríficas facetas de su vida.

El 21 de julio de 1846 llegan a Monterrey los restos del Ejército del Norte, derrotado en Palo Alto y en Resaca de la Palma, debido a la ineptitud del General Mariano Arista; pocos meses después, el 19 de septiembre del propio año, entran en Monterrey las tropas norteamericanas, al mando del General Taylor.

Ruboroso y entristecido al ver frente a sus muros la figura del invasor, el Hospital de Nuestra Señora del Rosario, cierra para siempre su nogaleño portón, como párpado que cae sobre los ojos de un moribundo.



Hospital González

(Monterrey, N. L.)

Abullonado con amor lleno de sinceridades, en una tranquila calleja de la riente y luminosa Guadalajara, está el hogar del Capitán de Milicias don Matías González y de María Ana Mendoza; como síntesis de caricias y de ternuras, muy presto irisa esta unión, una chiquitina a la que el Cura párroco puso el nombre de Josefa, quien hastiada de los muñecos de serrín, le pidió al Angel de la Guarda que le diera un hermanito, deseo que se le cumplió el 20 de febrero de 1913, fecha en que vino al mundo, amparado por las Hadas Buenas, José Eleuterio, que al correr de los años había de ser emblema de misericordias.

Antes de cumplir dos años el chiquillo, quedó huérfano; pero las caricias y los mimos que la muerte le quitaba, se los prodigó, envueltos en la clámide del cariño, su tío el licenciado Rafael Mendoza. La niñez de José Eleuterio no tuvo horas marginadas por la alegría, puesto que la orfandad y la pobreza, como nieves despiadadas, se habían enseñoreado del rosal de su existencia. A los doce años de edad, seriecito y decidido, ingresó en el Seminario a cursar el bachillerato y los primeros años de su carrera de Médico; al cumplir el vigésimo aniversario de su nacimiento, quizás debido a las múltiples penas que con paciencia franciscana sufría su protector, se trasladó a San Luis Potosí, donde con mucho entusiasmo continuó sus estudios, ya en medio del aislamiento, pues la muerte de nuevo deshojó tristezas en su espíritu, al llevarse a su tío don Rafael Mendoza.



Sin haber obtenido aún el título de Médico y Cirujano, llegó a Monterrey el 18 de diciembre de 1833, año nefasto para la "Sultana del Norte" porque el "cólera morbus" había enlutado muchos hogares. Sobre el sufrimiento de los habitantes cayó un bálsamo de amor con la llegada de José Eleuterio González, ya que de su espíritu fluía el altruismo. Al sexto Obispo de la Diócesis, Fray José María Belaunzarán y Ureña, se le debe que el ilustre facultativo se hubiera hecho cargo del paupérrimo Hospital de Nuestra Señora del Rosario, fundado por el Obispo Ambrosio de Llanos y Valdés.

Entre esos muros carcomidos por la lepra de los años y de la miseria, cómo se agigantó la evangélica figura del doctor González: siempre tenía una palabra de consuelo para el atribulado, una frase de aliento para el decaído, un ademán de cariño para el huérfano de amores, una fórmula salvadora para el enfermo y un rayito de esperanza para el desahuciado. Diariamente llegaba hasta las puertas del Hospital una caravana de dolientes, fortalecidos con la idea de que "Gonzalitos" los tenía que curar. Sonriente, y desbordante de ternuras, sanaba a muchos, curaba a algunos, pero a todos consolaba.

En 1835, dos años después de su llegada, contrajo matrimonio con una maldecida mujer que en contubernio con un militarote, puso crespones de tristeza en esa vida ascendente y fructuosa. A instancias de sus amigos, pues él nunca lo necesitó para ejercer, el 8 de marzo de 1842, le fué expedido el Título de Médico, después de brillante examen.

Cuando en 1846, las tropas norteamericanas, con la razón del más fuerte, hollaron la ciudad de Monterrey, "Gonzalitos" fué a esconder su impotencia en la hacienda de Santa Ana, situada en las laderas del cerro de La Silla. En 1850 fué designado Médico Cirujano militar, Magistrado del Tribunal de Justicia y Miembro Titular del Concejo Superior de Salubridad. A fines de 1853 obtuvo permiso para dar gratuitamente una clase de obstetricia; en 1859, siendo Gobernador del Estado el General José Silvestre Arámburo, se acordó la fundación del Colegio Civil del que fué primer Director.

Como ya hemos visto en el capítulo anterior, el Hospital de Nuestra Señora del Rosario, cerró sus puertas durante la injusta

invasión norteamericana el año de 1846 y de ese hecho trascendental surgió en la mente del Dr. González la idea de fundar un nuevo centro, donde la caridad y la ciencia, derramaron bondades y consuelos sobre los desvalidos enfermos. Mas para convertir en realidad esta bellísima ilusión, cuántos egoísmos había que caldear y cuántos obstáculos había que vencer: la pobreza del iniciador era mucha puesto que jamás cobraba a los enfermos que atendía, la situación del Gobierno era precaria por las constantes luchas civiles, los rudimentarios entusiasmos de algunos, pronto desaparecían ante un elocuente encogimiento de hombros; pero en medio de tantos valladares se alzaba, enhiesto como una bandera, el carácter de Gonzalitos, animado de continuo por el humildísimo sacerdote José Antonio de la Garza Cantú, que al poco tiempo falleció, pero después de haber despertado el entusiasmo entre sus feligreses. Por fin el 27 de noviembre de 1858, el Concejo Superior de Salubridad, acordó realizar la idea meritísima del Dr. González.

En la manzana oriente formada por las calles de Matamoros, Cuauhtémoc, 15 de mayo y Rayones, el nuevo Hospital abrió sus puertas al público, el 2 de mayo de 1860. Pero aún no estaba concluido: a instancias de Gonzalitos y con el fin de aportar dinero, se concertaron fiestas, funciones teatrales, jamaicas y tómbolas, aparte de que el iniciador cedió de su exiguo peculio, bastante dinero y no contento con eso, en la cláusula VI de su testamento ordenó que su casita situada en la calle de Morelos, frente al Palacio de Gobierno, fuese vendida y que la cantidad que se obtuviera se declinase por mitad al Hospital Civil y a la Escuela de Medicina.

Con lentitud desesperante seguía paso a paso la construcción del Hospital. Amplio edificio, con sobria fachada tanto al norte como al sur, plazoletas donde muy pronto pusieron su fresco todas las corolas de un jardín, sobre el que el iris se fragmentó para que nacieran capullos. A la entrada, la Dirección, la Secretaría y los amplios salones dedicados a la Escuela de Medicina que al correr de los años pasó al sur; después, a la vera de ancho pasillo, la Capilla enjalbegada por el fervor de los creyentes y por las súplicas de los doloridos, la botica bien surtida no obstante las penurias, las enfermerías enlozanecidas

por la limpieza, la Sala de Operaciones, chiquitina y luminosa, las cocinas brillantadas por el oseo, la lavandería blanca como la espuma del jabón, el Departamento de Maternidad donde se inician todos los senderos y se abren tantos caminos y el Anfiteatro de donde surgen, rotundos y esplendentes, los derroteros de la cirugía.

Con cuánto entusiasmo y con cuánto arrobamiento, el doctor José Eleuterio González seguía las obras de "su" Hospital; en medio del sol ardoroso, de la lluvia pertinaz y del crudelísimo frío, en horas robadas al descanso, salía presuroso de su consultorio a ver cómo adelantaba la construcción. Al verificar que su idea se iba plasmando, despreciaba los honores que se le prodigaban por doquiera; su nombramiento de Director de la Escuela de Medicina, el entusiasmo con que fué recibida la disposición del Gobernador Manuel Z. Gómez, quien en 20 de febrero de 1867, lo declaró Benemérito del Estado; las manifestaciones de simpatía con que el pueblo neoleonés lo ungía de continuo; su designación como Gobernador Interino del Estado el 17 de octubre de 1870; su ingreso en la Cámara de 1871; su elección como Gobernador Constitucional el 2 de diciembre de 1872; nada, nada lo envanecía porque la obsesión de su vida fué la construcción del Hospital Civil, que al poco tiempo de terminado habría de llamarse "GONZALEZ".

La vida de este benefactor tuvo múltiples aspectos: no fué solamente un clínico admirable, un operador habilísimo y un partero sereno; también dedicó los mejores resplandores de su intelecto a la sacrosante labor de educador y a escribir sobre temas médicos, literarios, históricos y científicos.

Esta existencia atrayente y subyugante consagrada al bien y a la filantropía consciente, fué tronchada por la muerte a las once de la noche del 4 de abril de 1888; amortajado con lágrimas de agradecimiento, ungido por bendiciones y loado por todos los que lo conocieron, esa vida portentosa se extinguió, pero el recuerdo de sus obras y de sus bondades perdura en la Sultana del Norte, donde se entonan himnos al trabajo y salmos al bienestar común.

BIBLIOGRAFIA

- Reseña Cronológica de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.—1710.
- Historia de la Conquista de la Nueva Galicia.—Matías de la Mota Padilla.—1742.
- Guía y Album de Guadalajara para los viajeros.—Lic José Villa Gordoa.—1888.
- Guadalajara Científica, Artística y Monumental.—1917.
- Historia del Hospital Real de San Miguel.—Alberto Santoscoy.—1897.
- Sección Histórica de la Gaceta Municipal de Guadalajara.—1917.
- Don Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo.—Lic. José Ignacio Dávila Garibi.—1925.
- La Conquista de la Nueva Galicia.—José López Portillo y Weber.—1935.
- La Rebelión de Nueva Galicia.—José López Portillo y Weber.—1939.
- Guadalajara de Indias.—Luis Paez Brochi.—1932.
- Memorias Tapatías.—Lic. José Ignacio Dávila Garibi.—1920.
- Discurso Biográfico del Ilustrísimo Fray Antonio Alcalde.—Lic. José Ignacio Dávila Garibi.—1923.
- Historia de la Ciudad de Morelia.—Jesús Romero Flores.—1928.
- Crónica de la Provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán.—Fray Pablo de la Purísima Concepción Beaumont.—50. Tomo.—1874.
- Historia de Michoacán.—Ing. Pascual Ortiz Rubio.—1920.
- Morelia.—Ing. José R. Benítez.—1935.
- Crónica Miscelánea.—Padre Tello.
- Geografía Histórica del Estado de Oaxaca.—Cayetano Esteva.—1913.
- Hospital General de Oaxaca.—Pedro Camacho.—1927.
- Leyendas y Tradiciones Queretanas.—Valentín F. Frías.—1900.
- Historia de Tlaxcala.—Diego Muñoz Camargo.—1892.
- Apuntes Históricos de Veracruz.—Miguel Lerdo de Tejada.—1850.
- Historia Gráfica de la Nueva España.—José R. Benítez.—1929.
- Historia de Orizaba.—Joaquín Arróniz.—1867.
- Historia del Cantón de Córdoba.—Dr. Enrique Herrera Moreno.—1892.
- Revista Mensual "José Ma. Mena".—Córdoba.—1899.
- "Engranaje" Revista Mensual, No. 18.—Córdoba.—Dr. Manuel Suárez.—1938.
- Datos para la Historia de Toluca.—Miguel Salinas.—1927.
- Historia de la Ciudad de Puebla.—Coronel Antonio Carrión.—1896.
- Puebla, su Territorio y sus habitantes.—Enrique Juan Palacios.—1917.
- Historia de la Fundación de Puebla.—Mariano Veytia.—1931.
- Monterrey en la Historia y en la Leyenda.—Vito Alessio Robles.—1936.
- Historia de Nuevo León.—David Cossio.
- Nuevo León.—Santiago Roel.—1938.
- Apuntes para la Estadística del Departamento de Orizaba.—Vicente Segura.—1831.
- Huastepc y sus Reliquias Arqueológicas.—Enrique Juan Palacios.—1930.
- Bibliografía del Estado de Morelos.—Domingo Diez.—1932.
- Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas.—Leduc, Lara Pardo y Roumagnac.—1910.
- Los hospitales de México.—Dr. Gilberto F. Aguilar y Dr. Roberto Ezquerro Peraza.—1936.
- Estudio Histórico sobre San Luis Potosí.—Canónigo Francisco Peña.—1894.
- Geografía de las Lenguas y Carta Etnográfica de México.—Manuel Orozco y Berra.
- Compendio de la Historia Antigua de México.—Dr. Agustín Rivera.
- Historia Eclesiástica Indiana.—Mendieta.
- Contribución al Estudio de la Historia de la Medicina en Yucatán.—Dr. Alvaro Avila Escalante.—1926.
- Historia de México.—Luis Pérez Verdía.—1906.
- La Sociedad de Zacatecas en los albores del Régimen Colonial.—José Ignacio Garibi.—1939.

CVQ
270.09
A283h